



TITULO

**Identidades políticas populares a lado y lado del
Atlántico: Podemos (España) y el Uribismo (Colombia)**

**TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR AL TÍTULO DE POLITÓLOGO
MODALIDAD MONOGRAFÍA**

**Por
Andrés Felipe Román Bedoya**

**Asesora
Gloria Naranjo Giraldo
Instituto de Estudios Políticos**

**PROGRAMA DE CIENCIA POLÍTICA
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
MEDELLÍN
2018**

Índice

1. Introducción.....	3
1. 1 Objetivos de la investigación e hipótesis.....	5
1. 2 Estructura de la investigación.....	7
2. Exploraciones sobre las investigaciones en torno a la construcción de identidad política (Podemos y el Uribismo).....	12
2.1. Algo pasa en España: Podemos.....	12
2.2. Uribismo: una aproximación.....	17
3. Hacia una teoría de la construcción discursiva de las identidades políticas Populares.....	23
3.1. Los sentidos políticos de las identidades populares.....	23
3.2. Identidades políticas populares, teoría del discurso y populismo.....	27
3.3. Populismo: gramática de representación de lo popular.....	33
4. Marco metodológico para el análisis de las identidades políticas populares.....	40
4.1. Identidades políticas populares y Frame analysis.....	44
4.2. Marcos y sentidos de identidad.....	48
4.3. Técnicas de Investigación y Fuentes.....	56
5. Análisis de discursos políticos: caracterizando los contextos e identificando los discursos.....	58
5. 1 Podemos.....	59
5. 1. 1 Crisis de régimen en España y la dicotomización del campo político	
5. 1. 2 El discurso de Podemos: <i>identidad popular con pretensión hegemónica</i>	
5. 2 El Uribismo.....	87
5. 2. 1 Colombia: debilidad institucional, inseguridad y crisis económica	
5. 2. 2 El discurso Uribista: <i>identidad popular total</i>	
6. Conclusiones.....	118
Corpus de análisis.....	125
Bibliografía citada.....	126

1. Introducción

*"La realidad está definida con palabras.
Por lo tanto, el que controla las palabras controla la realidad"*
Antonio Gramsci

El estudio de las identidades políticas, y dentro de ellas las identidades políticas populistas, se ha convertido, con especial intensidad desde el cambio de siglo, en referente obligado para los estudiosos e investigadores de diferentes campos relacionados con la Ciencia Política: desde los estudios culturales a la teoría política, pasando por la filosofía política, los movimientos sociales o los sistemas políticos. Conforme a esto, ambos asuntos han devenido en escenarios de investigación complejos y contradictorios que albergan tanto viejas preguntas como nuevas respuestas.

Por otra parte, se puede observar en los últimos años que tanto Europa como América Latina se han mostrado como zonas extremadamente ricas en matices y especificidades relacionadas con las identidades políticas y el populismo, lo cual demuestra que, las generalizaciones geopolíticas son ejercicios arriesgados a menos que estén bien asentados en un conocimiento entrelazado de las dinámicas políticas locales, estatal-nacionales y regionales. Dentro de ambos continentes, en todo caso, Colombia y España se destacan como escenarios políticos excepcionalmente fértiles para el análisis de las identidades políticas. En el caso de Colombia, el Uribismo vio en la tradicional insatisfacción de las demandas sociales sumada a la creciente opinión direccionada por la necesidad de una salida más drástica y cero negociada al conflicto armado, un momento para representar a un colectivo de ciudadanos inconformes con un régimen "ineficaz". En el caso de España, Podemos, tras la agudización de la insatisfacción generalizada por la incapacidad gubernamental de implementar políticas sociales, sumado a una desafección hacia los partidos tradicionales que provocaban posturas antipartido y antisindicales, y una creencia en la construcción de poder alternativo a través de asambleas barriales y comunales, logró generar un ciclo propicio para la construcción de una identidad política con voluntad de poder.

Esta enunciación sumaria de los que pueden ser los dos procesos políticos más interesantes de los últimos 15 años en ambos países ilustra algunas de las razones que pueden llevar a estudiosos de diferentes disciplinas de las ciencias sociales a fijar su atención en un estudio paralelo de ambos casos. Ciertamente, desde el campo específico de la ciencia política, existe un motivo de mayor peso para dirigir la mirada hacia ambos países: el proceso de construcción de identidades políticas populares abierto por ambos fenómenos mediante una articulación discursiva de diferentes elementos que antes estaban dispersos o recibían otro sentido político. Construcciones ambas que revisten características especiales por cuanto a primera vista incluye por vez primera a vastos sectores sociales en una redefinición discursiva de la comunidad política, es decir, se trata de procesos de construcción de poder político que, por sus dimensiones y sorprendente rapidez y alcance, suponen un valiosísimo objeto de estudio.

Con esto en mente, vale la pena mencionar que la producción de literatura científica dedicada a ambos casos es numerosa gracias a la atención mediática o política que han despertado, por ejemplo. Sin embargo, es de resaltar la ausencia de investigaciones específicas de ciencia política que busquen explicar el rápido y profundo fenómeno de construcción de identidad política y con ello el surgimiento en ambos casos de *conjuntos políticos* capaces, guardadas las proporciones, de generar consensos amplios que sirven de base para la construcción nueva de un poder político. Lo anterior sirve entonces para remarcar el interés del objeto de estudio para la presente investigación y para poner en evidencia lo contradictorio que resulta que una cuestión frecuentemente señalada como central –la conformación de un campo identitario común- no sea objeto de atención prioritaria.

Sumado a lo anterior, es necesario traer a colación el planteamiento de Aboy Carlés (2012) cuando cuestiona las interpretaciones del populismo como proceso de “construcción de un pueblo”, ya que para él si bien “los populismos suponen un devenir particular entre otros posibles de los procesos de articulación de identidades populares, la asimilación sin más entre una y otra identidad, la popular y la populista, oblitera la comprensión del fenómeno populista en toda su complejidad” (Aboy Carlés, 2012, pág. 4). Es decir, conforme a esta crítica el objetivo que se traza el presente estudio pasa por entender, a partir de dos casos concretos, que las identidades políticas populares suponen una amplia variedad de solidaridades políticas, muchas veces con elementos disímiles entre sí, entre otras, las identidades políticas populistas, en la medida en que se ocupan del escenario sobre el que es posible dilucidar la pugna identitaria.

Conforme a lo que se viene desarrollando, la presente investigación busca entender el “Uribismo” (Colombia) y el proceso de Podemos (España) como movimientos identitarios de carácter popular, que buscan dar respuestas a la dislocación abierta a partir del fracaso de las negociaciones con el grupo guerrillero FARC-EP (Colombia, año 2001) y de la crisis a partir del 2008 en Europa (particularmente crítica en España). Se parte de la idea de demostrar cómo ambos procesos tienen tras de sí diferentes mecanismos de atribución de sentido político a determinados hechos sociales a través de su inscripción en una narrativa que divide el campo político en torno a “fronteras” concretas, que generan determinadas identidades políticas, afrontando un proceso que lleva consigo al menos el transcurrir de cinco dimensiones, a saber, (1) acumulación de demandas insatisfechas, (2) formación de una cadena de equivalencias, (3) cristalización en torno a un significante tendencialmente vacío, (4) fijación de significantes flotantes por parte del significante vacío, y (5) momento de péndulo entre “refundacionalismo” y “hegemonismo”. Dimensiones que indagan por una construcción discursiva de las identidades políticas y por la manera como frente a un orden existente, se conforman, extienden, constituyen y “estabilizan” agrupamientos políticos populares. En este punto vale la pena advertir que a la hora de abordar el devenir de estos procesos se buscará identificar algunos puntos que nos permitan apreciar un acercamiento y distanciamiento entre las experiencias de estudio.

El argumento aquí es que, en sus años de desarrollo, y a la hora de contrastar ambos casos, aunque haya elementos similares, ambos procesos han sido básicamente diferentes y esa diferencia puede ser explicada en términos de las tres formas diferenciadas de identidad

política popular que propone el ya mencionado Aboy Carlés, a saber, (1) las identidades totales, (2) las identidades particulares, y (3) las identidades con pretensión hegemónica. En el caso de España, y en un contexto de un sistema de partidos marcadamente bipartidista y un desarrollo más equilibrado en el ámbito social, la estrategia inicial de Podemos de articular el discurso de los indignados presente en el 15M desencadenó una recalcitrante y amplia oposición política a su proyecto. Por su parte, el Uribismo era visto por sus simpatizantes y por sus mismos oponentes como condición de estabilidad del sistema político, por lo cual el foco del antagonismo fue desplazado sobre otros actores políticos (FARC-EP, terrorismo, Venezuela). Podemos, en cambio, es presentado por sus opositores como la negación del orden social existente y como una de las tantas causas del conflicto social y político que se vivía en España.

Resulta necesario aclarar que la inclusión de estos dos casos no radica en el afán de establecer una comparación estricta, sino más bien considerar los aportes del estudio particular de cada una de estas realidades nacionales para reflexionar sobre un problema de mayor alcance: la particularidad de cada uno de los campos identitarios constituidos como clave para interpretar y diferenciar el tipo de identidades políticas populares, como totales en el caso del Uribismo y con pretensión hegemónica, en el caso de Podemos. Por lo tanto, la finalidad de la investigación no es establecer una comparación entre casos puramente equivalentes, sino, por el contrario, identificar algunos rasgos comunes y otros disímiles, para contribuir al análisis propuesto.

Conforme a lo anterior, lo que se pretende es plantear el debate en torno al campo de estudio de las identidades políticas, y de las identidades populistas en el marco de la teoría laclausiana de la hegemonía, contribuyendo a la comprensión del devenir de las experiencias políticas de Colombia y España, al tiempo que se pone de manifiesto sus especificidades dentro del campo de estudio de la ciencia política. Las consideraciones teóricas de Ernesto Laclau, junto con los planteamientos de Gerardo Aboy Carlés, permitirán abordar las realidades nacionales de Colombia y España, a fin de examinar las características particulares que asume la articulación identitaria en ambos países. Lo anterior, si se entiende que el objetivo de la presente investigación pasa por comprender dichos fenómenos como procesos que responden a prácticas articuladoras específicas en escenarios relativamente estructurados.

1. 1 Objetivos de la investigación e hipótesis

Ahora bien, el concepto de identidades políticas – y con ellas las referidas al populismo- han sufrido en los últimos tiempos una evolución paradójica: si por un lado se ha popularizado su uso descriptivo, por el otro existen pocas investigaciones que los empleen en un sentido analítico y explicativo. Por tanto, este trabajo se fija dos objetivos:

1. En primer lugar, se intentará demostrar que desde una perspectiva centrada en la construcción discursiva de las identidades se puede ofrecer una explicación consistente acerca de la manera como se constituyen los campos identitarios políticos populares alrededor del Uribismo y de Podemos, y del rumbo que dichos campos toman como colectivos políticos con vocación de poder político, total el primero, y con pretensión hegemónica el segundo.

2. En segundo lugar, mediante su aplicación a dos casos concretos, se persigue contribuir a un fortalecimiento de los estudios sobre la construcción de identidades políticas populares, y populistas en particular, señalando sus utilidades específicas, así como sus carencias y líneas futuras recomendables de desarrollo en los estudios políticos.

Hipótesis de investigación

Teniendo en cuenta las siguientes preguntas: ¿Son Podemos y el Uribismo formas de identidad política popular? Si es así ¿cuál ha sido la construcción discursiva de dichas identidades? ¿Qué alineamiento político y qué identidad popular está en la base de esa construcción discursiva? Se plantean algunas hipótesis:

- El Uribismo en Colombia y Podemos en España han funcionado como condensadores de formas diversas de identidades políticas populares, generadas en la lucha directa contra la guerrilla de las FARC-EP en el primer caso, y en las protestas contra la política cupular en España en el segundo caso. Conforme a lo anterior, se parte de entender que un elemento decisivo para la constitución de dichas identidades populares y su significado político fue la fijación de una “frontera” que dividió el campo político en ambos casos entre “un nosotros” y un “ellos”. De esta manera, y siguiendo las tres formas diferenciadas de identidad política popular que propone Aboy Carlés, se persigue mostrar cómo si bien ambos procesos pueden postularse como representando por encima de los intereses particulares de cualquier sector social, una voluntad colectiva tendencialmente universal, y necesitando para su afirmación de un constante “afuera constitutivo” minoritario, no obstante, será el análisis de sus diferencias prototípicas el que nos permitirá comprenderlos como modos diversos de conformación de identidades políticas populares.

Subhipótesis

- En Colombia la espacialización del principal conflicto político con las fuerzas vivas anti-statu quo, compuesta principalmente por las guerrillas de las FARC-EP y ELN, permitió al Uribismo plantear el terreno de “la defensa de los intereses de la patria”, asegurándole así el apoyo –o al menos la pasividad- de distintos sectores, como la clase media urbana del país, a lo largo del periodo de la llamada seguridad democrática. Lo cual ha supuesto la puesta en marcha de la construcción de una *identidad política popular total*.
- En España la articulación de las demandas sociales al interior del discurso de podemos, y su inscripción en el imaginario del “proceso de cambio”, ha supuesto la puesta en marcha de la construcción de *una identidad política popular con pretensión hegemónica*.

1. 2 Estructura de la investigación

Conforme a lo anterior, en una primera parte, se llevará a cabo una revisión de la literatura más relevante frente a los casos en cuestión, buscando con esto resituar en el mapa de los estudios sobre identidades políticas, e identidades populistas en particular, la investigación que aquí se desarrolla, señalando los límites y las dificultades que trabajos anteriores han presentado a la hora de dar cuenta de las transformaciones políticas que llevan consigo Podemos y el Uribismo. Ciertamente, si bien se dilucidarán los aspectos parciales sobre los que dichos trabajos han orbitado, al mismo tiempo se procurará dejar en evidencia algunas claves importantes que deben ser abordadas para un estudio sobre las identidades políticas populares en España y Colombia. En definitiva, con este acercamiento a la investigación sobre los casos en cuestión lo que se persigue es identificar las carencias con las que cuenta la literatura científica que hace necesario y pertinente la perspectiva adoptada, entre muchas otras posibles, para abordar una cuestión específica de los fenómenos español y colombiano: la construcción de identidad política popular.

Una vez desarrollado lo anterior, se abordará la construcción del enfoque teórico para a continuación elaborar el aparato metodológico con el que realizar la investigación sobre ambos casos. Se toma esta ruta inicial en la medida que el marco teórico representa un elemento principal para esta investigación y su orientación epistemológica. Ciertamente, se parte de una premisa teórica, la de que las identidades políticas populares se construyen en y mediante el discurso político, lo cual determina a su vez una decisión metodológica, y es la de emprender el análisis cualitativo de las prácticas de construcción de significado político, o discursos políticos. Conforme a esto, se entiende que en el caso particular de la presente investigación la teoría determina el método que ha de validarse científicamente en su capacidad empírica de explicar los fenómenos estudiados.

En el componente teórico de la investigación, se abordan las diferentes teorías que componen el enfoque desde el que se emprende el estudio de las identidades políticas populares en España y Colombia. Para ello, se comienza la construcción de un armazón teórico basado en tres vigas maestras: las formas diferenciadas de identidad política popular, Discurso y Populismo, que juntos conforman la problemática general de una teoría de la construcción de identidades, aquí armada a partir de los trabajos de Aboy Carlés centrados en las distintas formas a través de las cuales las identidades políticas populares se constituyen y procesan su relación con la comunidad política en su conjunto, y de la perspectiva de la Discourse Theory como pilares centrales.

En este punto vale la pena mencionar que la obra de Aboy Carlés, cuya amplitud es por demás sabida, no se examina aquí de una manera exhaustiva, pues aquella es una meta que excede los propósitos de este trabajo y para la cual pueden prestarse investigadores mucho más capacitados. El objetivo a partir de su obra, por tanto, es más modesto: la comprensión del proceso Uribista y de Podemos como formas particulares de identidad política popular que obtienen la adhesión activa o el consentimiento pasivo de los grupos sociales gobernados, unificando voluntades dispersas en un sentido unitario; con lo cual se pone sobre la mesa un

enfoque que prioriza el análisis del poder político, poniéndolo en relación con la construcción de una identidad relacional y antagónica.

Ahora bien, la inclusión de la obra de Aboy Carlés busca contribuir a una demostración de la utilidad de su diferenciación de las formas de identidad político popular para el análisis y explicación de fenómenos políticos contemporáneos de interés. Esto si se tiene en cuenta que a través de esta diferenciación el autor argentino plantea que hay diversas formas de ordenar un campo político marcado por el conflicto y la contingencia, dejando claro que no toda identidad política popular es una identidad populista, y que ésta, es apenas una expresión de las identidades políticas populares con pretensión hegemónica. Por ello, él expone y discute acerca de las distintas formas que pueden tomar las identidades políticas populares como procesos de producción de un orden y de alineamientos políticos, así como los mecanismos discursivos por los que dichas identidades operan. Esto último es sumamente importante en la medida que es a partir de allí donde el presente trabajo entiende los discursos como prácticas de atribución de significado político a objetos sociales que carecían de él o que tradicionalmente recibían un significado diferente. Por tanto, la construcción de campos identitarios en el Uribismo y en Podemos se estudiará a partir de las operaciones de articulación discursiva.

De acuerdo con esta premisa sobre el carácter constructivista del discurso que guiará la presente investigación, y atendiendo al armazón teórico que líneas atrás se planteaba, son Ernesto Laclau y Chantal Mouffe con su Teoría del Discurso dedicada al estudio de las identidades políticas, otro de los referentes no solo de la ciencia política sino de los objetivos que se propone este trabajo. Ciertamente, es un referente en la medida que nos brinda algunas reglas fundamentales para el análisis del discurso de los casos en cuestión, y la manera como estos despliegan diferentes mecanismos de atribución de significado que configuran de alguna manera u otra una práctica de construcción de identidades políticas en pugna por el poder político. De esta manera lo que se busca es agrupar algunas de las aportaciones de estos dos teóricos políticos para estudiar el fenómeno de conformación de identidades populares a través del discurso. Esto es clave en la medida que nos permite apreciar no solo las variadas orientaciones políticas que pueden recibir los procesos populistas, sino que también pueden ser una ventana de entrada para apreciar que pueden ser varios los resultados posibles de las construcciones identitarias, superando un poco de esta manera los límites que el mismo Laclau establece en el momento que plantea que “la construcción de lo popular es siempre una construcción populista” y que el populismo como forma de la política lleva consigo la construcción de un pueblo.

Así entonces, se aborda el análisis de los mecanismos discursivos de generación de identidades políticas populares totales, parciales o con pretensión hegemónica, que permiten a dos grupos en particular postularse como eje rector de una sociedad a partir de la configuración de un campo identitario en el conjunto social en cuestión. Por último, El trabajo es, además, un intento innovador de aplicar la Teoría del Discurso Político haciendo el contraste de dos casos, dimensión poco frecuentada, pues mayormente se han hecho estudios de caso desde esta perspectiva teórica

En la segunda parte del trabajo se buscará dilucidar un modelo metodológico para el análisis de las construcciones identitarias en el Uribismo y en Podemos. Para configurar esto se propone, en un inicio, la adopción de un enfoque constructivista para el estudio de los fenómenos políticos, en particular de las identidades políticas. Este enfoque se convierte para esta investigación en una herramienta fundamental pues permite un entendimiento de la capacidad performativa del discurso indagando por su papel en dos casos concretos de construcción de poder político. De igual manera permite enfatizar en la importancia que tiene para esta investigación las narraciones en la construcción de identidades políticas, dilucidando las prácticas de constitución de los colectivos políticos y sus alineamientos, descartando de esta manera un análisis de las “herramientas” empleadas por ambos procesos para la movilización política de actores preconstituidos. Así, el enfoque constructivista se convierte en una guía para esta investigación, junto con los aportes que genera la Teoría del Discurso mencionada líneas atrás.

A continuación, adoptado el enfoque constructivista, se pretende su complemento con el análisis de marcos. Con la adopción de este método se persigue establecer una ruta de abordaje centrada en identificar las operaciones de producción de significado y construcción de identidades en los discursos políticos. Es decir, una perspectiva que permita mostrar cómo Podemos y el Uribismo se dan a la tarea de generar discursos que expliquen los diferentes hechos sociales de ambos territorios, inscribiéndolos en sus propios esquemas de sentido político con el fin de construir un tipo de identidad que se avoque a la movilización. En este punto se pretenderá consolidar un aparato metodológico a partir de la clarificación de algunas categorías del análisis de marcos, especificando algunos indicadores y las operaciones a identificar en los discursos políticos en los procesos de ambos países.

Ciertamente, la adopción del método de análisis de marcos y su combinación con las principales categorías del análisis de la teoría del discurso propuesta en el apartado teórico, le permite establecer a esta investigación una postura epistemológica que entiende, principalmente a partir de lo planteado por Ernesto Laclau (1993), y por Gerardo Aboy Carlés (2013) que Podemos y el Uribismo, en tanto que alineamientos políticos que conllevan un proceso de construcción de identidades, tienen lugar en el terreno conflictivo del discurso, donde ambos fenómenos compiten por atribuirle significado político a objetos sociales presentes en ambos países.

Ahora bien, buscando cerrar la discusión metodológica, y entendiendo que las decisiones que se vienen tomando pueden condicionar de una manera u otra la elección de la técnica de investigación más adecuada para el horizonte de análisis elegido, se ha optado principalmente por el análisis de fuentes documentales -de prensa, propaganda política, programática, etc.-, buscando privilegiar en ellas las representaciones y atribución de significado político que los actores construyen de su propia acción. Con lo anterior se pretende consolidar una línea de coherencia con los presupuestos teóricos y objetivos de esta investigación.

La tercera parte de esta investigación se dedica a examinar el proceso de construcción de identidades políticas populares a partir de ambos fenómenos de acuerdo con el desarrollo del concepto discutido en la parte teórica de este trabajo: en tanto que formas de poder político

que suponen una amplia variedad de solidaridades políticas. Así las cosas, al inicio se realiza una contextualización del objeto de estudio, a manera de un recorrido histórico que sirve como un elemento más de explicación para los casos estudiados. Ahora bien, más que un mero recuento de antecedentes dicha contextualización es una propuesta de interpretación de los acontecimientos políticos presentes dentro del actuar político del Uribismo y Podemos, propuesta que propugna por poner la mirada sobre la correlación dinámica de fuerzas políticas de la que ambos fenómenos hacen parte.

Con todo y lo anterior, la contextualización permitiría, por un lado, comprender a Podemos como un actor dentro de un escenario donde se establece lentamente una nueva correlación de fuerzas, conformada en las movilizaciones ciudadanas contra la corrupción de la elite política española. En otras palabras, será el abrebocas para apreciar el proceso de Podemos como construcción de identidad política popular con pretensión hegemónica, lo cual según ellos mismos implicaba una refundación del pacto social para incluir grupos sociales, en su mayoría subalternos, parcialmente excluidos a partir de las políticas neoliberales aplicadas por el gobierno. Por otro lado, dilucidar el impacto político que implica el Uribismo, su capacidad transversal de interpelación a diferentes grupos sociales, y de generación de consensos que garantizan una considerable estabilidad incluso en medio del aumento de los costes sociales de las reformas para los sectores más desfavorecidos. En este punto vale la pena resaltar que la mencionada contextualización es importante en tanto las condiciones y características de ambos fenómenos no pueden comprenderse sin su enmarcado en el momento histórico que vivían ambos países a la luz de la articulación política que tanto el Uribismo como Podemos lograron consolidar.

Realizada esta contextualización, se pasa a analizar el proceso de construcción de identidad política popular en el Uribismo y Podemos. Se caracterizan ambos fenómenos, deteniéndose en los elementos discursivos que les permitieron a ambos fraguar, constituir y procesar su relación con la comunidad política en su conjunto. De manera que en este punto se entra en la médula de la investigación: el análisis político del discurso aplicado al Uribismo y Podemos. Aquí se despliega el modelo de investigación edificado para identificar, en la información obtenida a partir del análisis documental, las categorías señaladas en el constructo metodológico ya enunciado. De esta manera lo que se pretende es comprender las operaciones de articulación que explican el proceso de construcción de identidad política popular que caracteriza ambos casos. Es así como, identificados a partir del método establecido los mecanismos de construcción, se puede explicar el tipo de formación de identidad popular, caracterizarla y señalar posibles líneas fértiles de investigación para estudios futuros interesados en el análisis de los procesos colombiano y español.

Lo cierto es que, la identificación de los mecanismos discursivos de construcción de la identidad permite comprender y exponer, finalmente, el contenido político de ambos casos, partiendo siempre de la idea de que dichos fenómenos son relacionales más no sustanciales, pues se acepta la presencia de una dicotomización del espacio político, todo esto a partir del análisis de las demandas insatisfechas articuladas, de la postulación de la dimensión ganadora, del trazado de la frontera constitutiva de la comunidad política, y de la nominación

que encarna la identidad política construida¹. Como se mencionó anteriormente, la idea es que a través de todo lo desarrollado líneas atrás se puedan plantear algunas líneas de investigación para futuras investigaciones que puedan contribuir a clarificar la cuestión de las identidades, y por qué no, a un fortalecimiento del enfoque del análisis político del discurso para la ciencia política.

Por último, es justo decir que al final de este proceso de investigación se propondrán algunas conclusiones a manera de rutas para seguir avanzando en el problema de las identidades políticas, entre otras, las identidades populistas, pues se entiende que la presente es solo una manera de seguir desvelando, específicamente desde los presupuestos del análisis del discurso, lo concerniente al Uribismo y Podemos. Por lo tanto, las conclusiones que se plasmarán al final tendrán un carácter de provisionalidad que no pretende desconocer las diferentes perspectivas que brindan los distintos tipos de abordajes.

¹ Elementos contenidos en el marco metodológico de la investigación.

2. Exploraciones sobre las investigaciones en torno a la construcción de identidad política (Podemos y el Uribismo)

En esta investigación se aborda la construcción de identidad política popular en los procesos políticos del Uribismo en Colombia y Podemos en España. Se parte de la premisa, que será debidamente explicada en el acápite referido a la contextualización histórica, que en el caso de España el país afrontaba una crisis de representación de las élites políticas tradicionales que se convirtió en una crisis de régimen con la creciente ingobernabilidad provocada por la acción colectiva disruptiva de los movimientos sociales -15M- en contra de las acciones del gobierno español. Y que en el caso de Colombia, cuando el Uribismo gana las elecciones presidenciales del año 2002 se producía un cambio en el gobierno a causa de la incapacidad para afrontar la crisis de Estado generada por el fracaso de las negociaciones con las FARC-EP.

En el presente apartado se revisarán las líneas investigativas más relevantes sobre ambos procesos. Se comienza señalando la escasez de trabajos de la ciencia política colombiana dedicados al estudio de Podemos, aspecto que cambia ligeramente con el proceso abierto por el 15M y el protagonismo de los movimientos sociales en la vida política del país europeo, que sirvió y sirve de referencia a muchos estudios sobre la acción colectiva y los movimientos sociales. A continuación, se procede a analizar las contribuciones más importantes que, desde postulados ya explícitamente ubicados en la teoría discursiva del populismo, se han ocupado del problema del poder político en España y la participación que Podemos tiene allí. Posteriormente, se explorarán los estudios centrados en la figura política de Álvaro Uribe Vélez, y la formación política con la que se hizo con parte del poder político, estudios que brindan algunas claves para una comprensión de la identidad política en el Uribismo.

Por último, se analizan las investigaciones dedicadas al análisis de la identidad en el proceso político español, buscando en ellas algunas caminos a seguir por el interés que aquí se plantea a cerca del análisis discursivo de dicho proceso. De lo anterior, se procurará establecer ciertas aportaciones que la presente investigación puede realizar a la comprensión del proceso político tanto español como colombiano y a la construcción de poder político que allí se gestó, y, en un plano teórico general, a la construcción de identidades políticas.

2.1. Algo pasa en España: Podemos

Podemos ha suscitado escasa atención en el campo de la ciencia política en Colombia, y el poco interés que ha logrado cultivar se debe en gran parte al proceso de ampliación democrática conocido como el 15M, proceso que sin embargo para estos ámbitos académicos puede resultar un tanto opaco, lejano, complejo e incluso extraño. Ahora bien, a lo anterior se suma que Podemos es un fenómeno aún reciente fruto de un proceso de transición democrática que vendría a significarlo y, al mismo tiempo, desde algunas posturas académicas, se entiende que dicho proceso permitió revisar las teorías sobre las que esta formación política sustenta sus propias estrategias, esto sin tener en cuenta lo que su irrupción en el ámbito político y social esté generando. Ciertamente, esta investigación se propone indagar sobre una organización política que se podría decir está en construcción, la cual si bien cuenta con una estructura de organización consolidada, aún sustenta mucho de su

accionar político en las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTIC) y las Redes Sociales (RRSS), siendo este uno de los aspectos más estudiados por los académicos interesados en este fenómeno (Jerez, Maceiras, & Maestu, 2015).

Cabe señalar que no hay aún disponibles muchos datos en el ámbito de la investigación sobre Podemos, mucho del material producido desde su aparición es de un carácter marcadamente autorreferencial (Domínguez Rama & Giménez, 2014) (Iglesias, 2014) (Rivero, 2015), con un contenido que apunta a desarrollar de distintas maneras la historia sobre la formación, su recorrido y proceso electoral, sus propuestas políticas y contenido ideológico, así como la descripción sobre el sacudón que la formación morada ha representado en la política española y en la cultura de aquel país. Paralelo a este contenido, se puede apreciar otras posturas que desde un lugar ajeno a la militancia plantean diferentes hipótesis que buscan alejarse de los análisis producidos desde la izquierda, análisis que según estas posturas, en muchas ocasiones, cargan con evidentes dogmas y lugares comunes.

Muestra de lo anterior es el trabajo dirigido por Estela Mateo Regueiro (2015) denominado “*Hasta luego, Pablo. Once ensayos críticos sobre Podemos*”, trabajo en el cual desde una postura que los mismos autores denominan como crítica, se ofrece una interpretación de Podemos brindando distintos matices, tanto así que se aborda desde lo referido a la trama interna del partido, la percepción de la formación frente a algunos de los principales problemas internacionales, el papel de la universidad y de los discursos meritocráticos en la gestación de Podemos; hasta lo que se refiere a la posición de la organización frente a temas como la organización territorial y la cuestión nacional, su relación con los discursos feminista y antipatriarcal, y la por momentos conflictiva relación de esta nueva fuerza política con el movimiento del 15M.

Como se mencionó, este trabajo busca aportar una percepción crítica que permita la ordenación de datos sobre la formación morada que muchas veces pasan dispersos, apuntando igualmente a fortalecer la debilidad de los estudios suscitados por la formación política que lidera Pablo Iglesias, los cuales, como se planteó líneas atrás, cuentan con un formato autorreferencial sin plantear horizontes y análisis plenamente distintos. De esta manera, la investigación en cuestión surge de la necesidad de realizar un análisis multidimensional de Podemos, como una manera de ir subsanando la falta de información sobre aquel, procurando entender cómo este fenómeno fue y es indetectable para la mayoría de los radares convencionales en la academia.

De otro lado, algunos autores pretenden descubrir a Podemos desde perspectivas más o menos “críticas”, muestra de ello puede ser el trabajo adelantado por Asis Timermans (2014) denominado *¿Podemos?*, trabajo en el que, aún reconociendo el peso político de dicho partido en la política española de los últimos años, el debate es desviado hacia cuestiones que no suman al análisis y que no cuentan con ningún poder explicativo, cuestiones como la presunta relación de esta formación política con “democracias despóticas” como la de Venezuela o incluso con “auténticas dictaduras” como la de Cuba, aspectos que se saben no contribuyen a comprender la recomposición del mapa político del país tras la irrupción de dicha formación. Ahora, si bien el autor propugna por un estudio que se adentre en el discurso

público de Podemos, sesgos como los planteados anteriormente impiden que su trabajo sirva de referencia para una investigación sobre el análisis del discurso como la que aquí se propone.

Por otra parte, diferentes investigadores realizan trabajos sobre la figura de Pablo Iglesias, sin duda, uno de los elementos del proceso político español que más ha atraído la atención de investigadores, medios de comunicación y activistas. Ciertamente es que esta atención no ha estado orientada a comprender Podemos como fenómeno, sino a contribuir y a participar de una sublimación del liderazgo particularista como característica “eterna” y definitoria del momento político que propone Podemos. Sin desconocer, claro está, que uno de los símbolos principales de dicha organización es, naturalmente, Pablo Iglesias, uno de sus fundadores. Y efectivamente, como se defenderá en esta investigación, Pablo puede cumplir la función de representación de un amplio bloque social, fungiendo por momentos como significante en el que se cristalizan muchos grupos sociales. Elementos como su forma de vestir, su habla, su forma de hacer política y de relacionarse con las agrupaciones de base, y sobretodo, la estigmatización de la que ha sido objeto por parte de la élite política española lo convierten en un poderoso símbolo político.

Con esto en mente, no es extraño que se hayan generado publicaciones biográficas sobre la figura de Pablo Iglesias. Dichos trabajos, aunque pocos, varían en su rigurosidad y amplitud, por lo tanto, y teniendo en cuenta el espacio del que se dispone en esta investigación, se excluirán la mayoría de las obras, resaltando de aquellas la elaborada por Iván Gil (2015), la cual lleva por nombre “*Pablo Iglesias: biografía política urgente*”, y se resalta en la medida que realiza ciertos aportes al análisis del proceso político español, prestando especial atención al papel central jugado, material y simbólicamente, por Iglesias en la conformación de un partido político que ha trastocado desde sus cimientos todo el sistema político español. Este libro tiene la característica de realizar un acercamiento estrictamente político a la figura de Pablo Iglesias, trazando una biografía política del personaje extremadamente representativa del tránsito de la academia hasta Podemos como instrumento político, lo cual a su vez brinda una aproximación a la realidad política española contemporánea.

Dejando de lado la figura de Iglesias, otra de las publicaciones destacadas sobre Podemos la realiza Amador Martos García (2015), quien, desde enfoques como la psicología transpersonal, se ha aventurado a través de un amplio y largo trabajo teórico a una caracterización de la formación morada. Dicha caracterización consta de una aproximación tendiente a la reconstrucción epistemológica que propone Podemos a partir del empoderamiento del individuo, el cambio de conciencia que esto implica, y la transformación que produce en instancias sociales como: la economía, la política, la ciencia, la filosofía, la educación y la moralidad. Ahora, si bien el autor propone en su obra titulada “*Podemos: Crónica de un renacimiento*” una visión hermeneuta de dicho fenómeno, al mismo tiempo imprime elementos “psicologicistas” que más allá de ser valiosos elementos explicativos, desvían un poco la atención sobre lo que aquí interesa, que son las condiciones estructurales en las cuales los actores ponen en marcha sus recursos o sus mecanismos de producción de sentido.

Otro de los estudios sobre la forma de construcción de poder político que desarrolló Podemos, ha sido el de José Fernández-Albertos (2015), investigador español, autor del libro *“Los votantes de Podemos. Del Partido de los indignados al partido de los excluidos”*, un largo trabajo sobre el proceso instituyente de Podemos, evidenciando en sus líneas las fracturas que han presidido y presiden dicho proceso, resultando inestimable para contextualizar los conflictos político-históricos que provocaron la crisis de régimen que dio cabida a un discurso que fue capaz de canalizar las demandas no tramitadas por las formaciones políticas ya existentes. Desde esta perspectiva, Fernández-Albertos defiende que fue el discurso centrado en la crítica al sistema político y a los partidos tradicionales, a las políticas de austeridad y a la falta de democracia en el proyecto europeo, lo que permitió a Podemos surgir y perdurar en el tiempo, convirtiéndose en una formación política particular resultado de la desafección producida en la ciudadanía y que habría venido a sustituir al viejo régimen de transición y al sistema de partidos que lo acompañó.

Fernández-Albertos propone una tesis interesante, pero el hecho de que cierre su texto proponiendo que Podemos “logró atraer más bien a votantes políticamente implicados que a votantes económicamente vulnerables” (Fernández-Albertos, 2015, pág. 51) da una idea de los límites de su enfoque. Si en lugar de lo anterior dicho autor hubiese analizado la continua capacidad de aquel partido para negociar y reconocer espacios de articulación a otros sectores sociales como la posible manifestación de una histórica mayoría nacional-popular –de capacidad para encarnar una voluntad social general y hacerla políticas públicas-, se habría situado en una perspectiva más cercana a nuestra investigación.

Unai Ahedo Rodríguez (2015) en su trabajo *“Podemos y el populismo”* capta, mejor, la dimensión populista que hay detrás de la nueva forma de construcción de poder político en España, y en consecuencia relaciona los cambios institucionales y sociales con una nueva identidad en expansión. Sin embargo centra su trabajo no en explicar la formación de la identidad, sino en dar cuenta de la manera como Podemos construye un nuevo tejido social de base a través de su conexión directa con la ciudadanía. En ese camino, Rodríguez realiza importantes aportes a la comprensión de la consolidación de la formación morada y su naturaleza plural y diversa, esto a partir de la identificación de la forma como dicho partido configura a través del discurso un fuerte componente emocional que busca la consolidación de un “pueblo”. Sin embargo, no explora a profundidad el campo que a este trabajo interesa: el del análisis del discurso y las identidades políticas populares.

En clave discursiva, algunos trabajos han investigado las raíces constructivistas de Podemos en España. Javier Franzé (2015) en su artículo *“Podemos: ¿regeneración democrática o impugnación del orden? Transición, frontera política y democracia”*, a partir de una exploración histórica y político-económica de la coyuntura, abre caminos para empezar a hablar de una identidad política en Podemos, arrojando una cantidad de luz importante ante un proceso que es comprendido desde Franzé como flexible –en cuanto se mueve entre la impugnación del orden y la regeneración democrática- y generador de lealtades sociales compartidas a través de la inscripción de diferentes demandas en el mito de una comunidad de intereses olvidada –cuando no saqueada- por el poder de la élite política española, de la casta. Este trabajo es especialmente útil para mostrar cómo el término “casta” pasa a designar

despectivamente al político de los partidos políticos tradicionales, convirtiéndose de esta manera en un elemento de esa cadena de significantes de la identidad promovida desde Podemos.

En su trabajo, Franzé lleva a cabo una aproximación a la construcción discursiva que realiza Podemos, comprendiendo que la misma es un proceso sometido a contradicciones y cambios, pero que sin embargo goza de cierta autonomía y capacidad de construcción de una frontera política en la que por un lado esta lo Viejo/Arriba/Oligarquía, y por otro lado esta lo Nuevo/Abajo/Democracia, siendo esta última una parte que consta de diferentes grupos sociales que pugnan por establecer un proyecto de reordenación de España, y es allí donde Franzé olvida algo que para este trabajo es fundamental, y es que aquel proyecto lleva consigo necesariamente una definición de los problemas y de las soluciones, es decir, la consolidación de un marco interpretativo de la realidad. Ahora bien, es fundamental resaltar que Franzé atina a mencionar que con la entrada de Podemos, el campo político en España se encuentra en buena medida dividido por una frontera binaria que separa a la casta del pueblo, a pesar de esto, considero que el trabajo que aquí se propone puede continuar con la línea investigativa propuesta por este autor, y es que si bien la presente investigación toma como clave analítica la construcción de una frontera a partir del discurso, de igual manera se pregunta por los temas elegidos para el trazado de esa frontera, su naturaleza y el alineamiento de fuerzas en pugna que define, siendo el resultado de un acto puramente político.

Cuando Franzé alude de cierta manera a la conformación de un “pueblo”, hace bien en especificar la procedencia social de grupos que en su mayoría conformaron el 15M, pero no explica que, en última instancia, la construcción del “Pueblo” español al que Podemos dice encarnar es una operación discursiva de articulación y nominación. Y es aquí donde las herramientas del análisis del discurso, entonces, pueden ser de gran ayuda para el desarrollo de las líneas investigativas abiertas por este autor.

En un sentido algo más complejo entiende a Podemos Luciana Cadahia (2015) quien en su artículo “*Podemos y el despertar de la sensibilidad colectiva*” establece un punto de partida para comenzar a hablar en Podemos de un discurso capaz de cohesionar un bloque social integrando en él a distintos sectores. Se toma por tanto, el trabajo de Cadahia como un punto de partida, ya que en lo fundamental, maneja una perspectiva que apunta a comprender la performatividad del discurso como forma de construcción de alineamientos políticos, por medio de relaciones de solidaridad y conflicto que están mediadas por “la configuración de nuevos registros de la sensibilidad” (Cadahia, 2015, pág. 13). En consecuencia, para la autora, lo que podría ser la construcción de identidad política en Podemos se hace sobre la base de la puesta en escena -en el campo de conflicto- de las imágenes y las palabras, quedando de esta manera la configuración de identidad abierta al “juego político” de la articulación, como constructos más que como “descubrimientos”.

Así, la autora analiza el conflicto en España y la participación de Podemos como una lucha por la definición de los términos del país ibérico a través de una “construcción colectiva de los afectos” (Cadahia, 2015, pág. 13), cuyo resultado es la consolidación de Podemos como

tercera fuerza política. Dicha construcción, que a fin de cuentas es una construcción del discurso que “va configurando formas de decir, pensar y estar en común” (Cadahia, 2015, pág. 14) juega en el trabajo de Cadahia un papel fundamental, pues apunta a señalar la composición plural en la centralidad de la formación morada, composición establecida a través de formas híbridas de articulación política de esos “registros cotidianos de la sensibilidad” (Cadahia, 2015, pág. 13). A estas formas de articulación y organización es que esta investigación buscará dilucidar y comprender, se toma, por tanto, esta investigación, como punto de partida. Ahora bien, las líneas desarrolladas anteriormente perfilan un contexto complejo de análisis, pues no se debe dejar de lado que Podemos es aún un fenómeno reciente, fruto de un contexto que se podría denominar de profundización democrática.

2.2.Uribismo: una aproximación

Al llegar a este punto, y saltando el charco, se podría decir que diferentes investigaciones han trazado la línea de trabajo sobre el Uribismo, acercándose al proceso político colombiano con herramientas de diferentes perspectivas de estudio como el populismo, el análisis del discurso y las teorías de la democracia. Se ofrece a continuación una revisión general de las aportaciones contenidas en los estudios más destacados, que nos sitúe a las puertas de los trabajos sobre el Uribismo.

En Colombia, un escrutinio del Uribismo a la luz del populismo puede encontrarse en los trabajos como: “*Álvaro Uribe o el neopopulismo en Colombia*” de Cristina De la Torre (2005), “*El Neopopulismo: una aproximación al caso colombiano y venezolano*” de Luis Guillermo Patiño Aristizábal (2009), “*Gracias, general Uribe, por salvar la patria*” de Fernán González (2010) y “*Neopopulismo en Colombia: el caso del gobierno de Álvaro Uribe Vélez*” de Carolina Galindo Hernández (2007), visiones que si bien buscan negar o aseverar la presencia de dicho fenómeno, abordan el mismo desde una perspectiva amplia que relaciona las construcciones ideológicas del uribismo con sus condiciones de producción, en este caso aquellas determinadas por la condición de inseguridad de la sociedad colombiana.

Mas allá de lo anterior, en el caso de De La Torre (2005) y Patiño (2009), los mismos aseguran que en el siglo XXI un nuevo populismo se implementó en Colombia con Álvaro Uribe Vélez, nuevo en el sentido de que aquel “se relaciona directamente con estrategias y discursos de manipulación para atrapar seguidores, en los que el resultado del liderazgo es el apoyo y legitimación de su política” (Bueno Romero, 2013, pág. 132). Es decir, para ellos las masas interpeladas no actuaban en modo alguno como un sujeto colectivo, tanto así que concluyen que “los seguidores, más que prestar apoyo o asimilar las políticas sociales o económicas, lo que legitiman es el uso de la fuerza contra la violencia guerrillera, obnubilados por la acción y la competencia del líder” (Bueno Romero, 2013, pág. 132). Como se ve, la cuestión de la construcción de identidad tras dicha legitimación sigue quedando en el aire: cómo y por qué se da ese cambio a la necesidad de un proyecto político que ordene el campo político de cierta manera. Ya que no se tiene en cuenta que esas masas interpeladas y manipuladas demagógicamente antes actuaban en un sentido diferente o

simplemente no actuaban, por lo tanto, para esta investigación lo fundamental sigue siendo el proceso por el cual aparece un tipo de identidad política que es capaz de reorientar el Estado colombiano, y particularmente su política de seguridad, en un sentido específico, sin pretender que esto sea reducido a una narración funcional propia de una estrategia de control de masas irracionales.

Es oportuno ahora mencionar que por parte de González (2010) y Galindo (2007) se debe tener cuidado al momento de utilizar el concepto de populismo en el caso del Uribismo, y es que en lo que respecta al primero, aborda dicho caso como un estilo político muy cercano al clientelismo, donde un líder mesiánico autoproclamado como verdadero representante del pueblo y encarnación del bien común, plantea el escenario político a partir de una lógica maniquea entre el bien y el mal, dejando entrever de esta manera el autor que aún cuidándose de utilizar de forma ambigua el concepto de populismo, maneja este último desde la ya mencionada perspectiva negativista, pues para él el Uribismo es una “combinación entre guerrerismo, populismo y clientelismo” (González, 2010), asunto que no se discutirá en esta investigación, pero que deja de lado la pregunta por las estrategias que cristalizaron e hicieron efectiva la implementación de un proyecto de construcción de poder político como el Uribismo, el cual por momentos llegó a determinar el campo de la lucha política. En cuanto a Galindo (2007), esta autora entiende que no se puede hablar de populismo en el caso en cuestión ya que no se cuenta con “un efectivo proyecto de unidad nacional a partir del cual pudiera establecerse una idea de nación a largo plazo” (Galindo Hernández, 2007, pág. 161), a lo cual suma que, conforme a la historia política de Colombia, resultaría mucho más apropiado hablar del caso Uribe como una tendencia autoritaria propia de un líder que no ha logrado consolidar una sólida base popular, como elemento fundamental del populismo latinoamericano. Como se puede apreciar en las últimas líneas, la perspectiva de Galindo se fundamenta en gran medida en teorizaciones latinoamericanas, desconociendo un poco que “el populismo no se ata a fenómenos específicos sino a muchos lugares y fenómenos heterogéneos” (Bueno Romero, 2013, pág. 132).

Dicho lo anterior, se considera adecuado desarrollar, para el fin de este estudio en particular, los planteamientos que han especificado el Uribismo desde el análisis del discurso, teniendo en cuenta la proximidad a los enfoques de análisis que se toman como premisas para esta investigación. Esto se hace con el fin de reflexionar como el presente trabajo puede contribuir, desde una perspectiva transdisciplinar, a un abordaje más preciso del fenómeno en Colombia, permitiendo de alguna manera la optimización de los modos de análisis del discurso socio-político en un contexto complejo.

Para empezar se puede mencionar que desde la perspectiva del análisis crítico del discurso, Neyla Graciela Pardo Abril (2010) a partir del trabajo “*Representaciones de la política de seguridad democrática en el discurso de Álvaro Uribe Vélez*” lleva a cabo un estudio tanto textual como contextual en el cual busca comprender y evidenciar los elementos contradictorios en los discursos mediáticos de Álvaro Uribe Vélez, discursos que contribuyen a la reproducción de una concepción de democracia que tiene por referente un concepto de seguridad muy distinto del mandato participativo que promulga el gobernante en su proyecto político. De esta manera, el análisis de la interacción comunicativa, el reparto de la

participación y de los papeles, le permite a Pardo concluir que “el concepto de Estado Comunitario pareciera estar conectado con ideas pertenecientes al comunitarismo, las redes de representaciones implicadas en su construcción reproducen valores como la ley del más fuerte, la supresión de la diferencia, la ineficiencia de lo público” (Pardo Abril, 2010, pág. 45). Esta conclusión se fundamenta en la observación que realiza la autora de la capacidad que tiene Uribe Vélez para controlar los procesos comunicativos, su desarrollo y sus condiciones, construyendo de esta manera un discurso que consigue establecer prácticas en la medida que inserta estructuras de percepción en los individuos, de ahí que Pardo asegure que “quien no se adhiere a la misión de contribuir a la implementación de los postulados de la economía de mercado es considerado como un agente nocivo para la nación y, en algunos casos, es asimilado como terrorista” (Pardo Abril, 2010, pág. 96), lo anterior “se representa como el deber ser encarnado en los supuestos idearios colectivos, esto da cuenta de un modelo de Estado en función de los requerimientos de los actores económicos hegemónicos” (Pardo Abril, 2010, pág. 96).

Vale la pena decir que trabajos como el anterior plantean esquemas de percepción que son muy importantes a la hora de comprender los procesos de recepción del discurso público por parte de los individuos, muestra de ello es la investigación de Rivera y Tabima (2009), en la que ambos, a partir del análisis de tres discursos de Uribe Vélez, a los cuales se les aplicaron reglas formales de construcción del discurso, logran evidenciar “el manejo de recursos argumentativos para lograr el éxito de sus ideas y refutar las ideas de los oponentes” (Rivera & Tabima, 2009, pág. 65). Paralelo a esto, alcanzan igualmente a vislumbrar a través del análisis de aspectos de la dimensión discursiva de Uribe Vélez, conexiones entre la nominación de determinados alineamientos políticos por parte de este y su constitución, esto si se tiene en cuenta que dicho discurso esta elaborado mediante “propuestas, argumentos, figuras retóricas, entre otros elementos, los cuales le permiten construir relaciones de sentido en el discurso y dar valor a las expresiones en términos de actos y voces enunciativas” (Rivera & Tabima, 2009, pág. 85). Registrado esto, huelga decir que si bien el trabajo de estos dos autores toma como referencia algunas políticas de la administración Uribe –como es el caso de la política de seguridad-, el análisis no profundiza en la manera como este tipo de políticas consiguen articular solidaridades compartidas que una vez relacionadas son capaces de construir, con elementos dispersos o significados variados, voluntades colectivas de las cuales el proyecto político uribista sea su encarnación.

Sumado a lo anterior, otra investigación que abre una vía interesante para acercarse a esta cuestión, es el trabajo de Claudia Ximena Carrillo Vargas (2010), titulado “*Análisis del discurso de Álvaro Uribe Vélez (2002-2006) bajo una lógica neopopulista*”, trabajo en el cual, desde una óptica más cercana a Ernesto Laclau, se establece que el comportamiento de la administración Uribe manejó una lógica neopopulista en cuanto presentó características como “la presencia de un líder carismático que constituyó un pueblo en torno a un significativo vacío como la seguridad, el cual se convirtió en un elemento que le permitió mantener su hegemonía” (Carrillo Vargas, 2010, pág. 46). Más aún, para esta autora el neopopulismo de Uribe debe entenderse como la reafirmación de una hegemonía, esto si se comprende que el Uribismo puede también verse como “una demanda flotante que intenta

aumentar la cadena equivalencial a favor de la hegemonía norteamericana en contraste con la cadena equivalencial de demandas insatisfechas que se ha creado en la región con Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina y Brasil” (Carrillo Vargas, 2010, pág. 48). Pudiera creerse que esta investigación, realizada desde una perspectiva de la teoría del discurso similar a la que aquí se emplea, constituye un referente clave para el presente trabajo, sin embargo, es necesario decir que su acercamiento a la idea de “significante vacío” como un nombre más que como un concepto, le impide mirar la capacidad que tiene este para realizar interpelaciones amplias que hacen posible un apoyo transversal nacional.

Sería prudente advertir que los trabajos que se vienen desarrollando hasta el momento han permitido acercarse de manera progresiva a las cuestiones centrales que plantea el proceso político colombiano. Por lo tanto, para continuar en esta línea se traerá a colación el trabajo de Manuela Restrepo Ramírez (2016) titulado *“El populismo ausente en Álvaro Uribe Vélez”* allí la autora propone que Álvaro Uribe Vélez no puede ser catalogado de populista ya que en primera instancia aquel no lleva a cabo una apelación recurrente al pueblo en sus discursos, a lo cual se suma que no realiza un enaltecimiento de los valores del mismo, situaciones que aunadas a una “movilización electoral que durante el gobierno de Álvaro Uribe no provenía mayoritariamente de los territorios con niveles de pobreza por encima del promedio nacional” (Restrepo Ramírez, 2016, pág. 37), y a que el “apoyo a la gestión gubernamental del expresidente era menor en los sectores con condiciones económicas malas que en quienes se encontraban en una situación económica buena” (Restrepo Ramírez, 2016, pág. 37), configuran un escenario donde hablar de populismo puede resultar un tanto impreciso, y hablar de la presencia de este puede contribuir, según la autora, a afirmar que hay dinámicas regionales que explican y alimentan mutuamente las experiencias, pues para ella se habla de populismo en Colombia en la medida que se considera, equivocadamente, que este hace parte de una nueva ola de populismo en América Latina.

La visión de Restrepo (2016) corre el riesgo de ignorar las condiciones y desarrollos de la pugna por el poder político en Colombia, entre ellos, aquellos rasgos diferenciales evidentes que se pueden observar en el uribismo, su relación con la sociedad colombiana y el proceso de construcción de una mayoría electoral, por citar algunos elementos. Más aún, el concepto de pueblo que utiliza la investigación de alguna manera se margina en la medida que se lo tiene en cuenta en mayor medida en el aspecto nominativo y es explicado bajo un esquema de interpretación mayoritariamente cuantitativo: es por el contrario un elemento de primer orden a explicar por la investigación y el análisis discursivo y político que propone. Por lo tanto la propuesta de Restrepo (2016) cuenta con algunas dificultades analíticas a la luz del trabajo que aquí se propone, pero sin embargo permite un acercamiento al uribismo desde una tipología del neopopulismo que coloca dicha administración como un proceso de producción discursiva que de una manera u otra procuró encarnar una comunidad política.

Registrado lo anterior, otro trabajo que merece ser destacado es el de Mónica Arango Rincón (2014) titulado *“Representaciones discursivas bajo la enunciación política de la seguridad democrática del uribismo (Colombia) y el kirchnerismo (Argentina) entre los años 2002 – 2011”*, en el cual desde un análisis comparado constituido desde el análisis crítico del discurso político, la teoría social del discurso y las representaciones sociales, se busca

comprender la manera como las estrategias discursivas de los casos en cuestión “permiten la adhesión de votantes respecto a sus argumentos e ideas políticas, logrando incrementar el reconocimiento y la aprobación social indispensables para sostener sus proyectos político-hegemónicos vigentes en el poder durante varios periodos presidenciales” (Arango Rincón, 2014, pág. 2). Es decir, desde una perspectiva comparatista se procura observar “al discurso como una práctica social, manteniendo una visión del hecho político en su acción totalizadora y abordándolo desde la perspectiva de las representaciones socioculturales” (Arango Rincón, 2014, pág. 2). En este punto es importante decir que la comparación que desarrolla la autora resulta muy útil para señalar la primacía que ha tenido la historia, el discurso, el poder, la ideología, la sociedad y la cultura, en la construcción de dos regímenes que se muestran como hegemónicos.

Ahora bien, este trabajo sirve de referente en cuanto logra construir una herramienta teórica y metodológica que permite incluir dos casos disímiles entre sí y evidenciar tanto las conexiones como la autonomía y la especificidad de cada uno. Por tanto, aquella tesis debe ser tenida en cuenta en la medida que estudia ambos casos (el Uribismo y el Kirchnerismo) no simplemente con una voluntad comparativa sino discursiva: por su labor preformativa, de construcción, que no puede ser reducida a la simple manipulación. De esta manera, esta investigación nos muestra que más allá de sus contenidos ideológicos, el Uribismo debe ser definido a partir de la lógica propia de construcción de identidad, la cual crea una adhesión que para la autora se da “también a partir del manejo discursivo que se suscita desde las creencias socialmente compartidas” (Arango Rincón, 2014, pág. 119), es decir, a partir de la configuración de marcos interpretativos de la realidad.

Todo lo dicho hasta ahora, muestra que el problema con los estudios examinados sobre el Uribismo es que, en su especificidad, no discuten apenas la función de la “construcción de identidad” en la pugna política vivida en Colombia una vez fracasados los diálogos de paz en el Caguán con las FARC y durante el primer periodo de gobierno de Uribe Vélez. Es decir, no analizan en qué medida la articulación de solidaridades compartidas forma parte de un proceso de construcción de poder político, en la que diversos sectores sociales pugnan por establecer un proyecto de reordenación del país, que pasa necesariamente por imponer una definición de los problemas y de las soluciones. En otras palabras, la estabilización del Uribismo como poder político gubernamental, a partir de 2002, derivó de lo que hasta aquí se ha definido, en forma tentativa, como “identidad política popular total”, por los grupos sociales convocados, o por la operación inicial de la dicotomización del espacio político que llevó a cabo.

Con todo lo anterior en mente, y una vez señaladas las dificultades de distintas investigaciones para dar cuenta del cambio del escenario político, y una vez entrados en la disputa Podemos y el Uribismo, y de toda la evolución política posterior de ambos países, es oportuno decir que el trabajo que aquí se propone tiene el valor de ser una aplicación práctica de un esquema teórico híbrido –teoría del discurso, identidades políticas populares, populismo- a través de un andamiaje metodológico robusto que permite el análisis de dos casos concretos de construcción de poder político e identidades políticas en España y Colombia. Ahora, si bien estudios que han abordado los casos concretos de estos dos países

parten de la premisa de la performatividad del discurso, los mismos no profundizan en la manera como dicha performatividad construye identidades políticas y alineamientos políticos a través de relaciones de solidaridad sustentadas en marcos interpretativos de la realidad, tratando de esta manera solventar el vacío dejado por estudios que han abordado de manera parcial la cuestión de la identidad política, mostrando la necesidad de investigaciones que contrastando las distintas aportaciones lleguen a conocimientos más profundos del proceso político de España y Colombia.

3. Hacia una teoría de la construcción discursiva de las identidades políticas populares

“Cuando se quiere estudiar a los hombres, es necesario mirar acerca de sí; pero para estudiar al hombre, hay que aprender a llevar la vista a lo lejos; hay que observar primero la diferencia, para descubrir luego las propiedades” Jean-Jacques Rousseau

Teniendo en cuenta que la presente investigación se pregunta por el proceso de construcción de identidades populares en España y Colombia, y de la irrupción de la articulación populista que aquello conlleva. El presente capítulo consta de tres momentos: En el primero se procura esclarecer aquello a lo que se hace referencia cuando se habla de conformación de identidades políticas populares; en el segundo, se aborda el discurso como práctica de articulación y conformación de identidades; y en el tercero, se discute el populismo, fundamentalmente en su acepción formal. Se trata de una división del corpus teórico en tres elementos fundamentales -Identidades, Discurso, y Populismo- que, juntos, ayudan al abordaje de un tema que afrontado de manera aislada se puede tornar profusamente complejo. Ciertamente, vale la pena mencionar que es menester realizar un deslinde preciso de cada elemento, pues se entiende que entre aquellos se puede tejer una red de estrechas relaciones, más precisamente que la construcción discursiva de una voluntad popular nueva se puede mostrar como condición de posibilidad de la articulación populista.

3.1. Los sentidos políticos de las identidades populares

Ahora bien, teniendo claro de entrada que lo que se busca es poder desarrollar un paquete teórico que permita comprender un elemento central de la construcción de identidades populares como lo es su condición de posibilidad de las articulaciones políticas populistas, la pregunta que ronda es ¿qué contenidos particulares pueden “rellenar” –y construir- dichas identidades? En este punto pareciera impostergable abordar lo planteado por Ernesto Laclau fundamentalmente con miras a una aproximación más sólida al fenómeno del populismo a partir de la teoría del discurso, sin embargo, es pertinente mencionar que frente al estudio del contenido político de dichas identidades y su consolidación o debilitamiento, las técnicas discursivas han contado con distintas consideraciones las cuales se hace necesario tomar en circunspección si lo que se procura es una teorización con capacidad propositiva y de síntesis.

Es aquí donde Aboy Carlés, reclamándose parcialmente en sintonía con el autor argentino, es el puente que permite alejarse de la idea que plantea Laclau cuando da a entender que el populismo lleva enmarcada única y necesariamente la construcción de un pueblo como sujeto político sobre la base de premisas organicista que lo reifican en el Estado y que niegan su despliegue pluralista, arrojando con esto Carlés el concepto de identidad popular al centro del debate, destacándolo como el núcleo central de una política que se pregunta por la manera como se da la construcción y dirección de una gama de fuerzas heterogéneas hacia un horizonte defendido como de “interés general”. Y es que para Aboy Carlés resulta problemático abordar el populismo en el marco de una solidaridad tan general como la evocada al referirnos al término pueblo, él entiende, por tanto, que hay formas diversas de las identidades políticas populares. Es así como se parte del reconocimiento de una “amplia

variedad de solidaridades políticas, muchas veces completamente diferentes entre sí” (Aboy Carlés, 2012, pág. 6), como es el caso de los fenómenos aquí tratados. Pero, en un paso más allá, propone tres formas diferenciadas de identidad política popular, esto con el fin de visibilizar las formas de articulación política que explícitamente eluden la práctica de construcción de un pueblo, entendida como vinculación de diferentes demandas o grupos en una cadena que subordina parcialmente las particularidades a un “excedente metafórico” que las inscribe en un relato unitario y relativamente homogéneo.

Ciertamente, para Aboy Carlés, el populismo se expresa más allá del proyecto pueblo como modalidad política de unificación de un sujeto colectivo, es decir, el populismo es una forma de construcción de la política que no agota ni excluye otros tipos de identidad ajenas a la popular. Se caracteriza, por tanto, de acuerdo con lo desarrollado hasta aquí, por ser un proceso que tiene tras de sí diversas formas de articulación identitaria. Por decirlo de forma simple: el populismo es un modo particular de construcción de la política, mientras que la popular es una forma entre otras posibles de construcción del campo identitario populista. Para comprender esto de mejor manera, A boy Carlés propone una concepción de la identidad popular que la entiende como:

“(…) aquel tipo de solidaridad política que emerge a partir de cierto proceso de articulación y homogeneización relativa de sectores que, planteándose como negativamente privilegiados en alguna dimensión de la vida comunitaria, constituyen un campo identitario común que se escinde del acatamiento sin más y la naturalización de un orden vigente” (Aboy Carlés, 2012, pág. 4).

Una vez aclarado esto, es importante precisar dos cuestiones explicitadas por Aboy Carlés a partir de esta definición, la primera, es que “no es necesario que dichos sectores sean mayoritarios dentro de la sociedad, aunque muchas veces su potencialidad estará íntimamente vinculada a su capacidad de universalizar sus demandas” (Aboy Carlés, 2012, pág. 4). Y la segunda, es que no resulta indefectible que “objetivamente se encuentren en una situación de subalternidad, sino que de esta forma sea percibida al menos por sus integrantes y posible, pero no necesariamente, por otros observadores externos” (Aboy Carlés, 2012, pág. 5). Con esto en mente, para Aboy Carlés:

“No es entonces una determinada posición social (negativamente privilegiada para un observador, por ejemplo) lo que nos permite hablar de una identidad política popular sino una gramática de construcción identitaria que en muchos casos puede sí ser interpretada como el proceso de “construcción de un pueblo” (Aboy Carlés, 2012) (Aboy Carlés, 2012, pág. 5)

Bien pareciera por todo lo anterior que para Aboy Carlés toda identidad política popular, y no solo la construcción de un pueblo, experimenta de hecho estas tensiones en torno a la frontera política, entre los movimientos de “ruptura” y de “integración”. La construcción de un pueblo aparece cuando la frontera se traza en términos antagónicos entre “los de abajo” y los poderosos, con los primeros encarnando al “pueblo”. Sin embargo, esta operación es una entre las posibles, pero toda construcción de identidad política popular por parte de grupos sociales tiene necesariamente un momento de ruptura y fijación de frontera en términos populistas. Lo anterior es trascendental en la medida que “uno de los inconvenientes

fundamentales que atraviesan los estudios sobre el mundo popular radica en el prejuicio sociológico que considera a lo popular como una categoría objetiva y preexistente a la conformación identitaria misma que le da forma” (Aboy Carlés, 2012, pág. 5)

La aportación de Aboy Carlés permite finalmente comprender el componente populista que sigue al proceso de construcción de las diversas formas de identidad popular que él propone, y conectar así la formación de identidades populares con la de constitución de poder político. Realiza de esta forma una importante contribución al andamiaje teórico que aquí se pretende esbozar, así, de la mano de esta propuesta este trabajo desarrolla una perspectiva ligeramente diferente, pero complementaria, a la defendida por Ernesto Laclau y que será presentada más adelante. De entonces acá, la propuesta central del también autor argentino expone tres formas distintas a través de las cuales las identidades políticas populares se pueden constituir, la primera de ellas son *las identidades totales*, forma en la que “la extrema realización de la escisión supone entonces la ausencia de toda posibilidad de intercambio entre los espacios identitarios que separa un antagonismo en sentido fuerte, entendido como límite de toda objetividad” (Aboy Carlés, 2012, pág. 8).

Es así como, para Aboy Carlés las identidades totales cuentan con el sello ideológico de la totalización, esto gracias a que propugnan por una representación de la realidad dispersa como una unidad cerrada y estructurada, buscando fijar definitivamente las identidades políticas que construyen, las cuales sin embargo siempre serán limitadas y sometidas a permanentes disputas. Se puede afirmar así que:

“La característica definitoria de las identidades populares totales radica en el hecho de que en las mismas *la plebs* emergente apunta a redefinir los límites de la comunidad convirtiéndose en único *populus* legítimo y expulsando de sus límites al campo adversario sin que procesos de negociación de su promesa fundacional den lugar a fenómenos de hibridación o regeneración de los actores enfrentados a través de una atenuación de las fronteras que separan a *la plebs* de sus enemigos. Generalmente, las identidades totales operan una reducción violenta del *populus* a *plebs*. Se trata de una suerte de realización de la concepción schmittiana –de inspiración rousseauiana- de la democracia como homogeneidad” (Aboy Carlés, 2012, pág. 10)

Continuando con esta línea, y comenzando a dejar entrever su concepción de la ideología como terreno fundamental de la lucha política, Aboy Carlés plantea su segunda forma de identidad política popular, la cual denomina como *las identidades políticas parciales*, siendo esta una forma, que a diferencia de las identidades totales penetra de forma parcial y fragmentada en la comunidad política, resultando imposible una diferenciación absoluta con otros campos identitarios, de ahí que en estas identidades:

(...) el propio espacio no aspira a saturar el campo comunitario: no hay conversión de la *plebs* en *populus* y en este sentido se definen como la contracara de las identidades populares totales. En casos extremos, las identidades parciales coexisten más que conviven con las comunidades que las albergan, marcando cierta tendencia hacia el encierro endogámico y la segregación” (Aboy Carlés, 2012, pág. 11).

En este punto, vale la pena aclarar que tanto esta forma de identidad como las totales, como “materia prima” sobre la que operan procesos de selección, significación y resignificación, deben tener en cuenta las condiciones diferenciales de la narrativa populista, pues “es la fuerza del antagonismo la que puede hacer que una identidad particular, sin aspiraciones a representar a la comunidad en su conjunto, pueda convertirse en algo más que una curiosidad destinada al aislamiento corporativo y despreciable para la política” (Aboy Carlés, 2012, pág. 13), de ahí la importancia de abordar más adelante de manera detallada la propuesta de Laclau y la teoría del discurso. Lo anterior da pie sin embargo para referirse a la tercera y última forma de identidad política popular que describe Aboy Carlés, la cual recibe el nombre de *identidades con pretensión hegemónica*, y de la que en primera instancia se puede decir que lleva a cabo una convocatoria a la integración de sectores amplios de la población en torno a propuestas políticas concretas que conforman amplios bloques en torno a una identidad política que busca ser hegemónica. Ciertamente, la diferencia entre las identidades totales y las identidades con pretensión hegemónica radica:

“(…) en el hecho de que si las identidades totales operan esta reducción a la unidad mediante la expulsión o la destrucción de lo heterogéneo, en el caso de las identidades con pretensión hegemónica, el camino será el de la asimilación mediante desplazamientos moleculares que suponen tanto la negociación de su propia identidad como la conversión de los adversarios a la nueva fe” (Aboy Carlés, 2012, pág. 13)

Es sintomático que las identidades con pretensión hegemónica son reflejo de un proyecto político con capacidad de interpelación a una diversidad de sectores sociales, sin llegar al punto de una reducción a la unidad, pues como se ha dejado claro “la hegemonía es creación de universalidad desde una particularidad determinada” (Errejón, 2012, pág. 158), más no un proceso fragmentario que segrega las identidades y desconoce la variedad de campos de batalla de identidades políticas. Ahora bien, es aquí donde cobra relevancia lo referido a la porosidad y permeabilidad de la frontera en el momento que se produce la dicotomización en términos populistas, dicotomización que según Luciana Cadahia (2017) siguiendo a Laclau funciona bajo las lógicas: arriba/abajo o abajo/abajo, teniendo indudablemente presente que dicha porosidad determinará el tipo de identidad política popular, y es que para Aboy Carlés:

“(…) un límite indiscutido entre las identidades totales y las identidades con pretensión hegemónica está dado por el hecho de que, si las primeras excluyen constitutivamente la tolerancia a la diversidad característica del pluralismo político, las segundas suponen un rango extremadamente variado de tolerancia del mismo” (Aboy Carlés, 2012, pág. 14).

Ciertamente, según el autor argentino, en el caso particular de las identidades con pretensión hegemónica la frontera se constituye a partir de límites porosos, límites “que no sólo se desplazan sino –y esta es su diferencia específica- que permiten una importante movilidad a través de ellos. No hay en ellas un enemigo completamente irreductible ni un espacio identitario completamente cerrado e impermeable a su ambiente” (Aboy Carlés, 2012, pág. 14). Entonces resulta que las relaciones equivalenciales en las distintas identidades que propone Aboy Carlés –ya en clave política- demandan discursos de distintos tipos: las relaciones equivalenciales que vinculan las identidades con pretensión hegemónica

prefiguran un conjunto marcado por la diversidad; y las relaciones equivalenciales que vinculan a las identidades totales articulan los elementos por su oposición equivalente a otro, estableciendo así una frontera fundamentalmente ambivalente.

Esto último es lo que Aboy Carlés denomina el “principio de escisión” de las identidades políticas populares, principio que según él podrá ser más o menos acentuado en cada caso. Y es que cuando se habla de una identidad total la frontera se constituye a partir de la negación “de un Otro que amenaza la existencia de la identidad emergente” (Aboy Carlés, 2012, pág. 6). Esto es, en el fondo, la tensión presente a la hora del trazado de la frontera, de la configuración de la escisión. Tensión por construir una frontera “que va a ser, de esta forma, la que defina el sentido político de la construcción de esa identidad popular” (Errejón, 2012, pág. 207)

Los anteriores planteamientos no aspiran a establecer una tipología, lo que se procura es comenzar a complejizar conceptos como populismo e identidades, tan sobreutilizados y sometidos a vaguedades, buscando que sean operacionalizables para el análisis de dos fenómenos políticos concretos: el proceso del Uribismo en Colombia y la formación y consolidación de Podemos en España. De esta manera, sin pretensión de exhaustividad, las diferentes formas de identidad política popular que plantea Aboy Carlés pueden funcionar como indicadores para examinar las luchas y conformaciones identitarias de ambos casos, así como su grado de fortaleza y posibilidad de desarrollo. Indagando a su vez por la intensidad de cada uno de los procesos, y cómo los grupos que interpelan pueden estar en función de una forma y no otra de construcción de identidad política popular, estableciendo su orientación política, sus intereses y valores, y con esto su condición de posibilidad de la articulación populista, elemento que se comenzara a abordar de lleno en las siguientes líneas.

3. 2 Identidades políticas populares, teoría del discurso y Populismo

De este modo, y tratando de impulsar una indagación teórica que permita entender los sujetos y las subjetividades que lleva consigo una epistemología del populismo, se procederá a un estudio más profundo de lo que propone la teoría del discurso frente al populismo y las identidades políticas populares a partir de categorías que hacen posible comprender las lógicas políticas de articulación popular, la producción de demandas, la construcción de sentidos colectivos o significantes, que lleva consigo dicho fenómeno. Con esto en mente, para abordar lo específico del populismo y las identidades políticas, se parte de analizar aquellas unidades más pequeñas que el campo identitario en sí, es decir, se considera la categoría de demanda como elemento guía en la medida que es aquella “forma elemental de construcción del vínculo social” (Laclau, 2009, pág. 54). Esto último es muy importante ya que impide concebir identidades o grupos preexistentes, pues entiende que estos últimos se configuran a partir de una agregación en torno a demandas. Es así como, al decir de Laclau: “una situación social en la cual las demandas tienden a reagruparse sobre la base negativa de que todas permanecen insatisfechas es la primera precondition –pero de ninguna manera la única- de ese modo de articulación política que denominamos populismo” (Laclau, 2009, pág. 56).

En esta misma línea, si se concibe que las subjetividades populares que lleva consigo el populismo son el resultado del agrupamiento equivalencial de una pluralidad de demandas democráticas, otra de las categorías fundamentales que sale a relucir es la categoría de “nominación”, pues para Laclau es aquella como acto político la que establece la articulación a partir de la similitud que logra establecer entre las demandas –insatisfechas-, o a través de la oposición que las une a una diferencia establecida como afuera constitutivo. Ciertamente, la nominación se vale de términos que hacen las veces de condensadores, términos que según Laclau sirven como significantes tendencialmente vacíos y que son susceptibles de ser empleados en cadenas de signo político muy diferente: patria, seguridad, orden, etc.

Con esto en mente, lo que desde Laclau se propone para entender la construcción de identidades políticas populares es el análisis del discurso, esto en la medida que lo que se propugna es estudiar el conjunto de operaciones por las cuales fenómenos como Podemos y el Uribismo producen nominaciones que conectan con algún tipo de identidad popular.

De entonces acá, se entiende que la construcción de identidad popular es la producción de un agrupamiento equivalencial de demandas que no se basa en ninguna propiedad esencial de estas últimas, ya que es a partir de la relación de equivalencia que se entiende que el surgimiento de una subjetividad popular no se produce sin la creación de una frontera interna, pues:

“Las equivalencias son sólo tales en relación con una falta que las domina a todas, y esto requiere la identificación de la fuente de la negatividad social. De esta manera, los discursos populares equivalenciales dividen lo social en dos campos: el poder y “los de abajo”. Esto transforma la naturaleza de las demandas: dejan de ser simples peticiones y se transforman en reivindicaciones” (Laclau, 2009, págs. 57-58)

Cierto es que, la construcción de una subjetividad popular como acto político puro se estructura siempre de modo contingente a partir de demandas y relaciones de equivalencia que juegan en un escenario dicotómico de lo social en torno a una frontera interna. Ahora bien, huelga decir que la equivalencia procede, en el caso que aquí se trabaja, enteramente de la oposición a aquel elemento externo que es simbolizado radicalmente como negativo, así la articulación como negatividad se vuelve articulación como factor antagónico.

Es oportuno ahora mencionar que si bien se han logrado enunciar algunos elementos estructurales que definen el estudio de las identidades políticas, es necesario traer a colación una dimensión crucial para el estudio que aquí se plantea, y es la dimensión de los significantes vacíos y flotantes². Y es que las relaciones equivalenciales que se vienen trabajando se enfrentan particularmente al problema de la representación a la hora de ordenar el campo político en su beneficio, entendiendo que “la primera precondition para la representación del momento equivalencial es la totalización (mediante la significación) del

² Frente a estas categorías Laclau dice: “las categorías de significantes vacíos y flotantes son estructuralmente diferentes. La primera tiene que ver con la construcción de una identidad popular una vez que **la presencia de una frontera estable** se da por sentada; la segunda intenta aprehender conceptualmente la lógica de **los desplazamientos de esa frontera**. En la práctica, sin embargo, la distancia entre ambas no es tan grande” (Laclau, 2015, pág. 167)

poder que se opone al conjunto de aquellas demandas que constituyen la voluntad popular” (Laclau, 2009, págs. 58-59). Esta totalización se produce a través de significantes que estabilizan cadenas equivalenciales, significantes que tienen la capacidad de condensar en torno a sí todo un campo antagónico:

“Esto debe ser claro: para que la cadena equivalencial cree una frontera dentro de lo social es necesario, de alguna manera, representar el otro lado de la frontera. No hay populismo sin una construcción discursiva del enemigo: el *ancien régime*, la oligarquía, el *establishment*, etc.” (Laclau, 2009, pág. 59)

Es prudente advertir que la presente investigación se concentrara en dilucidar la transición de las subjetividades políticas populares sobre la base de los efectos de frontera que derivan de las equivalencias. Aclarado esto, y una vez resaltado que las identidades populares son producto –y al mismo tiempo condición de posibilidad- de la cristalización de una cadena equivalencial, la pregunta que ronda es ¿cómo se representa a sí misma esta equivalencia?, y la respuesta a esto pasa por el momento en que una demanda particular pasa a representar al resto de la agrupación, con lo cual pasa a significar por un lado su propia particularidad, y por otro lado el significado de la cadena en su totalidad. Y dicha ambivalencia ve su representación a través de un significante que tramita la tensión entre la universalidad que representa y la diferencia de las demandas entre sí, esta tensión:

“es inherente al establecimiento de toda frontera política y, de hecho, de toda construcción del pueblo” [puesto que la cadena de la que nace] “sólo puede vivir dentro de la tensión inestable entre estos dos extremos, y se desintegra si uno de ellos se impone totalmente sobre el otro” (Laclau, 2015, pág. 163)

De esta manera, se comprende que la construcción de las identidades políticas populares se mueve entre la subordinación de las demandas particulares al lazo equivalencial o la plena autonomización de las diferencias de aquellas, donde en el primer caso el significante vacío pierde cualquier utilidad ya que se convierte en un contenedor de un sinnúmero de ideas, o en el segundo caso se puede presentar una desarticulación de demandas que termina con la solidaridad compartida y por ende con el campo popular. Así, “la representación sólo es posible si una demanda particular, sin abandonar completamente su propia particularidad, comienza a funcionar además como un significante que representa la cadena como totalidad” (Laclau, 2009, pág. 59). Y es por esto que, la categoría de significante vacío cobra tanta relevancia para el problema investigativo que aquí se plantea, ya que es la manera cómo agrupaciones determinadas como el Uribismo y Podemos consiguen anclar dicho significante vacío a una forma de interpretación de la realidad, lo que les permitirá redibujar la frontera del antagonismo político y, así, reordenar el campo político a su favor.

Ahora bien, la investidura de una parcialidad como totalidad a través de una frontera antagónica es lo que define el tipo de identidad política popular. El contenido dependerá de qué parcialidad sea la investida, y qué frontera divida en dos el campo político (Laclau, 2000), entrando de esta manera en juego una lógica binaria entre forma de representación y contenidos representados. El populismo de “derechas” que podría reflejar el uribismo recibe su contenido ideológico de cuál es la particularidad que divide el campo político: en este caso

el colombiano pujante pero olvidado y maltratado por el Estado, contra la guerrilla y el terrorismo que sirven de dique para el desarrollo económico del país y que impide el fortalecimiento estatal, pero también contra el proceso bolivariano que se asocia al atraso y al comunismo. De esta forma el Uribismo trata de construir un tipo de identidad determinada por una lógica excluyente y estigmatizante, un tipo de identidad política popular total. En el otro caso, sobre el proceso de Podemos en España, es la construcción de una mayoría nacional popular trazando la frontera política en torno a dos dimensiones: la reivindicación de la movilización popular como muestra de las falencias de la transición y la protección de los derechos sociales frente a una casta corrupta que genera crisis de legitimidad; estas dos demandas, elevadas como condensadoras de una amplia gama de otras reivindicaciones, se convirtieron en los significantes tendencialmente vacíos de un tipo de identidad política popular con pretensión hegemónica. En el caso del Uribismo lo que prima es la idea del colombiano pujante y emprendedor frente a la guerrilla terrorista y el peligro del proceso bolivariano; en el otro, el discurso traza una frontera que sitúa a los sectores afectados por las reformas neoliberales y tendencialmente marginados como los únicos representantes legítimos de la patria. La construcción populista se da en ambos casos, si bien los resultados políticos no pueden ser más diferentes.

La puesta en escena de estos dos casos pone en evidencia, como diría Aboy Carlés , que hay distintas formas de construir la identidad popular, y si bien en este aspecto se toma un poco de distancia con Laclau en la medida que para él el populismo se identifica con la construcción de un pueblo, es él mismo quien plantea que el lugar del significante vacío puede ser ocupado por cualquier demanda representando así toda una cadena diversa de demandas, pues todo depende de la nominación, con lo cual el contenido ideológico de la construcción de pueblo supone en cada caso un devenir particular de distintas identidades populares. Con esto en mente, procesos como el del Uribismo y Podemos y su capacidad para representar cierto campo identitario no está dada por ningún elemento previo, ya que es puramente contingente y no es más que la puesta en juego de factores en una lucha discursiva; al decir de Laclau: “El momento de unidad de los sujetos populares se da en el nivel nominal y no en el nivel conceptual” (Laclau, 2015, pág. 150)

Al llegar a este punto, es necesario mencionar que para la teoría del discurso hay un elemento fundamental para comprender el rol constitutivo de las identidades populares, y aquel elemento se ve reflejado en las condiciones de posibilidad tanto institucionales como materiales, y la importancia de aquellas para dicha teoría radica en que serán las nominaciones más veraces a la hora de interpretar el mundo las capaces de reordenar el campo político a su favor, en otras palabras y al decir del Filósofo esloveno Slavoj Žižek:

“el término que señala lo ausente –la plenitud de la sociedad- será hegemónizado por aquel significado específico que proporcione mayor y más certera “legibilidad” a la hora de entender la experiencia cotidiana, es decir, el significado que permita a los individuos plasmar en un discurso coherente sus propias experiencias de vida” (Žižek, 2008, pág. 17)

Así, si lo que se procura es observar el carácter construido de las identidades en el Uribismo y Podemos, es necesario reconocer que las cadenas equivalenciales juegan con elementos

preexistentes que más que realidades objetivas son el resultado de anteriores prácticas de atribución de sentido. De lo anterior surge la importancia de contextualizar ambos fenómenos, pues la idea también es comprender las condiciones de emergencia y transformación de ambos casos, ya que, si bien se ha venido indagando por el cómo de aquellos, resulta fundamental también entender el porqué de estos. Más aun teniendo en cuenta que se desarrollan en posiciones geográficas tan distintas logrando configurar resultados tan dispares. Con esto en mente, se comprende que las identidades políticas populares más que ejercicios lingüísticos son un despliegue político al interior de ciertas condiciones de posibilidad que las determinan.

A lo largo de las anteriores líneas se ha procurado ir configurando una teoría del discurso que permita comprender las identidades políticas populares como formas de articulación contingentes y relacionales, es decir, se establece que no hay sujetos preconstituidos en la medida que se desnaturaliza la identidad política, y por el contrario se entiende que la política es una lucha por el sentido a través de la construcción de articulación, en otras palabras, se deja claro que “la actividad central de la política es la actividad de constitución de identidades, que no obstante su duración en el tiempo, nunca pueden darse por plenamente instituidas, y siempre están sometidas a contestación o reinterpretación. Este continuo movimiento es, en rigor, la política” (Errejón, 2012, pág. 231). Al llegar a este punto se hace necesario realizar una síntesis de los elementos centrales de la teoría que aquí se empleará para comprender la construcción de las identidades políticas populares en España y Colombia.

Cierto es que el hilo conductor lo proporciona la categoría de demanda “como forma elemental de construcción del vínculo social” (Laclau, 2009, pág. 54), siendo la articulación entre estas a partir de la insatisfacción de las mismas la que produce la identidad popular, proceso que en Laclau recibe el nombre de “cadena de equivalencias”, entendiéndose a su vez que la representación de dicha cadena está dada por un significante vacío que al surgir de una de las mencionadas demandas se juega en la contradicción entre la universalidad de la cadena y su propia particularidad, sin embargo, es un elemento central en cuanto cristaliza o simboliza la cadena. Al mismo tiempo, al configurarse esta cadena se instaaura una frontera que divide el campo político entre el “nosotros” y el “ellos”; esta frontera resulta crucial para el trabajo aquí propuesto en la medida que será la porosidad y permeabilidad de la misma la que permita dilucidar el tipo de identidad popular construida, que como se mencionó líneas atrás no tiene tras de sí necesariamente la articulación populista en clave de configuración de un pueblo, tornando determinante por esto la relación con esta frontera.

En este punto, vale la pena resaltar que, en lo concerniente al significante vacío, será este el que sirva de plataforma de la identidad política en formación en cuanto funciona como superficie de inscripción de distintas demandas, inscripción que a su vez es fundamental a la hora de disolver o afirmar la frontera, esto en cuanto no puede ser tan amplia que represente a la comunidad en su conjunto o tan cerrada que deje demasiadas demandas por fuera. Con todo lo anterior lo que se procura es comprender el sentido político de procesos como el Uribismo y Podemos, cómo aquellos ordenan el campo político a su favor a través de una conformación identitaria, esto es, produciendo un tipo de identidad política popular.

En suma, y teniendo claro que la idea es dilucidar el papel del discurso en la representación y transformación de la realidad en España y Colombia, resulta pertinente agrupar los diferentes factores que intervienen en la construcción de una identidad política popular:

1. **Acumulación de demandas sociales que no han sido satisfechas o neutralizadas.** Si se entiende que “el discurso es determinado por su medio, y el discurso determina las posibilidades de su medio” (Johnstone, 2002, pág. 9), es este contexto altamente conflictivo y disgregado el punto de partida para la conformación de una solidaridad compartida a partir de la frustración mutua reinante. Es decir, el contexto como caldo de cultivo de la articulación discursiva.
2. **Formación de una cadena de equivalencias.** Es en este punto donde se comienza a construir la identidad política popular a través de la fijación de una posición de sujeto con la cual los individuos pueden identificarse gracias a la credibilidad del proyecto y sus propios intereses. Es aquí donde se establece la frontera del enfrentamiento y sus respectivos contendientes, en otras palabras, se dicotomiza el tablero político. Añádase la consolidación de un significante vacío que, si bien funciona como condensación de la cadena de equivalencias, al mismo tiempo establece el contenido político del campo identitario a través de la fijación de una nueva posición unitaria.
3. **Cristalización de esta cadena en un significante tendencialmente vacío.** Elemento a través del cual se designa el principio general (justicia, libertad, igualdad) que aspiraría a unificar una formación social. Este significante estructura el discurso y por ende es factor fundamental de expresión de la identidad política popular.
4. **Fijación de significantes flotantes por parte del significante vacío.** Momento de articulación completa de los elementos que configurarán el orden social. Así, por ejemplo, los discursos de Podemos y el Uribismo proporcionan definiciones diferentes de conceptos como “democracia”, “estado” y “patria” y los articulan en cadenas de significación que fijan los otros elementos del discurso. Aquí ya se podría hablar de un tipo de identidad política popular que puede emprender una lucha por el poder político a través del conflicto electoral y la batalla cultural.

Los anteriores elementos que plantea la teoría del discurso permitirán observar las operaciones a través de las cuales se conforma, extiende, constituye y “estabiliza” un tipo de identidad popular. Ciertamente es una ruta de abordaje de la producción discursiva de dichas identidades, presentándose como un esquema a partir del cual comprender el elemento central que define el fenómeno de las identidades populares como condición de posibilidad de la articulación populista. Resulta por tanto pertinente adoptar todo lo anterior como un modelo explicativo de la construcción de los tipos de identidad popular que nos propone Aboy Carlés, a saber, las identidades totales, las identidades particulares y las identidades con pretensión hegemónica, las cuales vendrían a ser los contenidos representados en una forma de representación populista.

3.3 Populismo: gramática de representación de lo popular

El término populismo está hoy integrado al lenguaje más o menos común, resultando en un lugar de encuentro de diferentes estudios, desde la filosofía política hasta los estudios electorales, pasando por el marketing político y las políticas públicas. Usado como sinónimo de demagogia, caudillismo, polarización, entre otros, lejos de plantear un error semántico es muestra de la laxitud de significados que lo rodean y de la posibilidad de calificar de igual manera procesos tan disimiles como los que aquí se abordan. Ahora bien, este concepto encierra un fenómeno de un largo desarrollo histórico aún hoy sometido a discusión entre diferentes perspectivas teóricas, a menudo difícilmente conciliables.

Lo cierto es que, más allá de las pocas claridades frente al fenómeno, lo que se pretende asumir es una teoría del populismo que no trate de definirlo por sus contenidos ideológicos sino, como diría Laclau (2015), como una lógica propia de construcción de lo político, es decir, como un fenómeno ontológico que obedece a un determinado modo de articulación de los elementos sociales, políticos o ideológicos. Y que dicha forma de articulación, “aparte de sus contenidos, produce efectos estructurantes que se manifiestan principalmente en el nivel de los modos de representación” (Laclau, 2009, pág. 53). Es decir, en el nivel de las identidades políticas que logra fraguar a partir del establecimiento de una serie de posiciones subjetivas localizadas. De esta manera, Laclau sintetiza la vaguedad del concepto populismo y como esto se relaciona con su concepción formal cuando afirma que:

“[...] en lugar de contraponer la “vaguedad” a una lógica política madura dominada por un alto grado de determinación institucional precisa, deberíamos comenzar por hacernos una serie de preguntas más básicas: “la vaguedad” de los discursos populistas, ¿no es consecuencia, en algunas situaciones, de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social? Y en ese caso, ¿no sería el populismo, más que una tosca operación política e ideológica, un acto performativo dotado de una racionalidad propia, es decir, que el hecho de ser vago en determinadas situaciones es la condición para construir significados políticos relevantes?” (Laclau, 2015, pág. 32)

Por lo tanto, se comienza a dilucidar cómo la misma imprecisión frente al populismo es muestra de que el mismo es una forma de construcción de lo político, más aún, y que es lo que interesa a esta investigación, se podría decir que es una forma, una gramática de producción de orden en un contexto de disgregación, ya que se entiende que “[...] el lenguaje de un discurso populista –ya sea de izquierda o de derecha- siempre va a ser impreciso y fluctuante: no por alguna falla cognitiva, sino porque intenta operar performativamente dentro de una realidad social que es en gran medida heterogénea y fluctuante” (Laclau, 2015, pág. 151). Se diría, pues, que partir de una conceptualización del populismo que pasa de los contenidos a la forma, permite obtener algunas ventajas para la presente investigación, ya que en primera instancia se hace frente al problema vinculado a la ubicuidad del populismo, entendiendo que el mismo puede surgir en diferentes puntos de la estructura socioeconómica, esto gracias a que “sus rasgos definitorios se hallan en la prevalencia de la lógica de la equivalencia, la producción de significantes vacíos y la construcción de fronteras políticas mediante la interpelación a los de abajo” (Laclau, 2009, pág. 65), elementos todos estos que se trabajaron con mayor profundidad en líneas anteriores.

En segunda instancia, admite entender, entre movimientos de signo político totalmente opuestos como el Uribismo y Podemos, la circulación de los significantes en el discurso y las cadenas de equivalencia que ambos fenómenos formaron, las cuales lograron atravesar diversos sectores sociales. Por lo tanto, se va delimitando una concepción del populismo como “un principio formal de articulación” (Laclau, 2009, pág. 66), el cual en ambos casos buscaría abarcar el estado de cosas existentes como un todo sistémico y presentar una alternativa respecto a aquel, o dado el caso una defensa de este. Con esto en mente, se abre la posibilidad de comprender los campos populares resultantes en las situaciones española y colombiana, donde ambos casos se plantean como representantes de la sociedad como un todo, claro está, con marcadas diferencias de fondo entre sí, eso sí, remarcando que en cuanto a forma a priori Podemos y el Uribismo podrían compartir las que Laclau denomina como condiciones de posibilidad del populismo, esto si se entiende que

“Ambos presuponen la división social; en ambos hallamos un demos ambiguo que es, por un lado, un sector dentro de la comunidad (los desposeídos), y, por el otro, un actor que se presenta a sí mismo, de modo antagónico, como la totalidad de la comunidad” (Laclau, 2009, pág. 69).

En este punto, una vez establecido este abre bocas que deja el camino allanado para entender el populismo como una forma de construcción de lo político basada en una división dicotómica de la sociedad, resulta pertinente que antes de adentrarse de lleno en la elaboración de Laclau sobre populismo, se revisen algunos acercamientos que frente a dicho fenómeno se han llevado a cabo buscando dilucidar algunas características diferenciales.

Por lo pronto, y teniendo siempre presente que esta investigación se centra en la construcción de identidades políticas populares, se comienza por mencionar, y de igual manera descartar, una aproximación a partir de la teoría de la psicología de masas, esto gracias a que su comprensión del fenómeno es vaga en cuanto expone un menosprecio y desconfianza en lo concerniente a lo popular, pues se lo presenta como algo patológico e irracional, esto a partir de que “la distinción entre la racionalidad y la irracionalidad coincidiría ampliamente con aquella entre el individuo y el grupo. [Así] el individuo experimenta un proceso de degradación social al volverse parte de un grupo” (Laclau, 2015, pág. 46). Ciertamente, se comprende que supuestos como el anterior priorizan una visión del populismo que aquí no se busca desarrollar, ya que lo muestra como un fenómeno con límites difusos, ideológicamente ambiguo y generalmente asociado a sociedades o discursos poco evolucionados políticamente.

Otras teorías explicativas sobre el populismo latinoamericano, por ejemplo los trabajos de Gino Germani y Torcuato Di Tella, ven en el funcionalismo y en las expectativas de los actores una ruta de comprensión para el fenómeno de movilización populista, de ahí que consideren que la no presencia de canales políticos institucionales y el surgimiento con ellos de las masas como agente político sea caldo de cultivo para la aparición de liderazgos paternalistas, lo cual lleva a establecer una perspectiva del populismo que lo sitúa como una ideología propia de países sub-desarrollados, de ahí su precariedad institucional como fiel muestra del atraso cultural y social de la comunidad. Ahora bien, más allá que esta visión

desconozca los procesos de industrialización que algunos procesos populistas llevaron a cabo en América Latina, pone sobre la mesa la discusión acerca de aquellos líderes que se postulaban como elemento mediador ajeno a las instituciones o los partidos, buscando con esto establecer una relación directa con el pueblo. Ciertamente se resalta este aspecto en la medida que es por este camino que en el caso particular de Germani se llega a una descripción del populismo que para el presente caso sería un error soslayar:

“el populismo por sí mismo tiende a negar cualquier identificación con, o clasificación dentro de, la dicotomía izquierda-derecha. Es un movimiento multclasista... el populismo generalmente incluye componentes opuestos, como ser el reclamo por la igualdad de derechos políticos y la participación universal de la gente común, pero unido a cierta forma de autoritarismo a menudo bajo un liderazgo carismático. También incluye demandas socialistas o al menos la demanda de justicia social, una defensa vigorosa de la pequeña propiedad, fuertes componentes nacionalistas y la negación de la importancia de la clase. Esto va acompañado de la afirmación de los derechos de la gente común como enfrentados a los grupos de interés privilegiados, generalmente considerados contrarios al pueblo y a la nación. Cualquiera de estos elementos puede acentuarse según las condiciones sociales y culturales, pero están presentes en la mayoría de los movimientos populistas” (Germani, 2003, pág. 88)

Más no se trata de una simple descripción del populismo, ya que la misma encierra lo que Laclau tanto criticó de las teorías latinoamericanas, y es su idea de que el desarrollo desigual de algunos países los relega, generando con ello una situación de atraso, situación que, dicho sea de paso, se soluciona con una tosca inclusión de las masas en la vida política. Sin embargo, se trae a colación como muestra de aquellas perspectivas negativas del populismo, que pueden llegar a ver la construcción de identidad política popular como un proceso regido por una retórica demagógica, la cual apela emocionalmente a las masas a través de un líder carismático que hace mella del subdesarrollo ideológico y el poco contenido político de algunos movimientos. Así las cosas, se considera, siguiendo la línea de Laclau, que este tipo de teorías cuentan con poco poder explicativo no solo a la hora de referirse a la construcción de identidades populares como fenómeno amplio, sino también a la hora de comprender el proceso de articulación populista que subyace al mismo, esto gracias a que caracterizan el populismo como un término arrojado a la hora de descalificar aquel adversario político que interpela los sectores populares.

Con todo y las falencias ontológicas que las anteriores teorías vienen mostrando, será Carlos Vilas desde una postura más economicista quien brinde una visión más amplia del populismo ya que apunta a dilucidar los aspectos estructurales e ideológicos que aquel conlleva. Ciertamente es que Vilas, parado desde una perspectiva marxista del asunto, arriba a una concepción del populismo como una modalidad de acumulación de capital a través de un Estado que sustituye a una débil burguesía con el fin de impulsar un fuerte proceso de industrialización basado en la consolidación de un mercado interno. Ahora bien, para este autor el elemento acumulativo es fundamental en cuanto:

“(...) lo que se denomina populismo es una específica estrategia de acumulación de capital: una estrategia que hace de la ampliación del consumo personal -y eventualmente- de cierta distribución de ingresos un componente esencial. Es, por lo tanto, la estrategia de

acumulación de una cierta fracción de la burguesía, en una etapa determinada del proceso de acumulación capitalista: Esta dimensión material o sustantiva del populismo genera a su turno los modos de relacionamiento de esa fracción de la burguesía con las otras fracciones del capital y con el proletariado y demás clases y fracciones subalternas; asimismo, las características político-ideológicas de la estrategia, y sus alcances y limitaciones” (Vilas, 1988, págs. 38-39).

Ahora bien, lo que interesa rescatar de esta concepción del populismo es la dimensión estructural que plantea, pues a diferencia de las teorías anteriores que formulaban el atraso cultural de las sociedades como un factor determinante para el surgimiento de liderazgos paternalistas, Vilas entiende que este atraso tiene origen en la penetración capitalista en dichas sociedades, penetración que a su vez generaba que muchos sectores populares se integraran de manera constante al trabajo industrial y a la vida urbana, conformándose de esta manera una masa urbana y asalariada que posteriormente sería el sustento de lo que él denomina el Estado populista. De esta manera “El gobernante populista encuentra su nicho, entonces, en la ampliación de la intervención del Estado para modificar el patrón de acumulación capitalista periférico a uno de industrialización y diversificación del aparato productivo” (Errejón, 2012, pág. 195).

Con esto en mente, Vilas propone una descripción del populismo un tanto ajena al negativismo que líneas atrás se expuso, ya que, para él, la modificación del patrón de acumulación capitalista tiene tras de sí la aspiración a un desarrollo económico nacional, elemento central del populismo, especialmente el latinoamericano. En este punto vale la pena mencionar que el eje de política económica que Vilas resalta y que está caracterizado por la profundización del control estatal a sectores económicos estratégicos para la redistribución de ingresos, puede en cierto punto resultar conflictivo frente al desarrollo de la burguesía industrial pues su tasa de ganancia se ve afectada por la intervención estatal de la economía y la protección que antes resultaba provechosa se puede convertir en un obstáculo para un desarrollo hacia el exterior. Es aquí donde Vilas, con el fin de solventar dichas falencias teóricas, fragua una síntesis de su teoría del populismo que expone así:

“En la promoción de la estrategia de acumulación el Estado populista plantea una movilización popular que siempre resulta excesiva para la ideología de la burguesía, aunque sea necesaria para impulsar sus intereses de clase; su reformismo anticipatorio es demasiado sofisticado, y a veces también demasiado caro, para una clase dominante entrenada en la beneficencia y en la represión. Al mismo tiempo, el éxito en sus tareas –la consolidación del mercado interno, la modernización capitalista, el impulso al crecimiento industrial- agota progresivamente su base económica, y reduce adicionalmente su espacio político” (Vilas, 1981, pág. 147).

Ciertamente, “las determinaciones estructurales en esta interpretación marcan la posibilidad, pero en ningún caso la necesidad, de los fenómenos populistas o nacional-populares, cuya “cristalización” siempre depende de la lucha política” (Errejón, 2012, pág. 196). Es de resaltar lo pertinente que aquello resulta para la perspectiva que se busca consolidar para el presente trabajo, sin embargo, hay un asunto que aún no se logra clarificar si la cuestión que aquí interesa son las identidades, esto es, la poca capacidad explicativa de los enfoques

enunciados, frente a la construcción de identidad política popular como operación discursiva por la que un actor social logra una articulación de solidaridades políticas. Es decir, seguimos frente a las preguntas acerca de quién y cómo realiza ese tránsito hacia un sujeto político colectivo que busca reordenar el tablero político a través de la delimitación de una frontera que postula el “nosotros” y el “ellos”, la inquietud sigue siendo: la construcción discursiva de las identidades políticas populares.

Así, descartado un abordaje orientado por los postulados de la psicología de las masas, así como el estructuralismo que nos plantea Vilas, es Ernesto Laclau, como se mencionaba líneas atrás, quien esboza una descripción del populismo que sirve a los intereses de la presente investigación, esto gracias a que lo entiende como una forma de construcción de la política que no riñe o excluye otras formas, es decir, para él el populismo se caracteriza por una pugna en la que diferentes grupos particulares tratan siempre de presentar sus objetivos sectoriales como nombres de una universalidad que les supera (Laclau, 2000, pág. 57), vale la pena mencionar que este ejercicio lleva consigo una relación conflictiva con ciertos grupos. Así las cosas, y tratando de acercar esta definición un poco más a lo que aquí interesa, y buscando consolidar un todo teórico medianamente articulado, se entenderá que “sólo hay populismo si existe un conjunto de prácticas político-discursivas que construyen un sujeto popular, y la precondition para el surgimiento de tal sujeto es, como hemos visto, la construcción de una frontera interna que divide el espacio social en dos campos” (Laclau, 2009, pág. 64).

Por consiguiente, se va configurando una descripción más ontológica que óptica del populismo, pues se dilucida una perspectiva formal del mismo que lo caracteriza como una forma específica de articulación independientemente de los contenidos reales que se articulan. De esta manera, se comprende que movimientos como Podemos y el Uribismo – bajo su género común, el discurso- pueden ser condición de posibilidad de la articulación populista en la medida que sus contenidos son articulados por lógicas equivalenciales, generando con esto una división conflictiva de la sociedad en dos campos antagónicos. Lo que es más importante, el tipo de identidad política popular que lleva consigo el populismo como forma específica de articulación “dependerá de la profundidad del abismo que separa las alternativas políticas” (Laclau, 2009, pág. 68).

De lo anterior, se desprende una comprensión del populismo como un proceso que propone una ruptura y dicotomización del orden social, pero que al mismo tiempo plantea cómo un sector dentro de aquel orden social se presenta a sí mismo como la expresión y la representación de la comunidad como un todo. Ahora bien, para los fines de esta investigación, y continuando con las líneas construidas por Laclau, se entenderá que las identidades políticas populares que lleva consigo el fenómeno populista, solo pueden ser construidas en el terreno de las relaciones de representación, más aún, huelga decir que “el discurso populista no expresa simplemente un tipo de identidad popular originaria; él la construye” (Laclau, 2009, pág. 70). Con esto en mente, se va edificando una herramienta teórica que permita incluir casos como el español y el colombiano que a priori pueden resultar tan diferentes, buscando igualmente evidenciar la autonomía y especificidad de cada uno desde su núcleo denso: la interpelación de una identidad por parte de un movimiento que postula la regeneración o no regeneración de la comunidad popular idealizada.

Ciertamente, la construcción de dichas identidades como un proceso discursivo no debe remitirse específicamente a los actos del habla o de la escritura, sino más bien a la articulación de elementos formando una totalidad relacional sintagmática, es decir, el discurso en tanto generador de objetividad. De manera que, la articulación discursiva de las identidades políticas populares no puede determinarse a priori ni es una sumatoria de elementos preconstituídos que se adicionan para formar lo popular. Así las cosas, el carácter de dichas identidades dependerá de la articulación de significados construidos, de los grupos movilizados y de los sentidos privilegiados que fijan la articulación, con lo cual casos puntuales como el Uribismo y Podemos deben ser pensados en el proceso histórico particular de cada uno porque dependen de la producción de nombres y símbolos capaces de movilizar al colectivo para disputar en un orden social dislocado. Esto último es fundamental en la medida que permite posar la mirada sobre una perspectiva del populismo que aquí interesa sobre manera, y es que el populismo en cuanto lógica de lo político que a priori no tiene un contenido político definido opera en la conformación de una voluntad colectiva en tanto performa una identidad irreducible a las demandas particulares que son tomadas como unidades básicas.

Hasta aquí se ha construido una perspectiva del populismo que, a partir de lo planteado por Ernesto Laclau, propone en primera instancia la conformación de una frontera interna en la sociedad como condición del antagonismo social. Ahora, si bien siempre que haya política esta frontera estará presente, será en el momento que “un sector dentro de la comunidad se presente a sí mismo como la expresión y la representación de la comunidad como un todo” (Laclau, 2009, pág. 69), que se puede hacer referencia a las identidades políticas populares como construcciones edificadas en el terreno de las relaciones de representación. Es decir, las identidades políticas, al operar en discursos populistas, nunca son un dato primario, son una construcción, de ahí que, la elaboración de significados y símbolos que congreguen los sentidos colectivos, sean tan importantes a la hora de entender la reconfiguración de subjetividades existentes y la producción de otras nuevas que casos como el Español y el colombiano pueden llevar a cabo.

En este punto debería estar clara la conexión que lleva a un estudio sobre las identidades políticas populares a vincularse a la producción discursiva de las articulaciones populistas. Ciertamente, se recurre al concepto del discurso no solamente para dar cuenta del “aspecto” ideológico-discursivo de uno u otro movimiento popular, sino también para comprender de qué forma el discurso construye por sí mismo las identidades populares bajo una operación crucial que busca constituir totalidades encabezadas por un elemento particular, es decir, bajo una operación populista que funciona como forma de expresión de lo popular.

Recapitulando un poco, se espera que en las líneas anteriores se haya podido plasmar el desarrollo teórico de las categorías y el enfoque que trazarán la ruta de esta investigación, siendo identidades políticas populares, discurso y populismo factores claves para la elaboración del marco utilizado para comprender las prácticas discursivas que dan forma a los diferentes tipos de identidad popular planteados por Aboy Carlés. En este camino se ha dejado claro que, siguiendo a Ernesto Laclau y la “Discourse Theory”, el populismo es retomado como una forma de construcción de la política, descartando cualquier asociación a

determinado contenido ideológico, y resaltando cómo su conexión con conceptos axiales como discurso e identidades populares explica su pertinencia para el estudio de fenómenos de conformación de poder político basado en la articulación de solidaridades compartidas. Ahora bien, la atención que recibió en este capítulo cada uno de los conceptos –populismo, discurso e identidades populares- se realizó con el fin de poder indagar por su concreción histórica en dos países que presentan fenómenos políticos por demás relevantes, donde los “mecanismos populistas de articulación de las identidades políticas” (Errejón, 2012, pág. 182) resultan más que relevantes para comprender los distintos procesos. Por esto, el presente capítulo pone el punto de mira sobre las identidades populares como fenómeno amplio, y en el populismo como su interpelación constitutiva, o como diría Sebastián Barros (2014) lo popular como condición de posibilidad de lo populista.

4. Marco metodológico para el análisis de las identidades políticas populares

“Para mí, hay política cuando se sale de la referencia a una organicidad de la sociedad o a una naturalidad del ejercicio de gobierno, cuando se sale de la repartición de los lugares y los poderes” Jacques Rancière

La idea de las identidades políticas populares, y su estrecha relación con el populismo, que adopta la presente investigación entiende que los discursos que constituyen dichas identidades políticas no expresan única y necesariamente el interés de un sujeto colectivo llamado “pueblo” como esfera de lo social. Por el contrario, se plantea que los discursos son las prácticas de significación³ que articulan diferentes elementos sociales y con ello diferentes formas de identidad popular a partir de un proceso de movilización e interpretación de la realidad. De esta manera se dejó claro que “los discursos constituyen a los sujetos políticos y al propio campo de lo político, como espacio marcado por la dislocación, la contingencia y el conflicto” (Errejón, 2012, pág. 241)

Con esto en mente, si lo que se propone indagar es la posibilidad de construcción de diferentes tipos de identidad popular, es necesario desestimar la relación binaria entre populismo y construcción de pueblo, pues solo si dicha relación es susceptible de ser reinterpretada y transformada, existe la posibilidad de comprender el populismo como práctica que aúna intereses y grupos sociales en campos identitarios sustancialmente distintos al ya mencionado “pueblo”, ya que como lo da a entender Aboy Carlés las diferentes articulaciones proporcionan y modifican los contenidos particulares del conglomerado denominado identidad popular.

Lo cierto es que en las siguientes líneas se procurará realizar una exposición del aparato metodológico adoptado para esta investigación, esto tras haber discutido lo concerniente al marco teórico a partir del concepto de populismo, su trabajo por parte de la teoría del discurso y el planteamiento que frente a este propone Aboy Carlés. Ciertamente, la metodología que aquí se propone derivará gran parte de su contenido de la revisión de los principales postulados y propuestas del Frame Analysis, como herramienta necesaria a la hora de procurar un análisis del discurso riguroso de la construcción de identidades políticas. Ahora bien, entendiendo que la adopción del enfoque de una manera u otra determina posturas teóricas y metodológicas se dejará claro desde un comienzo el porqué de la adopción de un enfoque constructivista para este trabajo.

Se debe comenzar por señalar que, en línea con lo planteado a partir de la teoría del discurso, este enfoque entiende que un discurso político es “la agrupación estable y relativamente coherente de varios esquemas de percepción e interpretación, orientada a favorecer un tipo de interpretación colectiva de la realidad” (Errejón, 2012, pág. 242). Aspecto que resulta de gran relevancia en la medida que provee cierta coherencia frente a lo que se ha venido trabajando, en tanto que comprende las identidades como prácticas de significación que

³ “Estos “significados políticos compartidos” son las identidades políticas, en tanto que solidaridades compartidas que orientan, agregan y cohesionan las posiciones y aspiraciones políticas. Las identidades políticas, a diferencia de identidades grupales o reducidas a lo “social”, aspiran a extenderse e imponerse ordenando el campo político mediante relaciones de agregación u oposición” (Errejón, 2012, pág. 241)

pueden sin embargo contener, como es el caso de las identidades totales, efectos sustancializadores que las establecen y refuerzan. De esta manera el enfoque comienza estableciendo una idea performativa de las identidades, idea fundamental en cuanto permite entender, a través del discurso, las identidades políticas populares como emergentes y condicionadas por el flujo social.

Así, el establecimiento de dicha idea va configurando un enfoque que se pregunta por las prácticas que presiden las identidades como construcciones discursivas y los contenidos que van desplazando acentos y los sentidos preponderantes de dichas identidades en base a luchas abiertas o encubiertas. El poder performativo de las identidades lleva necesariamente a preguntarse por “los esquemas desde los que los actores políticos entienden y representan la realidad” (Errejón, 2012, pág. 242), pues dicha performatividad lleva consigo diferentes reglas de inteligibilidad y representaciones que pueden tener materialidad en la acción social a través de diversos soportes como rutinas, dispositivos, ordenamientos espaciotemporales y arreglos institucionales de cuyo entramado surgen los efectos de verdad y poder que ponen límites a la identidad política popular. Ahora, si bien las prácticas de significación cumplen un rol preponderante para este enfoque, huelga decir que el mismo no entiende que aquellas sean solo discurso, pues decir que el discurso constituye lo real no implica afirmar que lo real es una mera realización del discurso, idea que expresa Alberto Melucci (1996) cuando dice que:

“La identidad colectiva es el proceso de construcción de un sistema de acción, una definición interactiva y compartida producida por un conjunto de individuos y grupos relativa a las orientaciones de su acción y el campo de oportunidades y limitaciones en el que dicha acción tiene lugar” (Melucci, 1996, pág. 70)

De esta manera desde el enfoque constructivista se entiende que las identidades políticas son producto de locaciones sociales relacionales, donde se generan lealtades compartidas y por ende esquemas interpretativos de la realidad, los cuales se producen, reproducen, negocian y modifican en el discurso. En otros términos, las identidades políticas llevan consigo la generación de ciertos patrones de representación a partir de los cuales los sujetos interpretan la realidad, experimentando unas cosas y omitiendo otras. Ciertamente es que, Podemos y el Uribismo, dentro de este enfoque, son abordados como procesos que procuran dar un acceso diferencial a los sujetos a la experiencia que afronta cada país a través de una praxis discursiva que busca sedimentar ciertos códigos de inteligibilidad a través de los cuales articular los sujetos como encarnación material de una identidad política popular. Como se ve, “el constructivismo entiende que las identidades políticas, más que como hechos objetivos y cerrados, son más aprehensibles en términos de procesos de identificación, fenómenos sociales interactivos, autoreflexivos, conflictivos y contingentes” (Errejón, 2012, pág. 243).

Dichos procesos se valen de distintas maquinarias discursivas que captan, seleccionan y filtran diversos atributos compartidos, determinando de esta manera algún tipo de articulación subjetiva que, por un lado, produce cierta adscripción e identificación, un “nosotros” y, por otro, genera una capacidad de agencia disponible para aquel grupo de

sujetos. En este punto vale la pena mencionar que a partir de la adopción del enfoque constructivista se procura evitar caer en la complicación de confundir contingencia de las identidades con su fluidez, ya que se debe comprender que las mismas cuentan con un alto componente de hibridación, tanto así que algunas tienden a sedimentarse y a permanecer en el tiempo, experimentando leves cambios generados por las respuestas que se dan a las inadecuaciones que inevitablemente produce la variedad de configuraciones que las atraviesan.

De entonces acá, para efectos analíticos, desde el enfoque constructivista se entiende que el “pueblo” es una de las distintas formas de identidad política popular posible. No obstante, el “pueblo” ha sido una de las articulaciones discursivas más poderosas, que sin duda ha caracterizado al populismo y aun hoy día goza de fortaleza frente a aquellos que buscan estigmatizar su utilización, pues en términos tanto prácticos como teóricos cuenta con una gran capacidad de interpelación y movilización de sujetos hacia posiciones particulares donde se constituyen subjetividades que permiten habitar o identificarse con dichas posiciones.

Ahora bien, en este punto resulta imperativo mencionar que el abordaje del enfoque constructivista se realizará desde los postulados teóricos de John Agnew, académico británico-estadounidense que a través de los estudios del discurso ha nutrido fuertemente los análisis que desde la geografía política y la geopolítica se llevan a cabo, en cuanto dicho discurso se presenta como una práctica que produce sentido y representa la espacialidad (Agnew, 2005). Ciertamente, para Agnew

“los discursos y las representaciones culturales del espacio –que van desde el cine a los mapas, pasando por la literatura, los textos académicos o educativos primarios- contribuyen a la constitución de determinadas identidades políticas y sentidos de lugar, que son construcciones relativamente contingentes que atribuyen significado político a elementos físicos, económicos o políticos que podrían haber sido articulados en otro discurso que los interpretase en un sentido diferente” (Errejón, 2012, pág. 251)

De esta manera, se parte de la idea que la construcción de las identidades políticas populares se desarrolla en un entramado competitivo por la asignación de sentido, donde una representación explicativa (simbólica) de la realidad busca posicionarse ante la comunidad como autoevidente y de esta manera hacerse a la capacidad de disputar puntos de estabilidad y fuga respecto de representaciones hegemónicas. Es así como, procesos como el de Podemos y el Uribismo realizan, con elementos históricamente sedimentados y en contextos políticos y sociales propicios, una construcción discursiva que establece un nosotros y un ellos como diferencia fundamental que ordena el tablero político. Construcciones discursivas que por lo tanto deben ser estudiadas, pues más allá de todo son síntomas de una época que las promueve y que es lo que en verdad cabe analizar.

Es por ello que, para analizar las construcciones discursivas que configuran las identidades políticas populares, se propone un esquema constructivista que evita caer en un esencialismo y por tanto entiende que la construcción de pueblo no es la manifestación necesaria de un fenómeno populista. Sino que son las diferentes identidades políticas populares que propone

Aboy Carlés el resultado siempre en disputa e inacabado de un proceso de construcción política como lo es el populismo, el cual se da en un contexto determinado que condiciona las posibilidades de establecimiento de una u otra forma de identidad y por ende de su sentido político. En otros términos, para el estudio que aquí se propone se defiende que el discurso populista construye las diferentes formas de identidad mediante un proceso de selección –y descarte–, filtro, articulación y resignificación de los elementos “objetivos” disponibles, que no obstante podrían haber dado lugar a otras construcciones de identidad. Se resalta la objetividad de los elementos en cuanto no debe entenderse procesos como el español y el colombiano como simples narrativas ajenas a diferentes condiciones de posibilidad⁴, por el contrario, son estos procesos los que desde algún marco de sentido interpretan dichas condiciones.

De esta manera, lo que se propone es un enfoque constructivista para el que las pertenencias organizativas (Podemos y Uribismo) no están en la caja de herramientas esperando a ser incorporadas en el discurso, sino que, en rigor, Podemos y el Uribismo, como procesos unitarios y de límites definidos que determina los confines del tipo de identidad política, no “existen” hasta su articulación en el discurso. Lo que si existen son elementos contextuales más o menos dispersos “susceptibles de ser reunidos en diferentes combinaciones y “politizados”, esto es, postulados como marcadores de identidad y frontera de comunidades política” (Errejón, 2012, pág. 256). Con esto en mente, si bien el objeto de estudio aquí planteado son las identidades construidas o los procesos de construcción de identidades, también los contextos y relaciones sociales mismas donde prácticas y discursos de identidad y diferencia operan, son factores fundamentales para entender las articulaciones posibles o imposibles. Es aquí donde cobra aún más relevancia lo propuesto en el apartado teórico acerca de la teoría del discurso, ya que es el análisis del discurso el que permite comprender las identidades políticas como prácticas de significación y no como una simple expresión epifenoménica.

Lo anterior tiene una importancia central en cuanto permite vincular el estudio del populismo con un campo más amplio como lo es el de las identidades políticas y, posteriormente, con la teoría del discurso. Ahora bien, el estudio del populismo y las identidades políticas desde un enfoque constructivista se concretaría, de manera fundamental, en el análisis del discurso populista, y las operaciones por las que este, en un contexto limitado por determinadas condiciones de posibilidad y por la disponibilidad de unos elementos y no otros, da lugar a ciertas formas de identidad colectiva y consigue generalizarlas y convertirlas en dominantes, ordenando así el campo político en torno a los ejes “nosotros/ellos” y generando los correspondientes campos políticos.

⁴ Resulta fundamental dejar claro que el término “condiciones de posibilidad”, entonces, debe ser tomado como una doble advertencia: contra las concepciones voluntaristas que sólo leen “textos” en el vacío, sin conexión con las relaciones sociales en las que las narrativas se ubican y sobre las que impactan; pero también contra las visiones estructuralistas que acaban construyendo tautologías inmovilizadoras en las que la política está ausente como dimensión autónoma, por las cuales los fenómenos suceden porque se dan las condiciones para ello, y la manifestación de que esas condiciones se dan es que, efectivamente, dichos fenómenos suceden” (Errejón, 2012, pág. 255)

El populismo, entonces, con sus particularidades, constituiría “sólo” un modo específico, entre otros, de identificar sujetos colectivos, vinculando identidad e intereses, en una elaboración que sucede en el proceso político constitutivo (Máiz, 1994). Siendo el pasaje de la construcción de identidad colectiva a su vinculación con intereses particulares donde se fragua la forma de identidad política popular, forma que se determina por su asociación a intereses o proyectos de grupos externos, pero también por la articulación interna, discursiva, de los elementos diacríticos con los que se delimita la solidaridad compartida y se convoca a unos grupos sociales, y a otros no, a formar parte de la identidad política popular (Máiz, 1994). Ciertamente, como el “quiénes” integran la identidad sucede en distintas intensidades, los grupos interpelados como núcleos de la identidad, en función de una forma y no de otra de construcción identitaria, son los que definen la orientación política de ésta, con sus intereses y valores.

Esta es la conexión que el enfoque constructivista permite establecer entre la producción discursiva de las identidades políticas populares y el populismo. Por ello, para la explicación de fenómenos específicos como Podemos y el Uribismo, es preciso comprender las operaciones discursivas de articulación y nominación constitutivas de sujetos colectivos, y es ahí donde el enfoque constructivista cumple un rol trascendental, ya que le presta especial atención a la narrativa de los actores políticos, en tanto que marco interpretativo de la acción (Máiz, 1994). Lo cierto es que, en cuanto a la pregunta por los marcos interpretativos como compuestos fundamentales del discurso, será la metodología del frame analysis la que podría brindar algunas respuestas.

4.1. Identidades políticas populares y Frame analysis

El énfasis que el presente estudio sobre las identidades políticas populares hace en la necesidad de comprender las condiciones discursivas de posibilidad de las construcciones populistas, se orienta a una metodología que cuenta con un vasto repertorio para el estudio de la acción colectiva, y que al mismo tiempo se nutre del enfoque constructivista líneas atrás desarrollado. Esto gracias a que dicha metodología considera a los movimientos sociales como productores de significado político e identidades colectivas a través de su actividad permanente de reinterpretación de la realidad en una elaboración político-simbólica (Melucci, 1996). De esta manera, la metodología del frame analysis está inspirada teóricamente por el enfoque constructivista y por lo tanto es colindante a los postulados de la teoría del discurso ya expuestos. Igualmente cuenta con un conjunto de técnicas y categorías claras, delimitadas y sistematizadas con la que investigar fenómenos específicos de construcción de identidad política.

El frame analysis presta especial atención a los procesos político-discursivos de “producción y generalización de esquemas que articulen simbólicamente los diferentes componentes de la realidad, en una narrativa que les dote de significado político” (Errejón, 2012, pág. 263). Y es en este punto donde se vislumbra la contigüidad entre la teoría del discurso y el análisis de marcos, pues la primera explica la construcción de identidades políticas en el proceso populista, mientras que la segunda “analiza los mecanismos concretos por los que ésta producción opera, se generaliza y, eventualmente, tiene éxito: las estrategias enmarcadoras

o de framing” (Errejón, 2012, pág. 263). Por lo tanto, a través del análisis de marcos, se procurará desentrañar los medios por los que procesos como los de Podemos y el Uribismo generan, extienden y eventualmente imponen determinados esquemas de atribución de sentido político a la realidad, orientados a promover una forma de identidad política popular. Para esto:

“El frame analysis actúa aislando dentro del discurso sus componentes internos o subunidades, los “marcos” -también llamados “marcos de interpretación” o “marcos para la acción colectiva”. Una vez identificados y diferenciados, se procede al examen de la manera en la cual estos conjuntos de creencias colectivas sintetizan los elementos centrales de un discurso: sentido de injusticia, pertenencia a una identidad colectiva y motivación para la acción” (Errejón, 2012, pág. 264)

El factor de enmarcado resulta vital para esta investigación gracias a que como se mencionó en párrafos anteriores, el proceso de dicotomización del escenario político a partir de la constitución de una frontera a su interior, es un elemento primordial a la hora de establecer la forma que adoptara la identidad política popular, y es que es en el enmarcado donde se inscriben los elementos “dispersos de la vida cotidiana en una narrativa unitaria que señala los males de una comunidad política, los ordena jerárquicamente, apunta a los antagonistas responsables de estos males, propone una solución, y los sujetos privilegiados para llevarla a cabo” (Errejón, 2012, pág. 264). Es decir, el enmarcado conduce de alguna manera u otra a entender el sentido político que pueden tener fenómenos como Podemos y el Uribismo a partir de la articulación y orientación que realizan de las percepciones, agravios y anhelos hasta entonces aislados o vinculados a algún otro esquema interpretativo y explicativo de la realidad de cada país. Los marcos son articulados por ambos fenómenos en una narrativa o discurso relativamente unitario, siendo este proceso de articulación factor clave para comprender el peso político de cada organización, así como su sentido político.

De este modo, se entiende que en el contexto español y colombiano se da el desarrollo de ciertos esquemas de interpretación, que de cara a las condiciones de posibilidad se muestran como “elementos fundamentales de los procesos de construcción identitaria”. Estos marcos interpretativos como elementos utilizados por ambas agrupaciones para ubicar, percibir, identificar y clasificar ciertos aspectos de la realidad, y al mismo tiempo para la atribución y articulación de significados, sirven de vía para que ciertos sujetos se dieran a la tarea de otorgar un significado a los acontecimientos que se venían desarrollando en las sociedades española y colombiana, pudiendo así organizar la experiencia de sucesos como el 15M y el conflicto armado con la guerrillas de las FARC-EP, guiando la acción individual y colectiva de diversos individuos. Por consiguiente, es en estos contextos marcados por la inestabilidad y el cambio, donde Podemos y el Uribismo como actores políticos tratan de formular su discurso de manera tal que se adapte a las creencias dominantes en cada sociedad, y para esto se valen de marcos que seleccionan unos elementos y descartan otros, y entorno a ellos construir una agrupación, construir una identidad política popular.

Es por esto que el frame analysis resulta tan pertinente para la presente investigación, ya que entender los marcos a través de los cuales se configuran ambos fenómenos es algo necesario y central si lo que se procura es explicar los hechos consustanciales a todo proceso de

construcción de identidad política popular. Ahora bien, está de más mencionar cómo esta metodología ha demostrado sus capacidades explicativas en áreas como las ciencias sociales y la ciencia política, abarcando desde estudios sobre movimientos sociales y la acción colectiva, hasta investigaciones sobre nacionalismo e identidades étnicas. Con todo lo anterior en mente, “se defiende aquí, en todo caso, que el frame analysis ofrece herramientas conceptuales y técnicas para la identificación y explicación de las operaciones discursivas productoras de significados políticos” (Errejón, 2012, pág. 265); sumándole a esto la posibilidad que brinda de alejarse de explicaciones utilitaristas o psicologistas de los casos aquí abordados, pues lo que se busca es ofrecer respuestas al por qué y cómo estas agrupaciones resultan en determinadas formas de identidad política popular.

Por consiguiente, la apuesta por el frame analysis tiene tras de sí el objetivo de marcar diferencia frente a otras perspectivas como la elección racional, donde las identidades están transversalizadas por una visión donde el individuo y la misma colectividad son un simple sujeto maximizador de su beneficio; o frente a enfoques como la movilización de recursos o el modelo de la estructura de oportunidades políticas, ya que estos, y en el caso particular del primero, dentro de toda su propuesta teórica, dejan sin explicar la cuestión de la formación de identidades políticas y la conformación y movilización de solidaridades compartidas, las cuales plantean una forma de interpretar el mundo en cierto sentido y movilizan así la acción colectiva, pues su carácter explicativo está más orientado a revelar las cuestiones relacionadas con la organización interna de los movimientos sociales, es decir, a sus formas de estructuración y coordinación. Es así como, las anteriores perspectivas no permiten entender por qué actores como Podemos y el Uribismo son capaces, bajo determinadas condiciones de posibilidad, de articular sectores de ambos países de manera tal que se produzcan determinadas agregaciones identitarias. Y es que en ambos casos se trata de “una lucha discursiva por construir una realidad política determinada y contingente a partir de los muchos elementos existentes en las relaciones sociales, que podrían servir para construir interpretaciones políticas muy diferentes” (Errejón, 2012, pág. 271), y por ende formas diversas de identidad política popular.

Con todo y lo anterior, de la mano del enfoque constructivista, el frame analysis permite vislumbrar a Podemos y el Uribismo como conglomerados que compiten por extender ciertos marcos de interpretación de la realidad, es decir, cierto tipo de identidad. Estos marcos, como lo define dicha metodología, apuntan principalmente a definir el problema, atribuir la responsabilidad del mismo, especificar las soluciones y movilizar al sujeto colectivo legitimado e interpelado para ello. Las anteriores “son las funciones principales del discurso político, y por tanto los marcos a identificar en él por el frame analysis” (Errejón, 2012, pág. 271). En este punto resulta pertinente realizar una aclaración frente a lo apropiado que resulta el uso del frame analysis para una investigación centrada en la construcción discursiva de las identidades políticas populares: al partir de un abordaje del populismo como forma de construcción de la política, esta metodología puede ser una ventana de oportunidad para alertar sobre los riesgos de entender que el populismo construye única y necesariamente un “pueblo”. Y es que entiende que el discurso, al no ser un recurso más, puede determinar diferentes interpretaciones compartidas de las oportunidades, límites y necesidades que

establece el populismo, es decir, puede construir diferentes formas de identidad política popular.

Algo más que añadir, si se entiende que tanto Podemos como el Uribismo llevan a cabo una construcción político-discursiva de las identidades y por ende del conflicto, será necesario entonces, según lo postula la metodología que se viene desarrollando, indagar por la manera como ambos casos problematizan distintas cuestiones que o bien no eran objeto de disputa política o no lo eran en el sentido que ellos lo planteaban. Esto es fundamental gracias a que es esta politización la puerta de entrada para que ambas agrupaciones puedan ordenar el campo político definiendo las posiciones que los distintos actores van a ocupar, estableciendo de esta manera alineamientos políticos de diversa índole. Esto es, el discurso político de Podemos y el Uribismo operacionalizado a través del enmarcamiento.

Digamos entonces que los marcos como esquemas interpretativos y de ordenación de la realidad contruidos interactivamente entre los sujetos, se entenderán como el elemento a partir del cual los actores que involucran estos dos casos dan sentido a su experiencia, es decir, frente a los marcos:

“Mi punto de partida es que la definición de una situación se construye de acuerdo con unos principios organizativos que rigen esos hechos [...] y nuestra implicación subjetiva en ellos; marco es la palabra que utilizo para referirme a esos elementos básicos que soy capaz de identificar” (Goffman, 1974, pág. 10)

Conforme a esto, los marcos serán considerados como un factor central en la conformación de la identidad política popular que gira en torno a estos dos procesos organizativos, gracias a que los mismos permitirán vislumbrar el conjunto de creencias comunes que permiten tanto a los sujetos que conforman Podemos como al Uribismo emprender su práctica política. Ciertamente, muestra de lo pertinente que puede resultar este factor para la presente investigación, es la manera como Goffman (1974) a lo largo de sus estudios logró concretar el término “marco de injusticia”, como aquel que “problematizaba una situación y la definía como intolerable” (Errejón, 2012, pág. 275). De esta manera, los marcos, además de estructurar un modo de interpretación de la realidad, también configuran la dicotomización del escenario político, por lo que son fundamentales en el trabajo de actores como el español y el colombiano que aspiran a la conformación de una identidad. En definitiva, se trata de la puesta en marcha por parte de estas dos agregaciones de la idea que plantea Sidney Tarrow cuando dice que “las indignidades de la vida cotidiana no están escritas en las estrellas, sino que pueden ser atribuidas a algún agente y que la situación se pueden cambiar por medio de la acción colectiva” (Tarrow, 2004, pág. 161)

Ahora bien, en este punto resulta necesario hacer mención a algunos componentes de los marcos, que a grandes rasgos se han logrado identificar en distintos trabajos teóricos y en estudios sobre movimientos sociales principalmente. Vale la pena resaltar que dichos componentes resultan cortos para la propuesta metodológica aquí propuesta, por lo tanto, su abordaje obedece a un ejercicio explorativo que permita sentar las bases para lo que se desarrollará posteriormente. Así, se puede entonces decir que los marcos cuentan con tres componentes (Gamson & Meyer, 1999):

- El de injusticia: que problematiza una cuestión y la carga emocionalmente.
- El de agencia o eficacia: que postula que la situación de injusticia puede ser cambiada e interpela a determinados individuos como los protagonistas legítimos de ese cambio.
- El de identidad: que define el “nosotros” frente al “ellos” concretando así los fines del movimiento.

Cuando se dice que los anteriores componentes no serán tenidos en cuenta a la hora del análisis que aquí se pretende desarrollar, se dice teniendo en cuenta que “los límites que separan estas tres categorías son bastante difusos, y casi todo el peso explicativo recae sobre la primera. Por esta razón esta técnica para desentrañar los discursos no aporta demasiado al investigador” (Errejón, 2012, pág. 278). Así y todo, lo que se busca es un paquete metodológico que supere el nivel descriptivo que recae sobre estos tres componentes, y que permita al mismo tiempo la comparación entre discursos, mostrando cómo estos politizan agravios, señalan una injusticia y los culpables de esta, y al mismo tiempo definen el sujeto colectivo encargado de modificar tal situación.

4.2. Marcos y sentidos de identidad

Esta investigación se ubica en el Frame Analysis con el fin de desentrañar la manera como el discurso o los marcos que se configuran a partir de este inciden en el proceso de construcción de identidad política popular en España y Colombia. Por lo tanto, se entiende que el análisis de marcos, al darle una importancia prioritaria a la comprensión del sistema de creencias estructurado que configura un proceso organizativo, permite indagar por el sentido político que procesos de movilización como los aquí abordados establecen a lo largo del conflicto político. Esto si se entiende que líneas atrás se definió el discurso como una práctica productora de significado político, por lo cual estudiar los marcos permite aprehender no solo la interpretación de la realidad que tanto Podemos como el Uribismo realizan, sino también el sentido unitario que le dan a dicha interpretación y cómo esto es un factor constitutivo de su identidad política.

El término “sentidos” refiere a una forma de construcción identitaria que exige lealtad en tanto hay un proceso de interacción y elaboración de significados por medio de los cuales se define una identidad, sus esquemas de interpretación y sus demandas. De esta manera, con la pregunta por los marcos, el énfasis radica en conocer los procesos desde donde los individuos confieren “sentido” a su participación en ciertas agrupaciones, de manera que se pueda entender por qué las personas participan en aquellas. Marcos y sentidos pueden por tanto ser tomados como los dos extremos de un continuum discursivo, de mayor concreción y particularidad a mayor universalidad y estructuración. De manera que, al trabajar complementariamente con el frame analysis y la teoría del discurso se entiende que “no basta con constatar que los movimientos u otros actores políticos producen esquemas con los que tratan de “enmarcar” diferentes fenómenos de la realidad para dotarlas de sentido y animar a la movilización” (Errejón, 2012, pág. 279), sino que también resulta necesario dar cuenta de cómo esa labor de dar sentido genera formas de identidad política popular. Por tanto, de la relación entre análisis del discurso y frame analysis se entiende que el primero “es un

instrumento para estudiar las formas en que la realidad política se enmarca a través del discurso y, en consecuencia, el modo en que las personas llegan a entenderla” (Donati, 1992, pág. 143), mientras que el segundo es un elemento que desentraña los marcos como aquellas estructuras que seleccionan, filtran y articulan diferentes elementos con la finalidad de dar sentido a la realidad.

Cabe señalar que en los casos aquí abordados se comprende que “la lucha discursiva es tanto para fijar la definición de los objetos como para promover unos marcos interpretativos a costa de otros” (Errejón, 2012, pág. 281), es decir, tanto en España como en Colombia se desarrolla una competición político-semántica por fraguar, en definitiva, una forma de identidad política popular. Se procurará por tanto demostrar que Podemos y el Uribismo establecen y consolidan un sistema de creencias, constituyendo de esta manera un tipo de identidad. Proceso en el cual se dan a la tarea de identificar injusticias, y más que identificarlas se dan a su politización al traducirlas, a partir de una narrativa específica, en demandas políticas.

Entonces: ¿es pertinente utilizar la metodología del frame analysis para un estudio sobre la construcción de identidad política popular? Es pertinente desde que se entienda que los discursos que transmiten Podemos y el Uribismo son discursos que producen “significados en base a una práctica de articulación que vincula determinados elementos a una u otra narrativa, siempre en clave de construcción y no de expresión, reflejo o uso instrumental” (Errejón, 2012, pág. 285), si esto está claro la metodología resulta complementaria con el marco teórico propuesto líneas atrás, y más precisamente con la teoría del discurso, pues mientras esta última “estudia la construcción discursiva de identidades y la ordenación conflictiva del campo político” (Errejón, 2012, pág. 286), el frame analysis “desentraña los mecanismos específicos por los cuales tienen lugar las operaciones concretas que convierten una nominación por parte de un actor en un consenso generalizado y movilizado” (Errejón, 2012, pág. 286). De ahí la pertinencia de dicha metodología para la presente investigación, pues de alguna manera u otra permite operacionalizar lo que la teoría del discurso propone.

De esta suerte es como la propuesta metodológica que aquí se propone toma importantes elementos de la producción teórica de David Snow, la cual en gran parte ha sido utilizada para el estudio de diferentes movimientos sociales, ya que desde dicho autor se entiende que estos últimos “son agentes productores de significado y como tales están comprometidos en la política de significación, es decir, en la construcción de sentido en competencia con otros actores sociales” (Benford & Snow, 1994, pág. 194). Por consiguiente, de acuerdo con lo planteado por Snow, este estudio utilizará en un principio tres conceptos claves para desarrollar el análisis de marcos: Enmarcamiento, Alineamiento de marcos y Resonancia.

Enmarcamiento

Este concepto se refiere a los esfuerzos estratégicos realizados por ciertos grupos de sujetos para construir interpretaciones compartidas del mundo, inscribiendo cuestiones particulares en marcos de interpretación. Esta idea es muy importante para lo que aquí se propone en la medida que es el punto de partida para llevar a cabo el reparto de posiciones al interior del tablero político, y con esto las fronteras necesarias, ya que por medio del enmarcamiento “los movimientos adecuan las fronteras y alcance de sus marcos a sus objetivos y a los sectores

sociales interpelados, en un proceso constante e interactivo” (Errejón, 2012, pág. 289). Se diría, pues, que en el enmarcamiento procesos como el de Podemos y el Uribismo seleccionan y puntúan eventos dentro de cada contexto, oscureciendo por el contrario otros, forjándose a partir de dicha organización una definición general de la realidad, tipificando al mismo tiempo las fuerzas y los actores que la configuran.

Por lo tanto, si el enmarcamiento implica un trabajo de producción de significados, dichos significados deben procurar, a través del discurso, articular políticamente a la audiencia que interpela. Y es ahí donde el frame analysis con sus tres componentes del enmarcamiento constituye operaciones fundamentales si se quiere articular las orientaciones interpretativas de los individuos. Dichos componentes son desarrollados por Íñigo Errejón (2012) tras un repaso del trabajo adelantado por Snow, componentes que se recogen en: Diagnóstico, pronóstico y motivación.

1. **Diagnóstico:** Se trata del trabajo de identificar un aspecto de la vida social como problemático y su persistencia como intolerable, argumentar que necesita ser cambiado y atribuir la responsabilidad o culpabilidad por la situación presente.
2. **Pronóstico:** Es la propuesta de solución de la cuestión problematizada, que incluye lo que debe hacerse, las tácticas y estrategias y los objetivos. También identifica a los protagonistas legítimos de la acción.
3. **Motivación:** La tercera operación aporta el ímpetu y el estímulo para la acción, a través de un vocabulario, unos símbolos y una identidad de los protagonistas. Si la complicidad intelectual y la indignación moral sirven para los dos cometidos anteriores, en este caso se trata de levantar un sentimiento colectivo de empoderamiento, capacidad y deber, sin el cual no existe el “combustible” que mueve a la gente a implicarse en la acción colectiva, pese a los costes personales y riesgos que ésta implica.

Estos componentes son la puerta de entrada para comprender cómo se construye esa nueva realidad que redefine el mapa político, esto gracias a que con el primer y segundo elemento se logra vislumbrar la forma como se construye y se moviliza el consenso (“qué está mal y quién es culpable” y “cómo se cambia y quién lo cambia”), es decir, no solo se muestra cómo se configura lo que se puede ver, hacer, sentir y pensar acerca de la realidad, sino también quién puede hacerlo (Savater, 2012). Es aquí donde se empieza a fraguar la “aparición” de ese sujeto colectivo en la realidad, donde se comienza a dar ese principio de escisión que permite dicotomizar el escenario político a partir de una asignación de determinados papeles y capacidades a los actores. Ahora bien, Los distintos marcos que se producen aquí deben ser articulados entre sí de tal manera que los intereses, valores y creencias sean congruentes y complementarios.

Alineamiento de marcos

Ciertamente, a lo largo de las anteriores líneas se ha vislumbrado que los marcos actúan tanto a nivel individual como colectivo, siendo particularmente necesario en el segundo caso que cierto número de actores compartan un mismo marco de interpretación y significado,

configurando así, de alguna manera, lo que se entiende por alineamiento de marcos. Ahora bien, si lo que se busca con el alineamiento es poner a trabajar marcos en la misma dirección, esto no conlleva necesariamente una transformación de los mismos, sino el despliegue de acciones que permitan el encuentro estructural de diversos marcos afines, los cuales huelga decir, no tendrán un relacionamiento totalmente coherente y bien integrado, pues los mismos son un sistema flexible rodeado de elementos sueltos y poco integrados.

Es justo decir que el relacionamiento no es totalmente coherente en la medida que el alineamiento tiene que moverse entre la cultura, es decir, debe plantearse una conexión con la vida inmediata de las personas consolidando unos valores y unas creencias entre los distintos actores sociales. Proceso que, si bien implica una amplificación de los marcos, al mismo tiempo está más lleno de incertidumbres que de una seguridad completa, pues tratar de inscribir los valores, creencias y demandas de los individuos en la lógica identitaria de la organización no es una empresa fácil. De esta manera se empieza a cercar el alineamiento de marcos como aquellas “operaciones de ´ajuste´ y readaptación de los marcos propios a un entorno dinámico y cambiante” (Errejón, 2012, pág. 291). Al igual que en el caso del enmarcamiento, el alineamiento también cuenta con ciertos componentes que lo identifican, y que fueron desarrollados por Snow (1986) en su trabajo por ampliar conceptual y teóricamente la perspectiva del frame analysis propuesta por Goffman:

1. **Conexión de marco o frame bridging:** Aquí es donde se comienza a fraguar la conexión entre dos o más marcos ideológicamente congruentes, o entre aquellos marcos que estaban desconectados con respecto a un tema particular o problema. Con esto lo que se procura es agregar individuos alrededor del padecimiento de agravios comunes, orientando la atribución de las causas de este mal a través de una base organizativa que les permita expresar su descontento, y la cual actúa en búsqueda de sus intereses.
2. **Amplificación de marco:** Este factor está conectado directamente con la aclaración y fortalecimiento de los marcos de interpretación de un tema, problema o conjunto de eventos. Y es que dicha aclaración y fortalecimiento puede implicar una ampliación en la medida que los marcos tengan conexión con la vida cotidiana de los sujetos, pues esto produce un refuerzo en las posiciones y la cohesión del grupo.
3. **Extensión de marco:** Este aspecto es fundamental para el trabajo que aquí se plantea en la medida que involucra el trazado de las fronteras y la ampliación o no de estas con el fin de incluir agravios y demandas de otros actores que permitan ampliar el campo político de acción. Es decir, la extensión de marcos puede determinar de alguna manera u otra la porosidad de la frontera en cuanto nos permite analizar la manera como los movimientos tratan de aumentar su adherencia describiendo sus objetivos o actividades como atendiendo o siendo congruente con los valores o intereses de posibles adherentes. Se comienzan a definir y redefinir los límites de la comunidad.
4. **Transformación de marco:** En este punto lo que se busca es redefinir actividades y eventos que ya no son significativos desde el punto de vista de un marco anterior o primario, formulando un nuevo marco que les permita a los sujetos ser vistos como

participes de un proceso que radicalmente puede producir una alteración sistemática, y por tanto reconstituir un sentido común con miras a un cambio del orden instituido.

Al respecto conviene decir que el alineamiento de los diferentes marcos se produce a través de un master frame o “marco maestro” que funciona a manera de anclaje interpretativo que permite agrupar y dar un sentido unitario a los diferentes marcos de las organizaciones. Así las cosas, la capacidad de interpelación, intensidad y duración de un movimiento se debe a la presencia o ausencia de un potente marco maestro innovador con capacidad para explotar y ampliar con éxito el marco de anclaje en formas imaginativas e inspiradoras, y por tanto con capacidad de construcción de identidad política.

Resonancia

Es un factor muy importante en el enmarcamiento gracias a que la resonancia incrementa el atractivo de los marcos ya que los hace parecer naturales y familiares, resonando conjuntamente con narraciones culturales, esto es, con las historias, los mitos y los cuentos tradicionales que forman parte de la tradición y herencia cultural. Ahora bien, para que se pueda hablar de la resonancia de los marcos se deben tener en cuenta los siguientes factores:

“que esos marcos hagan referencias efectivas y específicas a experiencias de la vida cotidiana de aquellos a los que se dirige o que consiga hacer vivir a éstos en carne propia la injusticia referida, que resulten empíricamente creíbles, que sean inteligibles y expliquen con plausibilidad la realidad, o que sean coherentes entre sí y con los esquemas de percepción e interpretación ya existentes” (Errejón, 2012, pág. 293)

Como se ve, la resonancia constituye un valor agregado en el proceso de construcción del movimiento y la identidad, ya que facilita el trabajo de los que comandan la narrativa al colocar en la misma sintonía el oído de los sujetos con su simbolismo, y es que “si un marco es empíricamente creíble, conmensurable en la experiencia y narrativamente resonante, más poderosa será la movilización del consenso y más fértil será el terreno para la movilización de la acción” (Chihu, 2006, pág. 23).

Con esto, la idea es analizar cómo en el proceso de enmarcamiento, tanto Podemos como el Uribismo construyen su identidad política popular a partir de la vinculación de sus propuestas o reclamaciones con percepciones y temas culturales dominantes o muy extendidos en la sociedad española y colombiana respectivamente. En otros términos, se procurará mostrar cómo la construcción de ambas identidades se debe, en cada uno de los casos, a haber sabido vincularse a percepciones y sensibilidades mayoritarias en la política de ambos países: Podemos se asoció a una sensibilidad democrática, que, sobre todo al calor de las protestas del 15M, acusaba al Estado español de prácticas de corrupción contra la mayoría popular española, lo que quedaba demostrado con las macroinfraestructuras corruptas incrustadas al interior de los dos partidos políticos tradicionales, Partido Popular y Partido Socialista. El Uribismo realizó un énfasis en necesidad de “mano firme” que hacía falta para afrontar y acabar de una vez por todas con el conflicto armado en Colombia, vinculándose de esta forma a una cultura militarista y de desconfianza hacia el dialogo como salida al conflicto, aspectos muy extendidos y arraigados en la Colombia de la época. Mediante estas estrategias, ambos

movimientos fueron capaces de movilizar amplios sectores de la sociedad española y colombiana, sumando el apoyo de muchos, consiguiendo impulsar de manera protagónica muchas de sus reivindicaciones.

Con todo lo anterior en mente, se puede decir que la propuesta de Snow resulta fundamental para lo que aquí se persigue ya que realiza contribuciones relevantes al análisis de las identidades políticas, específicamente para la identificación y medición de los elementos con los que se teje la narrativa que inscribe elementos dispersos en un significado político “unitario”. Se concibe pues que, si el propósito de esta investigación es comprender los mecanismo a partir de los cuales Podemos y el Uribismo atribuyen sentido político a determinados hechos sociales, configurando de esta manera un campo político que establece fronteras que generan determinadas identidades políticas, el aparato metodológico debe permitir por un lado, develar dichos mecanismo, y por otro, explicar cómo aquellos cumplen las funciones que según Ramón Máiz (2008, págs. 161-162) se deben llevar a cabo para poder hablar de una producción discursiva de las identidades:

1. Proporcionar objetividad empírica a la identidad colectiva así construida en torno a la identificación de una o varias “injusticias”.
2. Atribuir responsabilidad moral a los culpables de estas injusticias.
3. Generar sentido, legitimar y motivar para la movilización colectiva.

En la investigación que aquí se desarrollan se identifican dos procesos y por ende dos discursos:

- Podemos
- Uribismo

Como se indicó, el trabajo se centrará en el análisis de estos dos discursos, y en intentar explicar la construcción de identidad política popular en la pugna política que ambos procesos han sostenido en sus respectivos países. Por lo tanto, se procurará llevar a cabo un trazado de sus contornos a partir de la inmersión en la realidad política de España y Colombia, esto último a través del análisis documental de prensa y materiales políticos escritos y audiovisuales. Estas técnicas serán explicadas con más detalle más adelante. Ahora bien, una vez recogida la información, se procederá a un análisis de la misma que permita identificar, en cada uno de los discursos de ambos procesos los siguientes marcos y funciones que componen cada marco, marcos que en este caso seguirán la lógica propuesta por Íñigo Errejón (2012) en su trabajo sobre la construcción de Hegemonía por parte del MAS en Bolivia.

1) Marco de Diagnóstico

- a) Identificación del Problema y su insatisfacción

Aquí se buscará dilucidar la manera como ambos discursos señalan una situación o agravio particular, dotándolo de cierta visibilidad y posicionándolo como una cuestión pública, evidenciándola como injusticia. Ciertamente, “esta cuestión, en la que antes sólo

reparaban grupos pequeños de gente, o que era vista como soportable o inevitable, es hoy “problematizada”, representada con éxito como objeto necesario de arreglo” (Errejón, 2012, pág. 322)

- b) Inscripción de esa frustración como “síntoma de un síndrome mayor” encarnado simbólicamente en el Problema inicial y su grupo afectado

Tanto Podemos como el Uribismo dotan de un sentido más amplio la mencionada injusticia, ya que buscan representarla a través de un ejemplo, ejemplo que puede ser ilustrativo e indignante, y que al mismo tiempo sirve de hecho simbólico definidor de una situación general de injusticia. Es a partir de esta injusticia mayor que cada uno de los procesos logra vincular el problema con distintos sujetos, los cuales se pueden vincular, sin embargo su vinculación en este punto obedece a demandas vinculadas por su frustración común.

2) Marco de Pronóstico

- a) Atribución de sentido político específico a ese síndrome, a través de la postulación de su característica central, es decir, de aquella demanda que juega el papel de representante de la cadena equivalencial: *Dimensión ganadora*⁵

El problema general es definido políticamente en torno a su elemento nuclear: su dimensión ganadora, la cual permite explicar y caracterizar la injusticia en el sentido que Podemos y el Uribismo pretenden instaurar. Con esto en mente, se va delimitando el objetivo político que se persigue y cuál es la causa de la injusticia que se padece.

- b) Trazado de la Frontera que ordena el campo político y constituye, sobre la dimensión ganadora, los actores políticos.

Este aspecto es trascendental para el presente estudio, pues una vez establecida la dimensión ganadora, ambos procesos organizativos proceden a trazar una frontera que permite ordenar el tablero político a través de una “oposición fundamental a las que las demás oposiciones deben subordinarse o referirse” (Errejón, 2012, pág. 323). Dicha frontera u oposición produce una dicotomización del escenario político, entre un “ellos” responsable de la injusticia, y un “nosotros” que padece la problemática y que al mismo tiempo es responsable de su solución. Cabe señalar que todo lo anterior resulta fundamental, pues cuál sea el grado de porosidad de esta frontera es determinante, pues esta constituye la forma de identidad política popular, y le atribuye sentido a la misma.

- c) Nominación: El problema particular se vuelve significativo vacío y pasa a nombrar una Identidad mucho mayor que lo trasciende

⁵ “aquella privación, aquella demanda, que juega un papel central de articulación del resto de motivos de una movilización o pertenencia colectiva. Esta cuestión estará siempre en tensión entre su concreción particular y su capacidad de representar un conjunto más amplio, tendencialmente universal, de significado y proyecto político”.

El momento de la nominación es el que cristaliza la forma de identidad, “puesto que el problema particular que expresaba el síndrome general se eleva y pasa a nombrar una “identidad” más amplia, que lo trasciende” (Errejón, 2012, pág. 323). Es en este punto donde aparece el significante vacío como aquella particularidad que pasa a encarnar la identidad, la cual es representada por un símbolo y/o líder.

Este es otro punto esencial para la constitución de la forma de identidad política popular, ya que la excesiva afirmación de la particularidad puede hacer que deje de nombrar la construcción mayor que podría encarnar (identidad con pretensión hegemónica), haciendo intransitable la frontera y provocando la reducción al sectarismo (identidad política parcial) o a una política identitaria incapaz de trascender las fronteras del grupo (identidad política total).

3) Marco de Motivación

a) Moralización de la Frontera y sus polos

Se inscribe la injusticia identificada en una narrativa moralizadora, amonestadora e inductora a la movilización que permita su solución, cargando de cualidades morales tanto al “nosotros” como al “ellos”. Se procura conseguir cierta coordinación emocional a través de la construcción de algunos símbolos o consignas que permitan dinamizar el escenario político con actuaciones de diversos actores, las cuales no están exentas de una valoración o interpretación moral (progreso-retroceso).

b) Propuesta de una solución que realice los intereses de la Identidad recién construida, y demostración de la factibilidad de esa medida y de las posibilidades de alcanzarla

En este punto, la identidad toma caminos hacia la movilización, pues los beneficios evidentes que puede producir en los sujetos colectivos que interpela generan un clima de motivación para que las y los asociados se decidan a pasar a la acción con el objeto de resolver un problema objetivamente percibido como injusticia. “La solución, por tanto, debe de ser postulada en forma comprensible, creíble y relativamente cercana” (Errejón, 2012, pág. 325), pues se debe tener en cuenta que para este momento los marcos de interpretación creados anteriormente no generan solo una identificación y un reconocimiento de las oportunidades políticas presentes en el contexto, sino también un clima de confianza y esperanza que, arropado por la posibilidad de generar nuevos escenarios políticos, promueve la movilización de esa solidaridad compartida.

Tras todo lo anterior, es perentorio decir que el modelo que se presenta refiere exclusivamente a la competencia política en la que se fraguan las identidades, lo cual no necesariamente quiere decir que se dé por hecho la consecución del poder político entendido. Muestra de ello es Podemos, grupo que si bien no ha alcanzado propiamente el poder político puede perfectamente encarnar el avance de la comunidad política española, estableciéndose en una posición donde políticamente puede subordinar a unos (Izquierda Unida) y neutralizar a otros (Partido Socialista).

4.3. Técnicas de Investigación y Fuentes

Para el abordaje de los discursos se propone un análisis bibliográfico y documental tanto escrito como audiovisual de materiales políticos teóricos y propaganda, siendo esta una técnica cualitativa que de la mano del elemento contextual puede permitir identificar y explicar las formas de producción de significado político en los discursos español y colombiano, descartando de entrada una aproximación por medio de mediciones o frecuencias cuantitativas. De esta manera, en el material que se logre estudiar se tratará de identificar de igual forma declaraciones o entrevistas de líderes políticos o intelectuales del campo político de Podemos y el Uribismo, ya que estos cumplen un papel crucial “en el proceso de generación, formulación y puesta en marcha de definiciones compartidas de la realidad política, participando del proceso constante de competencia, negociación y choque discursivo” (Errejón, 2012, pág. 337).

Se concibe, pues, que a partir de la aplicación de esta técnica se debe extraer información de los documentos de manera tal que sea posible identificar, caracterizar y explicar el discurso político de los casos de estudio y su eficacia en la construcción y extensión de los marcos. Para esto se intentará aislar los componentes del discurso y “marcos interpretativos” que han orientado, definido y marcado el papel político de ambos procesos: la definición del problema, la atribución de causas y responsables, la postulación de un sujeto colectivo que lo pueda solucionar y las medidas para realizarlo, etc.

A manera de síntesis se puede decir que en el presente capítulo se procuró establecer algunos parámetros epistemológicos y metodológicos que pudieran ir de acuerdo con el aparato teórico esbozado en páginas anteriores. Se entiende entonces que las identidades políticas -y en el caso particular de las populares -se construyen, no están predefinidas ya que es la performatividad del discurso y la interacción de los actores políticos las que permiten entender la conformación de las mismas. Para esto se establece como base de análisis un enfoque constructivista que entiende las identidades como un resultado y no como un elemento sacralizado de la acción política, lo cual lleva necesariamente a adoptar una metodología que permita trabajar el discurso en cuanto producción de sentido político, para esto se utilizó el frame analysis.

Con esta metodología fue posible plantear las distintas operaciones de enmarcado que permiten la construcción discursiva de las identidades políticas populares, lo cual, aunado a las categorías desarrolladas en el marco teórico permite ir modelando una perspectiva de análisis que se muestre pertinente para un caso como el colombiano generado en medio de una crisis de autoridad, y para un caso como el español forjado de manera paralela a una crisis de régimen. En definitiva, el frame analysis constituye esa herramienta de análisis que permite dilucidar en los discursos en cuestión las operaciones que van dando forma a las identidades políticas populares. Como se puede apreciar las decisiones técnicas de esta investigación están altamente influenciadas por el armazón teórico estructurado.

5. Análisis de discursos políticos: caracterizando los contextos e identificando los discursos

“Quizás la diferencia entre las diferentes formas de construir identidades populares sea fundamentalmente esta: quién es el adversario, con quién confrontas” Íñigo Errejón

Para poder emprender un análisis de la construcción de identidad política popular en Podemos y el Uribismo es necesario enmarcar previamente ambos procesos en los contextos en los cuales tienen su auge y composición política. Para ello, en las líneas que siguen se realizará un recorrido por la situación política, económica y social de España y Colombia, lo cual permita poner a dichas formaciones en un contexto temporal y espacial que haga posible mostrarlas como producto de unas prácticas concretas de actores concretos, evitando con esto toda suerte de mistificación o naturalización de dos procesos que aquí se entienden como formas de construcción de poder político, entendido como los mecanismos por los cuales dichas agrupaciones consiguen imponer determinados marcos interpretativos de la realidad.

El siguiente será un recorrido somero, y pretende solo ubicar las condiciones de posibilidad que sirven de telón de fondo de la puesta en marcha de dos discursos que procuran ordenar el conflicto político en España y Colombia. Con lo anterior se busca brindar una mirada dinámica de los casos que aquí se estudian, es decir, aplicar una mirada específicamente política que evite que aquellos sean vistos como elementos fijos que únicamente sobrerrepresentan la realidad, y por el contrario, se brinde una lectura que los entienda al interior de un entramado de elementos muy diferentes que interactúan en un escenario determinado. Si bien los contextos que se busca dilucidar a continuación pueden parecer a primera vista desordenados, fragmentados y solapados, aquello no representa un problema en la medida que lo que se trata con la investigación planteada es poder interpretar los sentidos en construcción y competencia que tanto Podemos como el Uribismo hacen de una realidad que se muestra abigarrada y caótica.

Se comienza por España donde se explorarán los antecedentes, desarrollo, rasgos centrales y evolución posterior de lo que es Podemos como actor con capacidad transversal de interpelación a diferentes grupos sociales. Ciertamente, se analiza el conflicto político en España, señalando que es en este escenario donde se libró la pugna entre la nueva formación partidista y las élites tradicionales que retenían el poder económico y político. De esta manera, se defiende que es en el transcurso de este conflicto cuando Podemos consiguió extender su horizonte discursivo articulando una amplia mayoría social que, aunque no logró derrocar el viejo régimen, consiguió posicionarse como tercera fuerza política en un sistema de partidos históricamente bipartidista.

Posteriormente se abordará Colombia y aquellos elementos que permiten entender por qué el discurso Uribista, “débil” en sus comienzos, logra posicionarse y hacerse con la primera vuelta de las elecciones presidenciales del 2002. Se entiende así, que dichos elementos cuentan con un poder explicativo de la capacidad de generación de consenso del Uribismo,

lo cual garantizó una considerable estabilidad incluso en medio del aumento de los costes sociales de las reformas para los sectores más desfavorecidos. Por ello, el trazado del contexto sirve para caracterizar el Uribismo como un discurso y proyecto político con capacidad de construcción de un nuevo sistema político, nuevos canales de relación entre el Estado y la sociedad civil, y principalmente un nuevo horizonte de sentido.

Como se puede apreciar, en este capítulo se comienza a dirigir de manera más clara el trabajo hacia el objeto de estudio propuesto: los fenómenos del Podemos y el Uribismo. En el caso de Podemos la historia política reciente de España se ha leído como precedida por una crisis de régimen producto de una casta que es incapaz de dar trámite a las demandas y reclamaciones de ciertos sectores subalternos, mostrando las razones que le impiden a esa élite oligárquica generar imaginarios incluyentes que le permitieran dar trámite a las protestas frente a las políticas de ajuste neoliberal tras la crisis económica del año 2008. En lo que refiere a el Uribismo el repaso de la historia cercana orbitó sobre aquellos aspectos políticos, sociales y económicos que le permitieron a dicho proceso establecer una suerte de sentido común que, a partir de la crisis de autoridad que afrontaba Colombia tras el fracaso de los diálogos con las FARC-EP, le permitió construir un régimen que profundizó la dicotomización del tablero político para después así consolidarse como identidad popular total.

Cierto es que, el desglose del contexto político de ambos países permite plantear ese telón de fondo sobre el que las categorías abstractas planteadas en el marco teórico y en el marco metodológico deben ser aplicadas. Al conocer la realidad y la correlación de fuerzas que presentan ambos escenarios se evita de alguna manera caer en una aproximación teórica que no tenga en cuenta los materiales sobre los que posteriormente se desarrollará el análisis empírico. En otros términos, la contextualización “asienta el análisis de la producción cultural y discursiva de sentido en el terreno del conflicto por el poder político” (Errejón, 2012, pág. 565).

5. 1 Podemos

5. 1. 1 Crisis de régimen en España y la dicotomización del campo político

El momento social y político que se propone analizar se ubica en España, los intervalos de tiempo que se delimitan corresponden al 15 de mayo de 2011, hasta el 20 de diciembre de 2015. La primera fecha atañe al acontecimiento del 15 de Mayo (15M) denominado protesta de los indignados, donde confluyeron en España millares de ciudadanos que protestaban por los efectos de la crisis económica española de 2008, por el bipartidismo agenciado por el Partido Popular (PP) y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y los fenómenos de corrupción en el gobierno por parte de ambos partidos. La segunda fecha se ubica como límite, en tanto es la primera participación de Podemos en las elecciones generales en España, donde adquiere un matiz preponderante como actor del sistema de partidos español,

evidenciándose un quiebre generalizado en el mismo gracias a su incapacidad de procesar demandas sociales y reproducir la lealtad con el régimen, fracturándose de esta manera la tradicional correlación de fuerzas que durante los últimos 35 años han ostentado los dos partidos hegemónicos (PP y PSOE).

Con esto en mente, el análisis que se propone busca abordar este momento a partir de la comprensión de dos situaciones políticas concretas que son el resultado de una determinada condensación de relaciones de fuerzas entre diferentes actores, y de la sedimentación de escenarios que ordenan de una forma y no de otra las percepciones de los actores, sus alineamientos y el cambio político. Es así como, el objetivo de la presente contextualización es comprender los equilibrios, negociaciones y disputas que configuraron un nuevo orden social y político tras el 15M y las elecciones generales del 20D. Ahora bien, la apuesta igualmente será por dilucidar e interpretar los sentidos en construcción y en competencia que dan origen al mencionado cambio, por lo cual resulta perentorio comenzar planteando el escenario donde los distintos actores ponen en juego sus prácticas atravesadas por el conflicto, la competición y el antagonismo.

Entendiendo el escenario como aquel espacio en el que tienen lugar las acciones de la trama social y política, este nos muestra una Europa que tras la crisis económica del 2008 se dio a la tarea de poner en práctica, a través de los distintos dirigentes políticos y de las instituciones europeas, políticas de austeridad tendientes a salvaguardar unos principios neoliberales que defienden a los grupos más poderosos, sobre todo, a los financieros. Estas políticas apuntaban, primero, a una flexibilidad en los salarios con el objetivo de generar un proceso de competitividad que en principio favorecería a todos los países; segundo, y derivado un poco de lo anterior, una movilidad en la mano de obra, pues en países como Alemania la mano de obra escasea, mientras en Francia es excesiva, lo cual genera procesos migratorios franceses hacia Alemania, reduciéndose así el desempleo en Francia pero congelándose los salarios en Alemania; tercero, una flexibilidad en los precios, pues esto garantizaría el equilibrio por el efecto de la competitividad; y cuarto, a establecer una política fiscal restrictiva marcada por una disminución del gasto público, un alza en los impuestos, una disminución del consumo y la inversión, emparejado a la disminución de la demanda agregada y la producción, todo lo anterior con la muy probable consecuencia de una disminución en el empleo (Reyes Guzmán & Moslares García, 2010, págs. 16-17)

Como lo deja entrever la última línea, la puesta en marcha de estas políticas generó y sigue generando resultados directos o indirectos marcados por procesos recesivos de altos costos sociales para muchos países. Por un lado, la reducción del presupuesto público que genera menos empleo y disminuye los ingresos de las personas; por otro, una disminución del gasto público que con el objetivo de complacer el pago hacia los capitalistas rentistas genera inevitablemente una devaluación salarial. Es de esta manera como en Europa, a partir de políticas centradas principalmente en la disminución del gasto al sector público y la reducción del déficit fiscal, se configura un escenario marcado por “el aumento de las desigualdades

sociales, con grandes bolsas de pobreza, creciente polarización social, con gran concentración de la riqueza y destrucción salarial” (Espinós, 2015, pág. 2).

Planteada la crisis económica europea en general, lo que interesa ahora es observar su transmisión hacia la economía española y como esta sufre, a instancias de tal depresión, un encadenamiento de shocks de singular magnitud interactuando entre ellos, que caracterizan, inicialmente, una crisis que transversaliza a toda la sociedad española. Ciertamente, entre los shocks más determinantes cabe mencionar, primero, una recesión del empleo marcada por una crisis de demanda sin financiación que se traslada a la oferta; segundo, un shock de la deuda que se convierte en una crisis sobre los ingresos y gastos públicos que se traduce en mayor déficit; tercero, una crisis económica donde la economía real se queda sin financiación para seguir consumiendo e invirtiendo; y cuarto, una marcada austeridad con programas de ajuste en los cuales se da prioridad a la reducción de los déficits públicos, a su vez que generan caídas del consumo y de la inversión (Ruesga Benito, 2014, pág. 72).

Acudimos a la enumeración de estos shocks gracias a que estos constituyen el marco que permitirá delimitar y caracterizar el escenario de crisis español en el cual va tomando forma una condensación de fuerzas que amenaza con un cambio político y con una crisis y modificación de los pactos que regulan la convivencia de la sociedad española. Este escenario nos plantea una España que “sufre uno de los peores deterioros absolutos en la distribución de la renta desde la crisis, debido principalmente al desempleo, aunque la existencia de rentas originadas en empleos informales puede haber provisto de un limitado amortiguador” (International Monetary Found, 2012, pág. 8). Así es, la crisis española nos muestra una demanda del trabajo que se reduce a pasos agigantados, pues se presenta una caída en la demanda agregada interna y las exportaciones (industriales) no logran mantener en números óptimos los niveles de empleo. Sumado a esto, se presentan políticas de ajuste laboral que se concentran en la temporalidad avanzando hacia un trabajo a tiempo parcial, presentándose a causa de lo anterior un desequilibrio laboral que no para de crecer, arrastrando tras de sí un fuerte incremento en la desigualdad en la distribución de la renta, con un incremento de los diferenciales medidos por el índice de Gini, de los más elevados de la UE.

Al respecto, conviene traer a colación unos pocos datos estadísticos con el fin de ilustrar de mejor forma este escenario. El índice Gini en 2007 “era 30,6 y en 2014 llegó a 35,1, el más alto incremento en las últimas décadas en la desigualdad de ingresos. La tasa de desempleo en la primera fecha indicada era de 8,3% y posteriormente alcanzó el 24,4%” (Espinós, 2015, pág. 7), lo cual indicaba que uno de cada cuatro trabajadores de la población activa está desempleado. Añádase a esto, que la tasa de pobreza, que mide el porcentaje de la población con una renta inferior a 8 mil euros anuales, subió de 19,7% a 20,4% en el presente, y eso que los ingresos españoles ya eran muy bajos. Por su parte

“el porcentaje de la población en riesgo de pobreza y/o exclusión entre un año y el otro aumentó de 23,3% a 27,3%. A todo ello hay que añadir que una media de 120 familias pierde

su vivienda cada día y 2.300.000 niños viven debajo del umbral de pobreza” (Espinós, 2015, pág. 8).

Así las cosas, los datos anteriores nos muestran “una distribución de la renta que experimenta un intenso proceso de redistribución negativa, castigando principalmente a desempleados y jóvenes, al tiempo que la distribución funcional se desequilibra en contra de las rentas salariales” (Ruesga Benito, 2014, pág. 88). Aquí es necesario hacer hincapié, y mencionar que el efecto desánimo que ocasiona estas condiciones adversas del mercado afectó en mayor medida a los varones y a los más jóvenes, pues estos últimos son los primeros en salir del mercado laboral y los últimos en entrar, agravándose la situación gracias al flujo creciente de salida al exterior de esta mano de obra joven y cualificada. De la mano de lo anterior, es importante resaltar la manera como este escenario de parón económico originó igualmente una restricción al crédito de vivienda con lo cual el acceso a la misma se convirtió en un problema para la mayoría de la población, pues la subida de tipos de interés del Banco Central Europeo para hacer frente a la alta inflación existente en la zona euro, sumado al aumento del desempleo en el país, llevó a que muchas familias no pudieran hacer frente a los pagos de sus créditos, ocasionando con esto que mucha gente perdiera su casa, con la que habían avalado la compra por parte de un familiar o amigo de otro casa que también éste perdió.

Llegados a este punto, es menester indicar que la crisis en España tuvo su punto de inflexión en el momento que el gobierno de Rodríguez Zapatero, del (PSOE), dio un giro a su política económica, presionado por las autoridades de la Unión Europea y por poderes fácticos, “iniciando una política de recortes sociales que luego multiplicó el gobierno de Rajoy, del derechista (PP), quien ganó las elecciones el 20 de noviembre de 2011” (Berzosa, 2016, pág. 7). Ciertamente es que, frente a la crisis el entonces oficialista PSOE respondió con la aplicación de un plan de “austeridad” que significó una reducción del empleo público en 2008, una disminución del gasto en pensiones y la introducción de una reforma laboral antipopular en 2010 y el recorte de los presupuestos en salud y educación en 2011. Todas estas acciones se enmarcan dentro del modelo de Estado minimalista que tomaron estos dos partidos a partir de la crisis del 2008, pero que se profundizó entre los años 2010 y 2011 con políticas monetarias en extremo rígidas que profundizaban la agudización de la crisis, pues las deudas contraídas por el Estado no paraban de pagarse y el servicio de la deuda seguía en aumento.

De manera que para el año 2011, la crisis económica y las políticas económicas aplicadas por el PSOE y el PP, habían supuesto un aumento de la desigualdad, la pobreza relativa, la malnutrición infantil, los desahucios de las viviendas, el empleo precario y la inseguridad en el trabajo. Esto gracias a que por parte de ambos partidos se optó porque la política económica tuviera como objetivo el restablecimiento de los beneficios a costa de los trabajadores y del Estado del bienestar. Ante este escenario, “el 15 de mayo de 2011, a una semana de elecciones autonómicas y municipales, hubo una convocatoria de la plataforma Democracia Real Ya y otros colectivos sociales de lo que se ha llamado el Movimiento 15-M o de los Indignados” (Berzosa, 2016, pág. 9). Un acontecimiento que refleja una condensación

material de relaciones de fuerza que más que manifestar una crisis económica, era el reflejo de una crisis de época en Europa. Esto si se tiene en cuenta que en el 15-M se recoge una insatisfacción generalizada por la incapacidad gubernamental de implementar políticas sociales, una desafección⁶ por los partidos tradicionales que provocaban posturas antipartido y antisindicales, y una creencia de construcción de poder alternativas a través de asambleas barriales y comunales.

Adentrándonos un poco en lo anterior, el 15-M como acontecimiento de condensación material de relaciones de fuerza, se cristaliza geográficamente en la Plaza del sol de Madrid, España, con la estela de campamentos de los indignados. Los protestantes conformaban un conjunto heterogéneo de grupos sociales con sus respectivas demandas frente a las instituciones políticas en cabeza de élites heredadas de la transición de 1978 (Monedero, 2011). Los actores colectivos que participaron expresaban un abanico de reivindicaciones desde el derecho a la vivienda como coletazo de la burbuja inmobiliaria de 2008, los desocupados como fruto de las directrices económicas de la troika Europea en favor del capital financiero, los estudiantes universitarios por la regresión en derechos como parte del desmantelamiento del Estado de bienestar, los jóvenes sin futuro que se planteaban frente a un escenario generalizado de desempleo, hasta colectivos como Democracia Real Ya, y las Mareas Ciudadanas, que protestaban frente al hermetismo del régimen político en cabeza del bipartidismo y una corrupción agravada por la acumulación de demandas insatisfechas que los visibiliza como actores incapaces de tramitarlas.

Ahora bien, todo este movimiento de los indignados da cuenta del conflicto y la interacción de distintas fuerzas en pugna por el poder político, pero un poder político de signo diferente que se basa principalmente en el establecimiento de un proceso de identidad política popular-plurinacional apoyado en una operación discursiva populista que da forma a una articulación política que define “una frontera antagónica que divide el campo político entre “el pueblo” y un exterior identificado como “los poderosos”, que impiden la armonización de la comunidad política” (Errejón, 2011, pág. 82). Es aquí, en el punto de esta frontera antagónica, donde cobra relevancia el concepto de hegemonía, pues en este escenario de constitución de identidades políticas es donde se da la construcción de un poder contrahegemónico que se da a la lucha por establecer un sentido de época en la sociedad, sentido que la élite española ha venido estableciendo desde el proceso de transición de 1978.

Es en este punto donde se puede decir que el 15-M como un poder político de signo diferente, contribuyó a reordenar las posiciones y lealtades que hasta el momento habían permanecido fijas, contribuyendo a una remarcable estabilidad política en España. Dado que los indignados no han ejercido poder económico o han desafiado el monopolio estatal de la violencia, su importancia política debe ser estudiada desde la atención prioritaria a su

⁶ Desafección: Expresa el desapego y alejamiento de un ciudadano frente al sistema político, acentuado en épocas de elecciones frente a los partidos.

capacidad para disputar la legitimidad y el apoyo social al orden instituido (Errejón, 2011, pág. 82). Prueba de lo anterior, es que El 15-M logró movilizar de manera permanente a los actores mencionados, pero de manera intermitente a personas de la clase media española que lograban identificar dolores sociales y problemas políticos, pero que no hacían parte de la estructura de movilización de las acciones colectivas en mención. Dentro de este periodo de latencia se empiezan a fraguar algunas lecturas del momento político con sus características, por mencionar las acciones colectivas que visibilizan un escenario de demandas compartidas, además de evidenciar un agotamiento de las élites por la incapacidad de los gobernantes, lo cual genera una escisión de la relación representantes-representados, una dinámica y aceleración de los tiempos políticos que confronta una estabilidad sostenida de pactos por arriba, lo que genera una sensación de poder interpelar el orden a partir de una expansión de creencias generalizadas de que se puede generar el cambio, como lo simplifica y profundiza la formación política “el miedo va a cambiar de bando”.

Como se ve, el 15-M originó una dicotomización del espacio político que profundizó la crisis de legitimidad de las élites, convirtiéndola a su vez en una crisis orgánica general del Estado español, precipitando con esto una apertura al cambio. Dicha apertura estuvo marcada por algunos hechos relevantes como: a) la huelga general del 29 de marzo de 2012, b) el primer aniversario del 15M, c) las manifestaciones en defensa de la educación y del derecho a la vivienda, d) la “Marea ciudadana contra el golpe de los mercados” que el 23 de febrero de 2013 hizo converger a las diferentes mareas, como la blanca (en defensa de la sanidad pública y contra la privatización); la verde (por la educación pública); la naranja (en defensa de los servicios sociales), e) la huelga general europea del 14 de noviembre de 2012, y f) la manifestación contra la política gubernamental lograda el 22 de marzo de 2014 que fue una de las más grandes manifestaciones de su historia (Espinós, 2015, pág. 10). Estos hechos nos dibujan un escenario de quiebre generalizado que explica la aparición de Podemos en el tablero político español, pues no se puede desconocer que Podemos es un movimiento que se hace visible pero que pertenece a los movimientos que “(...) permanecen sumergidos en esas redes subterráneas en las que todo lo que se manifiesta en la movilización pública ya existía, ya se había diseñado y se le había dado nombre” (Melucci, 1994, pág. 130), esto es Podemos como movimiento que se empieza a tejer desde los aprendizajes, interpelaciones y dinámicas del 15M.

En consonancia con esto último, empiezan a constituirse formas organizativas como una suerte de redes de memoria de aprendizajes del 15M, que tienen su expresión en colectivos temáticos de discusión de acuerdo a los problemas que emergen de la coyuntura, círculos de cultura que discuten con el discurso hegemónico de España como una Nación, círculos barriales que recogen y piensan los problemas locales, colectivos que combinan el trabajo político con la acción directa, como respuesta a problemas que se visibilizaron en el 15M, como el caso de los desahuciados y los desocupados. Estos círculos adquieren una forma organizativa trenzada por redes que van conformado tanto los grupos de base como

intermedios de lo que va a ser el movimiento social y político Podemos. En este punto es importante resaltar la evolución organizativa que representan la articulación en red de los círculos, frente escenarios más informales y laxos como los del 15M.

Es así como, al ser deudor del 15-M y todo lo que tras esto se generó, Podemos irrumpe en el escenario político español propugnando por un emplazamiento de la frontera Izquierda-Derecha por la lógica arriba-abajo pueblo-oligarquía, es decir, buscaba un nuevo reparto de las posiciones al interior del tablero político con el objetivo de construir una mayoría transversal, ya que desde esta formación política se piensa que:

“La gente no elige solo posiciones políticas por leerse los programas, como si éstos fueran prospectos de medicamentos. Hay una parte fundamental de representación y de identificación con alguien que dice lo que yo pienso, que siente como yo, que me eriza la piel y me hace sentir que formo parte de algo” (Errejón, 2014, pág. 43).

De esta manera, Podemos como nuevo actor político empezaba a construir un espacio discursivo en la esfera pública gracias a su destacada presencia en los medios de comunicación, una nueva narrativa que podía concebirse como contrahegemónica en la medida en que tendía a visibilizar, a partir de la dialéctica entre lo viejo (PP y PSOE) y lo nuevo (15-M y Podemos), las contradicciones del régimen político.

Sumado a esta construcción discursiva, Podemos se benefició en primera instancia de que un actor como Izquierda Unida, posicionado históricamente en el eje izquierdo de la política en España, abandonara unilateralmente el proyecto que había tratado de poner diferentes fuerzas políticas juntas a manera de bloque de disputa del poder político. Segundo, de las elecciones europeas de mayo, las cuales abrieron una ventana de oportunidades. Aquí vale la pena aclarar que si bien los resultados obtenidos por Podemos en las elecciones europeas pueden representar un acontecimiento, no cuenta con el peso suficiente para mostrarlo como una amenaza inmediata frente a las correlaciones de fuerza que sostienen el poder político, pues estas son las únicas elecciones en España que omiten los distritos electorales, de manera que cada voto cuenta lo mismo, y requieren una votación relativamente baja, es decir se necesitan pocos votos para conseguir un asiento. Y tercero, del gran poder mediático con el que contaban algunos de sus dirigentes. Es decir,

“fueron coincidiendo un amplio rango de elementos: la posibilidad de una red nacional, nuestra presencia en los medios, la oportunidad de la ventana europea, el agotamiento del actual régimen -y el hecho de que algunas encuestas indicaban que había un espacio electoral para un nuevo partido político” (Monedero, 2015, págs. 153-154)

Al lado de estos elementos, aparece uno fundamental y es el de la corrupción, y es fundamental en la medida que es uno de los elementos que arrastran dos de los actores más importantes de este escenario político, a saber, el PP y el PSOE. La decadencia de estos dos actores gracias a sus procesos de corrupción le brindó la oportunidad a Podemos de

posicionarse como lo “nuevo” frente a ellos, “la casta”. Además, la prepotencia mostrada por estos dos partidos durante el 15-M y lo que siguió después, alejándose de los problemas de la sociedad, convertidos en máquinas electorales, habiéndose considerado un fin en sí mismos y no como un medio para gobernar en favor de los ciudadanos, los mostró cómo actores reacios y contrarios a todo cambio del régimen de 1978, pues desde sus prácticas consideraban las instituciones españolas como su propiedad, como su trinchera.

Esta prepotencia, y el rechazo al cambio tan propugnado por el 15-M, le permitió a Podemos construir un contra relato nutrido del análisis de España como una nación plural que se ha construido bajo un discurso hegemónico que crea fronteras frente a otras formas del ser español, frente a otras formas del ser ciudadano. Así, Podemos constituye un metarrelato de carácter Pluri-nacional que aglutina territorios y ciudadanía en oposición a lo que han denominado “Casta”. “Casta” se presenta como un término que simplifica para la gente del común esa élite, ese ellos culpable, es decir, dota de significado los responsables de los problemas sociales y políticos, y crea un marco de interpretación bajo el cual el bipartidismo arraigado en el gobierno ha roto los consensos fundamentales. Así, “Casta” se configura como enmarcador cultural para la interpretación de la gente y como argumento de acción para la avanzada política de Podemos. En otros términos, cuando Podemos utiliza el término “Casta” recurre a dos sentidos: uno, al lenguaje común y cotidiano de la gente, y dos, al Stock cultural para resignificarlo dentro de la constitución del nuevo campo simbólico.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, se podría decir que la avanzada política de Podemos se constituyó a partir de la estrategia de caracterizar el escenario como de crisis de régimen, esto gracias a que desde la formación morada se entendía que:

“(…) la forma más corriente de detección del comienzo de una Crisis Orgánica o de Hegemonía son las llamadas crisis de representación en sus infinitas variaciones; que expresan de modo general un quiebre en la relación Gobernantes-Gobernados, por un cuestionamiento de éstos a la vieja dominación y su apertura sensible a nuevas formas ideológicas.” (Herrera Zgaib, 2012, pág. 145).

Esta apertura, generada bajo la alerta de crisis de representatividad, le concede a Podemos la posibilidad de proponerse como un paraguas, como un articulador de familias de movimientos con reivindicaciones diferenciales desde el género, política de empleo, educación, recomposición del sistema de partidos, acceso progresivo a derechos sociales, respeto del carácter plurinacional del país, es decir, recoge una transversalidad de demandas expresadas desde el 15M, para fungir como catalizador político.

Atengámonos ahora a decir que fungir como catalizador político, en un contexto donde una élite heredera de pactos de tradición que ha ocupado posiciones de decisión desde el ejecutivo nacional se ha mostrado incapaz de implementar políticas en favor de su gente, representa una amenaza en la medida que se cuestiona un modelo bipartidista de gobernabilidad a partir de la creación de nuevos marcos interpretativos de lo político (Arriba-abajo Casta-Pueblo

Privilegiados-Desposeídos), situándose en una disputa dialéctica entre Hegemonía y Contrahegemonía. Disputa que en materia del análisis que aquí se busca precisar, se concreta en las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015 en España, pues si bien como se referenció líneas atrás Podemos participó de manera exitosa en las elecciones europeas de 2014, son las elecciones del 2015 las que lo consolidan como un partido de país, como un tercero entre el binomio PP-PSOE.

Este último camino de avanzada dentro de lo institucional y lo electoral, se fundamentaba en la consolidación de una estructura organizativa distinta a la del bipartidismo, ya que se apuntaba a la profundización de los contextos de micromovilización (McCarthy, 1999, pág. 356) en sus círculos a partir de dos estrategias, primero, desde la innovación en los repertorios de acción colectiva, con el juego de imágenes y metáforas, y la irrupción en medios de comunicación tradicionales en los cuales era vetada la izquierda tradicional. Y segundo, desde los repertorios rutinarios de acción colectiva como los mítines, plantones, marchas y llamados a asambleas comunitarias. Por medio de estas estrategias, se pretendía adoptar una estructura de movilización más pensada en términos de horizontalidad, que le permitiera pararse frente al final de un ciclo político, con la seguridad de adoptar formas alternativas pero potentes de movilización.

Las anteriores estrategias vieron reflejado el cambio no solo en la dinámica electoral española, sino también en su sistema de partidos, pues a partir de la observancia de dos clivajes fundamentales como lo son el territorial y el de la edad, se aprecia la fortaleza del cambio, ya que “entre los jóvenes y adultos jóvenes, en las grandes ciudades y zonas más densamente pobladas y dinámicas y en las periferias, principalmente: el Mediterráneo, el corredor del Ebro, Galicia, Madrid y los archipiélagos, se evidenció una alteración en los equilibrios entre las fuerzas tradicionales” (Errejón, 2016). Así y todo, la territorialización de los resultados electorales generados por la contienda política del 20D, muestran también la aún “vigente capacidad de las fuerzas del sistema político viejo para bloquear o retrasar algunas de las transformaciones” (Errejón, 2016). Conforme a lo anterior, y con un panorama donde las elecciones del 26J confirmaron que hay un escenario donde al decir de Gramsci “lo viejo no termina de irse y lo nuevo no termina de consolidarse”, Podemos apuntó a ratificar y expandir su capital político a través del trabajo parlamentario, es decir, se di a la tarea de trasladar toda la épica y la movilización de la calle a las instituciones donde según la formación hay mucha política entumecida.

5. 1. 2 El discurso de Podemos: identidad popular con pretensión hegemónica

La revisión de la situación política en España permite enmarcar el caso en cuestión en dinámicas políticas más amplias entendidas como un proceso político. Podemos se sitúa en una fase marcada por una correlación de fuerzas conflictiva, la cual se muestra parcialmente a favor del bloque social encabezado por la movilización del 15M, movilización que contó con cierta capacidad de bloqueo y desestabilización de las élites políticas del país ibérico. Igualmente, dicha fase es el punto de partida de lo que posteriormente sería la articulación política que posicionaría a Podemos como elemento nodal del conjunto social abocado a la movilización. Por lo anterior, la presente investigación defiende que la consolidación de Podemos se da tras el impacto producido en la sociedad española tras el 15M, fundamentalmente en el conflicto social en torno a la demanda de *democracia* expresada en primera instancia por un gran número de grupos sociales subalternos.

La demanda de democracia se interpreta así como la *dimensión ganadora* de un discurso que a partir del 15M jugó un papel contrahegemónico a escala nacional, logrando incluso – Podemos es ejemplo de ello- generar un conflicto en torno al poder político en España. Y es que Podemos evidenció el 15M como caldo de cultivo de construcción de un bloque contrahegemónico que permitiese contar con una aspiración de lucha por el gobierno central, procurando, desde la movilización de distintos grupos sociales subalternos, bloquear las reformas de Estado conducidas por el PP y el PSOE. Y es allí donde la demanda de democracia juega un papel fundamental en la pugna por la construcción de poder político que plantea Podemos, pues dicha demanda funciona como frontera que separa dos campos o discursos, produciendo una dicotomización del espacio político que le brinda a la formación morada un gran poder performativo y capacidad de (re)ordenar las lealtades sociales. Es fundamental detenerse en los nombres que reciben ambos polos:

- a) Casta (élite política)
- b) Gente del común (pueblo)

De esta manera, en el conflicto político español que interesa a esta investigación, la construcción identitaria que desarrolla Podemos se define por el choque entre estos dos polos que compiten por determinar los alineamientos políticos y construir así el conflicto político en un sentido, pues a partir de estos dos campos se ordenan y resignifican posiciones discursivas secundarias. Es decir, son estos dos polos – y su construcción discursiva- los que para aquel momento estructuran de forma central la dinámica política de un país como España, y es aquí donde Podemos, realizando el trabajo nominativo de ambos campos, surge como resultado de una acumulación de demandas insatisfechas que polarizan el campo político español y que exigen una profunda transformación de las estructuras políticas, sociales y económicas. Así, Podemos funciona como elemento condensador de algunos grupos sociales en proceso de articulación, los cuales buscan constituirse en bloque opositor capaz de impugnar con relativo éxito una casta adueñada de las instituciones, procurando construir un sentido de democracia real. Es de este modo que, el conflicto político en España en su fase tras el 15M, emerge capitaneada por Podemos, esto gracias a su gran capacidad de

interpelar a una pluralidad de sectores sociales en un relato nacional movilizador de mayorías políticas. Se hace necesario por tanto, dilucidar los mecanismos mediante los cuales Podemos alcanzó esa posición, mirando principalmente las operaciones de construcción de identidad política popular con pretensión hegemónica.

En este punto vale la pena recordar la hipótesis de partida:

Podemos ha funcionado como condensador –significantes vacío- de una reconstrucción del “Pueblo” español, generada en las protestas del 15M contra el gobierno de aquel país, y que ha situado en su núcleo a distintos grupos sociales: pensionados, estudiantes, desahuciados, etc. Los discursos presentes en el movimiento 15M y, en distinta medida, aquellos que ha logrado configurar Podemos, han construido una identidad política popular con pretensión hegemónica, siendo fundamental para la construcción de dicha identidad y su significado político, el establecimiento de una frontera que dividió el campo político entre “la casta” por un lado, y el “la gente del común” por el otro. Conforme a esto, Podemos puede postularse como representando, por encima de los intereses particulares de cualquier sector social, una voluntad colectiva tendencialmente universal, que no obstante necesita para su afirmación de un constante “afuera constitutivo” minoritario, que en el caso de España es una “élite política antidemocrática” y potencialmente represiva, frente a la cual Podemos realiza la articulación de distintos sectores sociales: “la gente del común”.

Ciertamente, es aquí donde el modelo del frame analysis adoptado permitirá evidenciar los mecanismos de articulación que constituyen el discurso de Podemos, por los cuales aquel inscribe y vincula demandas diferentes en un relato unitario que construye un sentido político y una lealtad ideológica compartida. Con lo anterior, lo que se busca es comprender los elementos que constituyen la identidad política popular, cómo se han ordenado los alineamientos políticos y cómo se desarrollan las diferentes prácticas de sentido.

El discurso de Podemos es una elaboración basada principalmente en los contenidos de las protestas contra el gobierno español, que en el 15M (2011) provocaron una crisis de régimen que hizo tambalear el sistema de partidos establecido en 1978, sus actores tradicionales y el sentido común que enmarcó la interacción política por más de treinta años. Así pues, se puede decir que el discurso de la formación morada está basado en esta profunda dislocación de los discursos que habían ordenado la vida política española en las últimas décadas, en particular por el cuestionamiento al “relato” de la transición. Las movilizaciones del 15M fueron, entonces, el acontecimiento de ruptura que en términos de Rancière (2007) alteró los lugares y significados que recibían los objetos políticos, en ellas se encuentran las bases del nuevo horizonte de sentido que pretende consolidar Podemos.

Así, con el 15M en 2011 se abrió simbólicamente un período en el que se sucedieron las protestas de numerosos sectores sociales, ninguna de las cuales encontraba canalización a través del sistema de partidos y de la administración estatal en forma individual. En este sentido, se iba fraguando entre todas ellas una cierta “solidaridad” horizontal, en tanto vinculadas por su exclusión de la política institucional, percibida como un bloque cerrado e incomunicado con los sectores más desfavorecidos. Dicha articulación gira en torno a una

demanda general movilizadora: la reclamación de democracia será la dinámica fundamental de construcción identitaria en adelante.

Ciertamente, esta reclamación de democracia –*lo llaman democracia y no lo es*- fue capaz de funcionar como aquella demanda que se eleva por encima del resto como representante de una cadena equivalencial de demandas insatisfechas –desempleo, derecho a la vivienda, servicios públicos de calidad, control de las entidades bancarias, fiscalidad, libertades ciudadanas y democracia participativa- y la consolida como identidad colectiva en una división antagónica del campo político. Esa identidad ya es algo más que la suma de las reclamaciones insatisfechas al sistema político. La reclamación de democracia pasa a ser, por así decirlo, el punto central que anclaba diferentes significantes, tales como “patria”, “justicia”, “dignidad”, en un discurso que enfrentaba al pueblo español con la “casta”. De esta manera, de un conjunto diverso de reivindicaciones dispersas, se pasa a construir una voluntad colectiva unitaria de los que, al decir de Jacques Rancière, conforman “la parte de los que no tienen parte” (Rancière, 2007, pág. 46)

En las movilizaciones se establece el punto de partida de la división dicotómica del campo político, situando de un lado a todos los grupos cuyas demandas no habían sido satisfechas por el Estado español, y del otro a las élites tradicionales. Conforme a esto, los sectores subalternos se situaban entonces defendiendo el “interés general” español, frente a un élite que no encarna ningún interés general más allá del suyo en particular. En este sentido, la contestación democrática recibe un sentido en primer lugar de reclamación de soberanía popular, en la medida que la articulación “se mueve en la progresiva constitución de una parte –la juventud precaria, los sectores de las clases subalternas más golpeados por las reformas- en el núcleo del todo frente al poder constituido” (Errejón, 2011, pág. 138). Así, debe entenderse la caracterización de *popular con pretensión hegemónica* de la identidad en formación: como la fundación de un imaginario colectivo que postula a las mayorías afectadas como su máxima y pura expresión.

Ahora bien, en este punto aún nos encontramos con una incipiente construcción discursiva identitaria, que es capaz de producir alineamientos conflictivos en el campo político español, polarizándolo, y de poner en aprietos al Estado. La consolidación de la misma se da, ya con Podemos en la contienda política, el cual la carga de contenidos morales e históricos concretos, expresándolo en proyectos de consecución del poder político.

Podemos se muestra entonces como ese elemento que expresa el desplazamiento discursivo que ya estaba en marcha: la plebs del país –los indignados- pasaba a encarnar el *populus* español (Laclau, 2015, pág. 108). Los sectores sociales movilizados en el 15M buscaban hacerse nación, por oposición a la casta política conductora de la destrucción de la democracia, acusados de ser ellos los “antisistema”. La presencia de coros, mensajes y pancartas en La Puerta del Sol eran una fiel muestra de la división del campo político y la construcción del “pueblo antiélites” español. Esto le permite a Podemos postularse electoralmente como representante de un pueblo atacado por el gobierno, su éxito en las elecciones al Parlamento Europeo el 25 de mayo de 2014, donde recibió el 7,98% del voto nacional, lo cual representa 1.200.000 votos y 5 miembros del Parlamento Europeo (MPE),

debe entenderse en consecuencia como una manifestación de su capacidad de representar y articular ese bloque social condensado en el 15M, aspecto que se comprueba en las elecciones para el parlamento nacional el 20 de diciembre de 2015, elecciones en las que la formación morada se hace con el 21% de la votación convirtiéndose en el tercer mayor partido en el parlamento, con 69 de los 350 escaños.

Ciertamente, lo anterior pone en evidencia que la entrada de Podemos en el escenario partidista español supuso la apertura de un nuevo ciclo político, en el que las demandas insatisfechas agudizadas tras la crisis del año 2008 se convirtieron en los ejes centrales de una articulación discursiva tendiente a la conformación de solidaridades compartidas. Así pues, por medio de esta operación, Podemos articula, desde los intereses sociales expresados en el 15M, una identidad popular con pretensión hegemónica vinculada con la indignación, la gente del común y lo heterogéneo. Podemos, entiende de esta manera que “hay posibilidades de una mayoría diferente, transversal, de un consenso en torno a determinadas ideas que ya no son de sentido común, pero que cortan transversalmente el abanico político español” (Errejón & Mouffe, 2015, pág. 66).

En este punto vale la pena mencionar que la sorpresa en las elecciones al Parlamento Europeo y el batacazo propiciado en las elecciones para el parlamento nacional, son muestras de la manera como Podemos comienza a construir un tipo de identidad que desplaza a la izquierda tradicional española, relegándola, en el caso particular de Izquierda Unida, a un papel secundario en la lucha electoral, estableciendo nuevas banderas de construcción y movilización de una identidad popular que caracterizada por la absorción del descontento, es capaz de articular demandas de distintos adversarios, tornándose híbrida a partir de un proceso de dinámico de renegociación, modificaciones y un liderazgo horizontal.

Con todo y lo anterior, Podemos logra construir un discurso capaz de pugnar con el sentido común de época, rearticulando diferentes sectores sociales en un bloque heterogéneo que siente que es posible “la construcción de una intervención política excepcional” (Errejón & Mouffe, 2015, pág. 66). De esta manera, Podemos va forjando un liderazgo sustentado en la representación de un consenso transversal: el Estado español es fuertemente excluyente, desconociendo las necesidades de su población e incluso yéndose contra ella en todos los ámbitos, por lo tanto aquel necesita ser reformado, de tal manera que pueda atender las necesidades de una mayoría empobrecida. Y es aquí donde Podemos se presenta como un actor político nuevo que, emanado de la crisis de representación latente, enfrenta el sistema de partidos español, desgajando las narrativas del régimen de 1978, presentando a las mayorías del 15M como una comunidad política diferente que es capaz y esta llamada a determinar nuevas reglas de convivencia democrática. En otros términos, Podemos entiende que el pueblo español movilizado en las calles es el único que puede hacerle frente a la casta en un sentido democrático, popular y soberano.

Todo lo anterior va configurando el concepto de identidad política popular con pretensión hegemónica aquí teorizado. Ahora bien, como se sabe, esta identidad no tiene nada de natural, y no se deriva de lo novedoso de la formación morada, ni de sus favorables resultados electorales en España y Europa, ni mucho menos de que la mayoría social articulada este

preconstituida ni definida: es en el fondo la construcción discursiva de una identidad popular encarnada por Podemos, que sacude la política española, generándose de esta manera la posibilidad de que un particular -Podemos- pueda representar a una bloque social –el universal- en nombre del interés general. Es aquí donde resulta fundamental identificar los mecanismos que han construido la situación en cuestión.

Es así como procurando operacionalizar los conceptos de la Discourse Theory para el fenómeno que se pretende abordar, se pone en marcha la propuesta metodológica del frame analysis, la cual pretenderá identificar en el discurso de Podemos tres marcos: de diagnóstico, de pronóstico y de motivación; “a través de los cuales se señala una situación como intolerable e inscrita en una injusticia mayor, se construye el alineamiento político del “nosotros” y el “ellos” y se movilizan determinados recursos a su alcance tras un proyecto político plausible” (Errejón, 2012, pág. 436). Con lo anterior lo que se busca es vislumbrar las operaciones que conforman el discurso de Podemos, cómo estas construyen sentido político y articulan diversos elementos en una narrativa que supo representar ese cambio cultural subterráneo y magmático que se venía fraguando.

Marco de Diagnóstico

Como se sabe, las operaciones en el marco de diagnóstico son aquellas que “identifican un “problema” en una cuestión que antes recibía poca atención o era objeto de resignación, y lo significa como un hecho que no se acaba en sí mismo, sino que es un síntoma especialmente significativo de una injusticia mayor” (Errejón, 2012, pág. 437), y es que en el caso particular de Podemos se puede decir que esa identificación apunta a lo siguiente:

- **Problema:** erosión de condiciones socioeconómicas

La formación morada capitaliza y visibiliza este problema señalando al capital bancario y financiero como culpables, los cuales, vinculados con la casta política impedían el establecimiento de una democracia real, atacando a los grupos sociales más desfavorecidos y simbolizando la apropiación de las instituciones públicas. Para este discurso, la situación anterior generaba que las condiciones materiales de vida empeoraran a partir de un desempleo agudizado por la erosión de los derechos laborales y sociales, lo cual dejaba a los sectores subalternos en medio de grandes turbulencias económicas que los invitaban a la resignación o el aislamiento. Es por esto que la defensa de la democracia, y principalmente de sus instituciones, se convierte en Podemos en una vía primordial para solucionar unas carencias sociales que desde la casta se invitaban a vivir como desgracias individuales, “exonerando al orden político-económico de los conflictos sociales que de ellas podrían derivarse” (Errejón, 2011, pág. 130).

Cierto es que, la narrativa de Podemos politiza un problema que desde el 15M se presentaba como una combinación de demandas insatisfechas por parte de grandes sectores sociales afectados por las reformas neoliberales, las cuales generaban fuertes desigualdades propiciando condiciones materiales de vida precarias en los últimos años.

- **Injusticia:** El Estado español corrupto, y la política económica de recortes sociales como elemento central de una crisis que es ocasionada por la casta pero que es sufrida por los de abajo.

Podemos entiende que la casta muestra una gran supeditación a los programas de ajuste impuestos por la Troika y el capitalismo financiero, mostrándose incluso como usufructuarias de una institucionalidad que debe ser recuperada por los sectores sociales articulados políticamente. De esta manera, la defensa de las instituciones se posicionó en el discurso como un referente de la democracia de los de abajo, y su apropiación por parte de las élites significaba así, la negación de la voluntad popular, el secuestro de la democracia por parte de un grupo social reducido que es egoísta e incapaz de gobernar en nombre del interés general.

“Tampoco las propuestas de PODEMOS son las del 15M. Por ejemplo, en cuanto a la concepción del poder político, el 15M no busca tomar el poder, sino construirlo en espacios alternativos. PODEMOS está de acuerdo, pero plantea además la necesidad de “asaltar” el poder instituido porque hay gente en el poder que no está velando por el interés general y esto provoca un enorme sufrimiento social. PODEMOS coloca en primer plano la necesidad de construir una mayoría diferente para constituir las instituciones y, desde ahí, contribuir a reconstruir un pueblo que empuje, que defienda su derecho a ser soberanos y a gobernarse” (Errejón, 2014, pág. 37)

Lo anterior pone en evidencia que las condiciones materiales de vida de los sectores empobrecidos de España, se ligaban discursivamente a la defensa de las instituciones, amenazadas por la casta y la injerencia de la Troika europea. El recuperar las instituciones y la soberanía popular se vinculan así en primera instancia en el discurso de Podemos, convirtiéndose en una de las señas de identidad de dicho partido una vez adentrados en la contienda electoral, esto se puede apreciar en el siguiente discurso del secretario general de Podemos Pablo Iglesias que tuvo lugar en Mallorca España:

“Algunos están preocupados porque somos el conjunto de fuerzas políticas que defendemos la ley, el orden y las instituciones. ¿sabéis una cosa? Los poderosos no necesitan de las instituciones, los poderosos no necesitan que haya hospitales públicos porque se pueden pagar los privados, los poderosos no necesitan que haya escuelas públicas porque pueden llevar a sus hijos a los privados, los poderosos no necesitan que haya instituciones que defiendan a la gente humilde y tribunales independientes porque lo pueden comprar con su dinero. Es la gente humilde, la gente corriente la que necesita que haya Estado, la que necesita que haya instituciones, la que necesita que haya un hospital al que llevar a su padre o a su madre cuando esta muy mayor, que necesita que haya material escolar garantizado para sus hijos, y las mejores escuelas públicas con los mejores maestros. Nosotros somos los defensores del sistema, cuando el sistema significa educación pública, derecho a la vivienda, derecho a la sanidad, por eso decimos dación en pago retroactiva, por eso decimos que no puede ser que haya viviendas en manos de entidades financieras, por eso decimos que los antisistema son los responsables de la corrupción, antisistema son los que han convertido las instituciones en cortijos privados”(Pablo Iglesias, 2016, discurso)

La dimensión del secuestro institucional se relaciona en el anterior discurso principalmente a través de la existencia de un gobierno que institucionaliza el poder de un sector financiero que no es elegido democráticamente, atentando contra el bienestar del pueblo español, haciéndose necesario la construcción de un Estado que proteja a la gente del común. Igualmente, Iglesias, siendo un destacado integrante de la formación morada, deja en evidencia un núcleo central de Podemos, y es precisamente que la construcción comenzaba por la articulación de demandas de los sectores más afectados por la crisis, vinculándolas a la recuperación de las instituciones para configurar un país que vele por el interés general, resultando por tanto necesaria una ampliación democrática hacia los grupos más empobrecidos, el pueblo.

Marco de Pronóstico

Con los problemas particulares identificados, y presentados como síntomas de una injusticia mayor, en el marco de pronóstico se establecen las operaciones que indican los caminos de acción, resultando fundamental postular “cual es la cualidad principal definitoria de la identidad de las víctimas de la injusticia, en cuanto qué sufren” (Errejón, 2012, pág. 441). Una vez realizada esta postulación, “se traza una frontera antagónica que divide la comunidad política en dos polos. Por último, el polo constituido por esta identidad política, recibe una nominación que le permite encarnar –o al menos reclamar con legitimidad- el interés general” (Errejón, 2012, pág. 441). Vale la pena resaltar que el establecimiento de la frontera resulta crucial en la medida que la misma implica formas de exclusión, y el instaurar quiénes van a ser excluidos es un criterio clave para apreciar el carácter de la identidad política popular.

- **Dimensión ganadora:** secuestro de la democracia: insatisfacción ciudadana

Conforme a lo anterior, se puede decir que el eje central que define la identidad en formación por parte de Podemos es la protesta contra el despotismo financiero que esta dilapidando el patrimonio colectivo de riqueza común. Siendo el descrédito de los que mandan, la incapacidad de los canales institucionales y el empeoramiento acelerado de las condiciones de vida, muestra de un descontento inorgánico que posiciona a la gente del común como los actores principales de la apertura de un proceso de transformación institucional que defienda la democracia y los derechos. De esta manera, en un escenario estructural marcado por el incumplimiento de las promesas y garantías que mantenían unida a España como sociedad, generando una crisis de los relatos y los partidos tradicionales, la configuración de Podemos logra capitalizar esa dimensión popular en las protestas contra el gobierno, más aún, sin proclamarse como partido político del 15M, consigue convertirse en una herramienta que expresa de gran manera la naturaleza amorfa de una interpelación a los de “arriba”.

Y el que Podemos no se muestre como partido del 15M queda demostrado en la manera como sus consignas de impugnación de los poderosos no se hicieran en absoluto en torno al eje central de los “indignados” como dimensión diferencial. Los indignados son resignificados como el núcleo central de un movimiento heterogéneo, de expansión horizontal, de descontentos muy diferentes, un movimiento 15M que era imposible que tuviera un partido, pues desde el mismo se rechazaba toda forma de representación. La conexión que tiene

Podemos con el 15M obedece simbólicamente a la manera como busca integrar y articular gran parte del descontento que no solo estaba en dicho movimiento sino que simpatizó con él, uniendo a una mayoría diferente en torno a determinadas ideas de cambio que ya estaban ancladas en gran medida en el sentido común.

Ciertamente, el secuestro de la democracia es la dimensión ganadora en la medida que define el conflicto político, cuya lógica es la confrontación pueblo/casta, una lógica de tipo agonística que en el terreno de la democracia invita a unos sectores empobrecidos a empoderarse bajo la idea del pueblo español para “arrebatar a la minoría privilegiada la posibilidad de encarnar el interés general” (Errejón & Mouffe, 2015, pág. 121). Y si la identidad que construye Podemos se denomina como *popular con pretensión hegemónica* es precisamente porque entiende que “el camino será el de la asimilación mediante desplazamientos moleculares que suponen tanto la negociación de su propia identidad como la conversión de los adversarios a la nueva fe” (Aboy Carlés, 2012, pág. 13), ya que articula una voluntad general sobre la dimensión privilegiada de “los de abajo”, interpelados en cuanto víctimas de programas de saqueo y empobrecimiento implantados por el Estado español en los últimos años. La consigna que mejor expresa la primacía de la dimensión ganadora aquí establecida es la utilizada por Iglesias en la asamblea “sí se puede” durante el mes de octubre de 2014: “luchar, crear, poder popular”.

- **Trazado de la frontera:** la casta (PP, PSOE, la Troika) / la gente normal, del común, afectada por la crisis y que no se siente representada.

La dimensión ganadora que se puede identificar permite establecer una frontera en la que por un lado están los poderes oligárquicos que se han beneficiado de los programas de saqueo – representados por los viejos partidos políticos de España, los emporios económicos que se sirven de las instituciones, los grupos de decisión como el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional-, es decir, define ese adversario, ese “enemigo legítimo” “que se va a tratar de vencer pero de una manera que respeta las instituciones democráticas” (Errejón & Mouffe, 2015, pág. 120), más aún, se entiende que a ese adversario se lo quiere derrotar “en una competición abierta, adversarial y pluralista” (Errejón & Mouffe, 2015, pág. 121). Esto último es un aspecto clave para entender la identidad que construye Podemos como una identidad popular con pretensión hegemónica, y no como una identidad popular total o parcial, ya que como diría Aboy Carlés:

“un límite indiscutido entre las identidades totales y las identidades con pretensión hegemónica está dado por el hecho de que si las primeras excluyen constitutivamente la tolerancia a la diversidad característica del pluralismo político, las segundas suponen un rango extremadamente variado de tolerancia del mismo” (Aboy Carlés, 2012, pág. 14).

Ahora bien, al otro lado de la frontera se ubica el pueblo español víctima de los programas de ajuste, sin condiciones laborales, afectada por los desahucios y sin sanidad pública; jóvenes, adultos, pensionados, pequeños empresarios, todos aquellos que más allá de su grupo social de pertenencia, lo que los conectaba era su construcción como gente normal. Conforme a lo anterior, el proceso político liderado por Podemos puede ser considerado

populista en términos de Laclau, gracias a que la forma de construcción de lo político que propone y con ello el tipo de identidad popular, esta basado en un trazado de frontera que dicotomiza la sociedad española en “los de abajo” contra “los de arriba” (Laclau, 2015). Y así lo leé Pablo Iglesias cuando, como candidato a la Presidencia del Gobierno en el año 2015, en el debate electoral a cuatro televisado y organizado por Atresmedia, subordina la crisis española al clivaje privilegiado o dimensión ganadora: la que separa a la oligarquía corrupta de la gente común:

“Solo quiero pedirles dos cosas: la primera que no olviden, no olviden tarjetas black, no olviden los desahucios, no olviden Púnica, no olviden Gürtel, no olviden <<Luis, sé fuerte>>, no olviden los seres de Andalucía, no olviden la estafa de las preferentes, no olviden las colas en la sanidad, no olviden los recortes en educación, no olviden el 135, no olviden la reforma laboral. La segunda cosa que les voy a pedir es que sonrían, que sonrían al 15M, que sonrían a las plazas, que sonrían a los vecinos que paraban desahucios, que sonrían a Ada Colau, que sonrían a los autónomos y a los pequeños empresarios, que sonrían a los que se levantan a las seis de la mañana para trabajar y a lo que se levantan a las seis de la mañana y no tienen dónde ir a trabajar, que sonrían a las madres con jornadas de quince horas, que sonrían a los abuelos que se parten la espalda para estirar su pensión. Sonrían, sonrían que sí se puede”(Pablo Iglesias, 2015, discurso)

Lo anterior deja en evidencia que la oposición fundamental en torno a la cual se produce la ruptura del sistema político español es aquella de la mayoría subalterna y democrática frente una minoría privilegiada que ha puesto “todo el aparato institucional a funcionar para que unos pocos ganen siempre más a expensas de la ciudadanía” (Errejón & Mouffe, 2015, págs. 121-122). De esta suerte es como Podemos plantea un discurso que procura configurar una identidad popular con pretensión hegemónica en la medida que interpela a los sectores afectados y la gente excluida como el corazón de la democracia española, mostrando así “ese juego inconmensurable entre la particularidad de la plebs y la universalidad del populus” (Aboy Carlés, 2012, pág. 15). Y es que precisamente la composición política de la mayoría en Podemos se realiza sobre la base de la politización de la heterogeneidad de los movimientos que constituyen el 15M como impugnación de la no representación por parte de una Casta privilegiada y un Estado incapaz.

- **Nominación:** el “pueblo” español, representado por la mayoría nueva hasta ahora subalterna y víctima de la privatización del Estado social de derecho y las instituciones.

Entre tanto, esta nominación nos presenta un significativo vacío que “tiene poco peso conceptual y mucha capacidad de interpelación: poca intensidad y mucha extensión” (Errejón, 2012, pág. 446), y es que en el caso español dicho significativo tendencialmente vacío es el “pueblo”. Aquel pueblo no es precisamente toda España, sin embargo interpela a gran parte de la ciudadanía de dicho país, se trata más bien de una identidad popular con pretensión hegemónica que eleva la dimensión ganadora de defensa de la democracia a la condición del particular que encarna el universal. De esta manera, este tipo de identidad nace esencialmente de aquella tensión ambigua entre el pueblo como la comunidad política formada por todos los ciudadanos de España y el pueblo como los sectores indignados y racializados del país: “la plebs se reclama el populus legítimo” (Errejón, 2012, pág. 447), y oscila entre integrar a

la Casta de forma subordinada, o denunciarla como antisistema y antidemocrática, opuestas al bienestar y la armonización de la comunidad nacional. Nótese en el siguiente lema, replicado por Pablo Iglesias durante un discurso por la celebración del primer aniversario de Podemos, la ambigüedad “entre el Pueblo como los sectores populares, que conduce un gobierno que beneficia, sin embargo, al país, entero” (Errejón, 2012, pág. 447): “solo el pueblo salva al pueblo”(Pablo Iglesias, discurso).

Lo anterior deja en evidencia que la tensión entre el pueblo como los sectores más afectados por la privatización de las instituciones y el pueblo como la totalidad de la comunidad política esta muy presente en el discurso de Podemos. Esta tensión se expresa en un discurso transmitido por el mismo Pablo Iglesias en el año 2016 durante un acto del Grupo Confederal de la Izquierda Unitaria Europea/Izquierda Verde Nórdica, cuyo acrónimo es GUE-NGL, el cual se celebró en Portugal:

“De una manera arrogante algunos hemos llegando a pensar que los poderosos temen a tu partido, que los poderosos temen a la izquierda, que los poderosos temen a un grupo de dirigentes muy brillantes que en un comité dirigen al proletariado hacia la victoria final. Y es mentira, los poderosos temen a la gente, los poderosos temen al pueblo”(Pablo Iglesias, 2016, discurso)

En estas líneas, Iglesias siendo Secretario General de Podemos, hace alusión a un tiempo de la mayoría social –políticamente constituida en el discurso- del pueblo indignado y traicionado, pero al mismo tiempo, si bien aquí desconoce la importancia del partido, para el mismo Iglesias aquel es un instrumento fundamental para el cambio y la representación de aquella mayoría social, ya que según él: “las cosas se cambian desde las instituciones. Esa idiotez que gritábamos cuando éramos de extrema izquierda y decíamos <<la lucha esta en la calle y no en el parlamento>> es mentira, las cosas se cambian desde las instituciones”(Pablo Iglesias, 2016, discurso).

Ahora bien, en este punto vale la pena decir que en la mediación de la tensión anteriormente mencionada la figura de Pablo Iglesias juega un papel fundamental, ya que se presenta como el líder, catalizador y símbolo de la nueva identidad, esto gracias a que su imagen escenifica la representación de una nueva mayoría social, y lo representa en la medida que encarna el distanciamiento de la casta política, con un lenguaje cotidiano que lo sitúa del lado de la gente, ya que atribuye cualidades negativas a los políticos a través de un léxico más general y nada especializado en términos de política, mostrándose agredido por el gobierno español y los grupos financieros. Su activismo social y su cercanía con los grupos de base le permiten distanciarse de la figura de dirigente o jefe de un partido, desligando de él cualquier idea que se acerque al concepto de élite política o empresarial.

Lo anterior sirve para sustentar la manera como Iglesias se representa a él y a Podemos fundamentalmente como del pueblo, y para esto se puede tomar de referencia algunos discursos del líder político durante enero de 2014 y diciembre de 2015: “y si la izquierda no se hace pueblo” “a eso es a lo que tienen miedo los ricos, al pueblo” “el poder sois vosotros” “nunca más una España sin su gente, sin sus pueblos” “una nueva mayoría social” “ha empezado a entrar gente corriente en las instituciones”. Ciertamente, esto esclarece la manera

como Iglesias identifica su discurso con los símbolos de pueblo/gente para hacerlos suyos y dejar claro que él es una persona corriente haciendo política “para la gente”.

Es por tanto pertinente indicar que el papel del liderazgo catalizador de Iglesias juega un papel trascendental en la construcción de la identidad popular con pretensión hegemónica, pues se convierte en un punto articulador discursivo donde el vocablo pueblo refiere a la cadena de demandas insatisfechas y sectores afectados, que comenzaron a emerger en las movilizaciones del 15M. Gracias a esto, Podemos puede reclamar para sí la representación de una voluntad colectiva popular superior a la suma de los intereses oligárquicos. Entonces resulta que la identidad en Podemos consiste en esta forma particular de construcción del pueblo, significativa tendencialmente vacío y universal cuyo sentido político le es otorgado en este caso por la centralidad de los sectores movilizados en el 15M. En definitiva, el rasgo distintivo del tipo de identidad política popular que construye Podemos esta en la porosidad fronteriza que permite la movilidad de “La tensión entre la interpelación a la mayoría política así construida en tanto que totalidad de la comunidad política nacional” (Errejón, 2012, pág. 451). Lo que expresaría una articulación política populista, según Aboy Carlés (2012)

Marco de Motivación

Es oportuno ahora mencionar que la identidad popular con pretensión hegemónica construida por Podemos, la gente del común de España, para convertirse en sujeto político necesita ser movilizadora dejando de ser solo una postulación. Ciertamente

“Esta movilización tiene lugar por medio de la atribución de características morales a la división dicotómica de la sociedad, de su naturalización por medio de una reinterpretación del pasado a la luz de la frontera erigida en el presente, y, sobretudo, por medio de una propuesta que convierta la identidad construida en programa político de éxito imaginable. Sólo realizadas estas operaciones de enmarcado correspondientes a la motivación para la movilización, se puede hablar de un discurso político” (Errejón, 2012, pág. 452)

- **Articulación de contenidos ideológicos en torno a la frontera:** el Régimen del '78, relato de la transición, política cupular, secuestro de la democracia, políticas neoliberales de la crisis del 2008.

La frontera política que traza Podemos y que divide la sociedad, construyendo en esa oposición binaria la identidad política popular frente a su afuera constitutivo –en este caso las élites políticas y económicas resultado de un andamiaje institucional y de un orden político-, tiene la necesidad de protegerse del carácter momentáneo que pudiera tener el 15M, proyectando un plazo mayor que el de una manifestación contra el gobierno. Y es ahí donde la consolidación de la identidad popular en Podemos se sustenta en “una construcción de la frontera apuntalada por su caracterización moral autoevidente” (Errejón, 2012, pág. 452).

Al mismo tiempo, el significativo vacío Pueblo (la gente del común), encarnado en Podemos por la nominación de las demandas de distintos grupos sociales, se expande en la medida que su discurso es capaz de anclar distintos significantes flotantes importantes en la vida social y cultural de España –patria, justicia, igualdad- en un imaginario de pretensión hegemónica, dotándolos de cierto sentido, derivado en este caso de su ligazón con la emergencia de

distintos grupos sociales afectados por la crisis. Se puede decir por tanto que la identidad política popular construida por Podemos es, entre otras cosas, una revisión a un discurso de la transición que, como diría Franzé, “legitima la democracia española actual” (Franzé, 2015, pág. 2), y al mismo tiempo una revisión a los últimos años del proyecto neoliberal en España, dos aspectos que Podemos logra trenzar en una oposición natural: los afectados de ayer y hoy hechos país.

Conforme a esto, Podemos va realizando una moralización de la frontera como aquel “momento de conversión en ideología de la construcción discursiva, de negación de su carácter presente y contingente, para afirmar su necesidad y justicia desde todo punto de vista” (Errejón, 2012, pág. 453). Es decir, la oposición binaria entre pueblo y casta, recibe su contenido ideológico fundamentalmente en torno – y aquí se sigue la idea de Javier Franzé – a la oposición al discurso de la transición (régimen del 78), que posibilita el secuestro de la democracia, y a la oposición a las políticas de recorte neoliberales (2008), perjudiciales tanto para los trabajadores, como para los estudiantes, pequeños empresarios y pensionados, en otros términos, perjudiciales para España. De esta manera, Podemos configura desde su discurso una serie de improperios contra la casta donde elementos como “régimen del 78” y “antisistemas” se convierten en instrumentos que permiten vincular al gobierno, en el primer caso, a un viejo orden injusto y excluyente edificado por las elites económicas, políticas y culturales que protagonizaron la transición, y en el segundo caso, a una realidad española marcada por el aumento de la desigualdad gracias a la política de gestión de la crisis.

Cierto es que, “régimen del 78” y “antisistemas” se convierten en palabras comodín, en significantes vacíos que se llenan de cierto contenido o son despojados del que ya tenían, pasando a nombrar –y denigrar– el pasado y presente de sus adversarios, un pasado y un presente a partir del cual se legitima el futuro de transformaciones. Por un lado, “régimen del 78”, por su nominación como pasado favorable a las élites y negador de la voluntad popular, pasa a ser el término abreviado para la usufructuación de las instituciones en las últimas décadas. De igual manera, el “antisistemas” denota y connota la profundización y confirmación del secuestro de las instituciones por parte de familias oligárquicas que hacen imposible el trámite de un sinfín de demandas acumuladas: empleo, ampliación democrática, derechos laborales, derecho a techo, pensiones, etc.

De esta manera, la confrontación al régimen del 78 y la crítica a las políticas de ajuste se convierten en dos señales evidentes de la identidad de la nueva mayoría con pretensión hegemónica en España. De esta manera, nace una identidad que agrupa y empodera a distintos sectores sociales, no solo del 15M, a partir de contenidos discursivos que derivaron en una construcción binaria que hizo de la transición y las políticas neoliberales la encarnación de la casta “antisistema”, enfrentándolo a la gente común (pueblo) articulada con las demandas insatisfechas de amplios y diversos sectores sociales afectados en los últimos años.

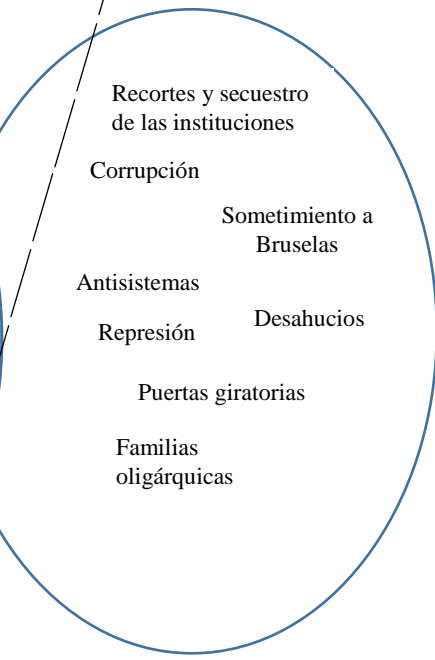
De la anterior construcción parte la identidad popular con pretensión hegemónica que configura Podemos, que si bien plantea una geometría de oposiciones binarias, la frontera que genera dicha dicotomización del campo político a partir de una “moralización” de la

misma a través de la articulación de contenidos ideológicos, permite decir que aquel tipo de identidad, en el caso de Podemos, se puede extender hasta interpelar exitosamente con ella a una clara mayoría de ciudadanos españoles –incluso votantes del PSOE-, frente a un “afuera constitutivo” –la casta- desconectado del país. Ahora bien, vale la pena aclarar que el tipo de frontera que se construye no niega o excluye ese afuera constitutivo, por el contrario, la identidad en Podemos se negocia buscando incluso “la conversión del enemigo a su propio campo identitario” (Hernández, 2014, pág. 113), estableciendo una frontera atenuada que “sin desaparecer, permite un cierto trasiego... y, por tanto, un tratamiento menos hostil del enemigo” (Hernández, 2014, pág. 113)

Gente del común (Pueblo)



Casta



Frontera atenuada: el pueblo unido. jamás será vencido.

Fuente: Elaborado a partir de (Errejón, 2012)

- **Propuesta de solución alcanzable:** Plan de rescate ciudadano: un plan para devolver el país a su gente

Es perentorio decir que el programa planteado por Podemos de cara a su trasegar electoral tiene una relación lógica con la naturaleza de los males que se vienen señalando. De esta manera si el problema fundamental es el secuestro de las instituciones por parte de una casta oligárquica que favorece a los grandes empresarios mientras descarga los efectos de la crisis en una mayoría desprotegida, la solución pasa principalmente por una recuperación de las instituciones, del país, para su gente: una mejor España, democrática, plural y popular, a la

cual le corresponde unas instituciones al servicio de la gente, ajenas a lógicas privatizantes y llamadas a impulsar una justicia social.

Y es que Podemos entiende que la nueva composición del tablero político nacional tras el 15M, marcada por la movilización y articulación de distintos sectores sociales, se presenta como ese malestar de unos sujetos que entienden que el gobierno está desconociendo la realidad de una España fuertemente golpeada por la crisis, exigiendo por tanto una democracia real, una democracia que los incluya a todos. Basándose en esto, la formación morada en su programa agrupa un conjunto de propuestas fruto de una mayoría social que a través de Podemos puede procurar convertirse en mayoría política. Un programa que se basa en la abrupta quiebra de algunos imaginarios tradicionales tras la crisis, y que al mismo tiempo apunta a la inauguración de un nuevo horizonte de sentido, cuya mayor expresión es Podemos como actor emergente en un sistema de partidos que en otro tiempo se pensó absolutamente bipartidista, y en ningún caso con un partido con dos años de fundación como tercera fuerza política.

En este punto, vale la pena aclarar que si bien Javier Franzé plantea que Podemos lleva a cabo un desdibujamiento de la frontera política en el momento que la “cronología de la crisis se modifica: su origen ya no es 1978, sino más bien la gestión de la crisis iniciada en 2008; el problema ya no es la Transición en sí, sino las políticas abiertamente neoliberales de la crisis”. Lo anterior solo es una muestra del mosaico ideológico de aquel partido, el programa de gobierno, el horizonte de transformaciones expresado, no deja sin embargo lugar a dudas. Se trata de un programa de recuperación y fortalecimiento de las instituciones, acompañado de una ampliación democrática donde la inclusión ciudadana es fundamental. Así, el proyecto de Podemos puede calificarse de la siguiente manera:

- **Plan de rescate ciudadano: un plan para devolver el país a su gente:** Las urgencias de un buen Gobierno deberían ser las mismas que las de la mayoría social de su país. El próximo 20 de diciembre nos jugamos la oportunidad histórica de situar esas urgencias ciudadanas en el centro de la acción política. El Plan de Rescate Ciudadano es nuestra hoja de ruta para los primeros cien días de Gobierno, que en la situación actual solo pueden dedicarse a restaurar la dignidad de una población golpeada por una gestión política nefasta, a sacar de la precariedad a unas clases populares cada vez más empobrecidas y a devolver las instituciones a la gente, que es lo que otorga sentido al Estado de derecho.

Cuando pensamos por primera vez en un Plan de Rescate Ciudadano analizamos las condiciones bajo las cuales podíamos volver a hablar de un Estado de derecho en España. El 15-M nos recordó que son más los consensos que nos unen que los que nos separan: nuestros acuerdos sobre lo que tienen que ser los servicios públicos y los derechos sociales, sobre cómo acabar con la corrupción y el fraude fiscal, sobre cuáles son las condiciones básicas para garantizar una vida digna, sobre la necesidad de democratizar nuestras instituciones públicas...

Son acuerdos sólidos y forman parte de un sentido común solidario que se puede plasmar en un programa diseñado por etapas, la primera de las cuales es un plan responsable para los primeros cien días de gobierno.

Si queremos hablar de un país para su gente tenemos que hablar, asimismo, de un plan para devolver ese país a su gente. De modo que todo proyecto de país tiene que ir precedido de un plan de recuperación de los mínimos de democracia y bienestar social, políticas de choque que actúen de manera inmediata frente a la emergencia y que sienten las bases para un desarrollo legislativo posterior.

Pero, además, todo proyecto con aspiraciones de construir un país mejor, un país más eficaz y más justo, tiene que asumir que solo puede existir crecimiento económico y desarrollo social cuando su población dispone de la capacidad de consumo para reactivar la economía, cuando se pone freno a la espiral de empobrecimiento y exclusión. Porque la creación de riqueza y su reparto van indisociablemente ligadas.

La aplicación de las políticas de austeridad y de los recortes a costa de los derechos sociales, los servicios públicos y la precarización generalizada de la sociedad ha provocado que España escalase, en solamente dos años, once puestos en el ranking de los países más desiguales de la Unión Europea (UE): si en 2013 ocupaba el 15º puesto con mayor desigualdad de ingreso de mercado, hoy se sitúa en el 4º más desigual de la UE.

Es una cuestión de prioridades y de voluntad política: hay que orientar las políticas para redistribuir la riqueza y combatir el proceso de concentración de dicha riqueza en unas pocas manos, un proceso que ha permitido que el 1 % de la población española concentre en la actualidad más riqueza que el 70 % más pobre.

La pobreza en España no es un problema de escasez, sino de distribución de los recursos. Es necesario, por tanto, un plan que sea preventivo y proactivo a partes iguales: por un lado, un plan preventivo para cortar de raíz el proceso de empobrecimiento y desigualdad que afecta cada día a más familias españolas; por otro, un plan proactivo para sentar las bases de un país mejor.

Un plan para rescatar al conjunto de la ciudadanía española significa:

- Recuperar los recursos públicos expoliados a través del fraude fiscal, la corrupción y las deudas que han contraído unos pocos y que pagamos entre todos y todas.
- Sentar las bases para un nuevo modelo productivo que sea sostenible social, económica y ecológicamente, con unas relaciones laborales justas que aseguren las condiciones para una vida digna.

- Hacer posible para las familias la conciliación entre vida familiar y laboral en una sociedad cada vez más compleja y garantizar el derecho a cuidar en igualdad y a ser cuidado o cuidada.
- Rescatar a las mujeres al combatir la discriminación laboral y adquirir un compromiso firme para terminar con la violencia machista.
- Rescatar a los mayores generadores de empleo de nuestro país, autónomos y pymes, gracias a cuotas justas y a un apoyo institucional para salir adelante y mantener su actividad económica.
- Garantizar los mínimos vitales de vivienda, agua y suministros necesarios para todos los españoles y españolas condenados a la pobreza por una gestión política nefasta.
- Rescatar nuestros servicios públicos, los que son de todos y todas, y restaurar la calidad y la universalidad de nuestro sistema educativo y de nuestra sanidad.
- Garantizar unas relaciones internacionales en términos de solidaridad y de construcción de paz.
- Profundizar en las instituciones democráticas y en nuestras herramientas de participación colectiva, así como garantizar la libertad de expresión y las libertades civiles.

Nuestra propuesta no contempla una ciudadanía pasiva, ausente e indiferente a su realidad: esta propuesta tiene sentido como autoexigencia, como una propuesta que debe ser igualmente observada y vigilada por toda la ciudadanía. Solo así la gente puede sentirla como suya.

El mandato ciudadano está en el origen, el proceso y la finalidad del propio Plan de Rescate, ya que en su elaboración han participado cientos de organizaciones de la sociedad civil y expertas y expertos de diversos ámbitos, con quienes hemos trabajado de manera colaborativa desde las más de veinte áreas de trabajo de Podemos, con el fin de articular las mejores propuestas.

Hemos abierto, asimismo, canales públicos para la presentación y la votación de propuestas, con un resultado de participación ciudadana sin precedentes: más de 10.000 personas han presentado ideas y más de 15.000 las han votado.

El resultado de este proceso es un trabajo riguroso, con la mirada puesta en la mayoría social y en el futuro de un país que anhela dejar de verse atenazado por la corrupción y los intereses de una minoría para demostrar la grandeza de una ciudadanía que hace tiempo que tomó la delantera a sus dirigentes políticos.

Este Plan de Rescate Ciudadano es un plan de futuro para construir un nuevo país, enraizado en el bienestar social, el respeto a los derechos humanos y la profundización de la democracia. Un plan para construir un país a la altura de su gente (Podemos, 2015)

Como se puede apreciar, el discurso de Podemos apunta principalmente a una defensa y recuperación de las instituciones, alterando un poco el contenido proyectado en un principio, el cual Franzé señala como de ruptura con el régimen del 78, pasando por tanto a un contenido más regeneracionista que integra fundamentalmente la demanda central que integra a gran parte de la ciudadanía española, buscando de esta manera articularlos políticamente. Pablo Iglesias, en la marcha por el cambio desarrollada en Madrid el 31 de enero de 2015, hacía referencia a los ejes centrales del proceso de cambio político propuesto por Podemos cuando decía que:

“Soñamos, pero nos tomamos muy en serio nuestros sueños. ¿de qué hablamos cuando soñamos con un cambio? Queremos un cambio que garantice las pensiones de los mayores que se rompieron la espalda trabajando, queremos un cambio que potencie nuestras Pymes y sirva para engrosar nuestro tejido empresarial, queremos que nuestra inversión en IDI se equipare a la media europea, queremos apostar por la industria innovadora, por la soberanía tecnológica, por la soberanía alimentaria y energética; queremos un cambio que abra la puerta a la economía verde para salir de un modelo del ladrillo improductivo, inestable y precario que solo produce precarios y autónomos asfixiados; queremos un cambio en el modelo energético que no despilfarre, que apueste por las renovables y acabe con los monopolios; queremos un cambio en el mercado laboral para producir y competir mejor, en lugar de abaratar los despidos y bajar los salarios; queremos un cambio que ponga en orden las cuentas para ver en qué y cómo gastamos, hay que afrontar una batalla sin cuartel contra el fraude fiscal, hacerlo es garantizar los derechos de todas las personas. Soñamos, pero nos tomamos muy en serio nuestros sueños; y soñamos con un país donde nadie se quede fuera, donde cualquiera pueda calentarse en invierno, donde no haya una sola familia sin techo donde pasar la noche, nunca más un país sin su gente. Por eso es necesario desplegar un Plan de Rescate Ciudadano que ponga todo su empeño en parar la sangría y la asfixia que impiden la recuperación, hay que destinar recursos de urgencia nacional a aquellos sectores más vulnerables y excluidos”(Pablo Iglesias, 2015, discurso)

La anterior propuesta le permite a Podemos articular diversos sectores sociales y convertirse en tercera fuerza política en medio de una crisis de representación en el sistema político, la cual condujo al descrédito de todos los partidos tradicionales y a la generalización de la necesidad de recuperar la democracia y con ella las instituciones. El inédito resultado electoral de las elecciones generales del año 2015 – con el 21% de la votación que representan 69 escaños- supuso la apertura de un proceso conflictivo de reordenación partidista y de cambios en el sistema político español. El constructo político-discursivo de Podemos había modificado la política española en estos últimos años: No era solo que la formación morada fuera el tercer partido más votado en un sistema históricamente bipartidista, es que su diagnóstico de la realidad, sus símbolos y propuestas, habían pasado a ser parte del imaginario colectivo de gran parte de los españoles. Llevando incluso a que sectores ajenos

a su discurso se movieran dentro de los marcos culturales y lingüísticos que estaban en la base de un sentido común favorable a Podemos.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, la comprensión de la configuración de la identidad popular con pretensión hegemónica que establece Podemos, permite finalmente entender, como propone Sebastian Barros (2014), “qué implica la emergencia de una identificación popular y cómo ella puede funcionar como condición de posibilidad de una articulación populista” (Hernández, 2014, pág. 112). Y es que precisamente Podemos respresenta aquello que Luciana Cadahia (2017) denomina como populismo emancipador, un populismo que funciona bajo la lógica “abajo-arriba en búsqueda de una forma igualitaria de convivencia” (Cadahia, 2017), procurando constituir, como lo hace Podemos, un tipo de lazo plebeyo: la igualdad entre los de abajo. De esta manera, la formación morada no plantea un antagonismo de modo inmunitario donde el ellos (Casta) rompe con la identidad previamente establecida del pueblo español, sino que aquella es nominada simplemente como aquel actor responsable de ciertas crisis que “obturán las posibilidades aún no transitadas de este” (Cadahia, 2017).

La frontera simbólica que establece Podemos, al ser atenuada/porosa, cuenta con una profunda voluntad democratizadora/emancipadora, donde la defensa de las instituciones parte de la concepción de su dimensión igualitaria como “el espacio propicio para la expansión de derechos y la desarticulación de la frontera material entre los de arriba y los de abajo” (Coronel & Cadahia, 2018). Se puede decir entonces que la práctica articuladora de los sectores subalternos en España que adelanta Podemos es de corte populista emancipador porque ha aspirado, con éxito relativo, a redefinir los contornos del país para identificarlo con los intereses de los más afectados, frente a una estructura política excluyente que sólo beneficiaba a la casta oligárquica y corrupta. Se trata, por tanto, de un fenómeno histórico de construcción de poder político a través de una identidad popular con pretensión hegemónica producida bajo la lógica de una articulación populista emancipatoria (Coronel & Cadahia, 2018).

Ciertamente, en sus distintas formulaciones, el discurso de Podemos logra articular las demandas de diversos sectores afectados y empobrecidos por la crisis en un horizonte de nación, vinculándolas a la recuperación de la democracia y sus instituciones para construir un “país para su gente”, lo que se traduce en la necesidad de una ampliación democrática hacia los sectores subalternos víctimas de la crisis, el pueblo español. Así, el carácter emancipador del populismo que propone Podemos se evidencia en la manera como el conflicto por la democracia en España es interpretado de manera fundamental como un choque entre aspiraciones democráticas de una mayoría olvidada y la negativa de un Gobierno central de tendencia corporativa y corrupta.

Con esto en mente, puede decirse que la conflictividad de la vida política española que propone Podemos no entiende la democracia como un procedimiento formal, consensual y alejado de cualquier tipo de conflictividad popular. De ahí que pueda leerse como un populismo emancipador que pugna por una politicidad democrática que da cauce a un proceso generado por una tensión mayoritaria a favor de la transformación social (15M). Lo cual para Podemos implicó, como se pudo observar en el ejercicio de deconstrucción de sus

marcos discursivos, primero la discusión y denuncia de los marcos de sentido tradicionalmente dominantes que ordenaban las posiciones políticas y sociales; “y después la redefinición colectiva -y contradictoria y disputada, como no podría ser de otra forma- de la comunidad política: la distribución de sus bienes comunes, sus límites y reglas de convivencia, sus objetivos compartidos” (Errejón, 2012, pág. 584)

En este sentido, es fundamental tener en cuenta que la contestación antielitista que encarna Podemos recibe un sentido en primer lugar democrático, en la misma medida que construye una identidad popular con pretensión hegemónica encarnada por los sectores víctimas de la crisis y excluidos de la democracia española. Y es de esta manera que debe entenderse la articulación populista emancipadora de dicha identidad popular en formación: como la fundación de un imaginario democrático español que postula a los sectores empobrecidos y subalternos como su expresión más pura y valedera. En consecuencia, se habla de un populismo emancipador en la medida que, en un escenario marcado por la fractura de los marcos de sentido establecidos por la élite oligárquica y la crisis de los relatos de la transición y el bipartidismo, el reagrupamiento de las protestas contra la Casta y el régimen español, encuentra su cauce en una cierta dimensión “plebeya” democratizadora: que expresa la naturaleza amorfa de una interpelación a la gente del común en general, pero no exclusiva ni unívocamente, a las grupos movilizadas durante el 15M.

Este populismo plebeyo/emancipador se constituye gracias a que es capaz de postular una definición del conflicto político, cuyo escenario es el Estado como “un modo de mediación de lo popular” (Coronel & Cadahia, 2018, pág. 75) y no como una expresión elitista. Se trata de la irrupción de los que para aquel momento no tienen parte en el Estado español, un empoderamiento de los sectores afectados por la crisis como “pueblo democrático de España”.

Recapitulando, en este apartado se dilucidó que la construcción de identidad popular con pretensión hegemónica que desarrolla Podemos se da gracias a que ha podido mostrarse como una agrupación capaz de representar los intereses de una mayoría que consigue tener la misma extensión de la totalidad de la comunidad política: el Pueblo español, articulado a partir de la centralidad de los sectores afectados por la crisis económica. Precisamente esta articulación, y la construcción de frontera que conlleva, es la que le da la forma al tipo de identidad política popular que Podemos configura, y es con el fin de comprender esta configuración que se puso en marcha la operación de adaptación de marcos discursivos a un fenómeno que rearticula la demanda de defensa de la democracia al interior de un discurso popular que amplía el imaginario de un proceso de consecución del poder político que inscribe las reivindicaciones de una gama de actores heterogéneos.

La deconstrucción de los marcos discursivos del caso español que se adelanta en este apartado hacen posible comprender la operación por la cual el discurso de Podemos ganó capacidad de interpelación ampliando un horizonte de sentido de naturaleza híbrida. Es decir, un discurso que resignifica las ideas de diversos sectores integrándolos en una construcción subjetiva amplia que constituye una nueva voluntad colectiva que aspira a reorganizar la vida social y a ejercer el poder político. De igual manera se evidencia la manera como la

construcción de lo popular que realiza Podemos funciona como condición de posibilidad de una articulación populista de carácter emancipador

5. 2 El Uribismo

5. 2. 1 Colombia: debilidad institucional, inseguridad y crisis económica

Desde la perspectiva que maneja este trabajo se considera que el análisis del discurso del Uribismo supone considerar que su desarrollo y evolución están asociados a la articulación de factores estructurales y coyunturales que le brindan distintos matices y connotaciones según cada momento, pero que al fin y al cabo permiten entender el arraigo que tiene en la sociedad dicho discurso y su presencia histórica. Interesa por tanto en las siguientes líneas, subrayar los rasgos que, en esta trama de relaciones, nos permiten explicar la configuración de un discurso que lleva consigo necesariamente el sello del contexto colombiano, pues se considera que dicho contexto es un factor determinante en cuanto variable interviniente en el proceso de configuración del Uribismo y en el camino de la afirmación identitaria de los actores sociales que lo conforman. Por lo tanto, de los rasgos que definen ese carácter contextual del discurso Uribista, pertinente a este estudio, nos ocuparemos en las líneas que siguen a continuación.

Para el año 2002, Colombia se presentaba como un Estado que no contaba con verdaderos instrumentos de intervención económica y social, y que al mismo tiempo tenía que cargar con los costes sociales que producía el fomento de la inversión privada. A lo anterior se suma un notorio aumento de los impuestos en su faceta más regresiva, pues se dirigían a productos de la canasta básica familiar y a los servicios públicos. De esta manera se fraguaba un sistema político que perdía capacidad y recursos económicos para responder a unas demandas sociales que iban en aumento, y que solicitaban a toda voz nuevos instrumentos o mecanismos que pudieran canalizarlas.

Es en este contexto de debilidad estatal evidente, que la ruptura del proceso de conversaciones entre el Gobierno de Andrés Pastrana y la Guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) es el hito de apertura del ciclo Uribista 2002-2010, no solo porque constituye una gran derrota para la ilusión de paz que venía cultivando el gobierno colombiano, sino también porque aquello engrandeció el mito de la victoria militar rápida sobre la guerrilla. Dicha ruptura tiene en el escalamiento de hostilidades por parte de los diferentes actores una causa, y es que en un ambiente caracterizado por una notoria disgregación estatal el aumento de las acciones bélicas durante el lapso que duró la zona de despeje era una ventana de entrada para el cambio del imaginario colectivo que se resistía a una salida negociada al conflicto armado, y por el contrario, propugnaba por una respuesta fuerte del Estado.

Con un conflicto armado recrudecido, las negociaciones del Caguán ven en la falta de una agenda de negociación clara por parte del ejecutivo otro elemento clave para su debilitamiento, pues la ausencia de directrices que guiaran un adecuado desarrollo del proceso permitió el establecimiento de una agenda abierta que brindaba la posibilidad a

ambas partes en las conversaciones, de no cumplir con un mínimo de puntos centrales en la consecución de los objetivos. A lo anterior se suma que el cronograma de la Mesa fue indefinido, con lo cual la guerrilla puso en marcha una estrategia disuasiva con miras a su fortalecimiento, muestra de ello es que se estableció que “en tanto no se acordara por lo menos entre el 70% y 80% de la agenda de los doce puntos no se podría empezar la negociación para llegar a la paz y superar la etapa de diálogos” (Palacios, 2001)

Por esta misma línea, la no regulación de los diálogos, y su constante exposición televisiva hicieron que más allá de un debate pluralista donde la transparencia de la información fuera el eje, se entablara una lucha por afincar posiciones en la opinión pública nacional e internacional. De esta manera, el carácter mediático que adquiere la negociación la desvirtúa un poco y la convierte en una pugna por crear hechos de opinión que no planteaban ninguna solución frente a situaciones por demás complejas. En otros términos, el síndrome televisivo del que fue víctima esta Mesa de Diálogo dio lugar a *guerras por el rating* que sirvió de vía de escape a la necesidad propagandística tanto de la guerrilla como del gobierno.

Al mismo tiempo que se desarrollaba lo antes mencionado, huelga decir que en lo concerniente a la participación de la comunidad internacional en la zona de distensión, la misma fue de un carácter principalmente no presencial, factor que debilitó la negociación en cuanto aquella no contó con actores internacionales que pudieran velar por una institucionalización de las agendas y los procedimientos, así como el itinerario probable el cual mostrara una voluntad verdadera de paz estableciendo cese de hostilidades, el respeto a las normas del Derecho Internacional Humanitario, el desarme, la desmovilización, reincorporación, verificación y garantías de los alzados. Es decir, no se contaba con un tercero que verificara la implementación de un modelo que representara una madurez en las negociaciones, y por el contrario se optó por un sistema abierto e indeterminado que con el tiempo inevitablemente se agotó.

Debilitadas y fragmentadas, el fracaso de las negociaciones en el Caguán supuso la quiebra del Estado Colombiano, aislado y burlado. El gobierno, privado de su pretensión de paz dialogada, estaba discursiva y materialmente cercado, incapaz incluso de evitar situaciones que en terminología clásica se dirían de poder dual: La zona de distensión posibilitó que la guerrilla –a través del reposicionamiento territorial de algunos de sus frentes- actuara como gobierno en los territorios suplantando a un Estado deslegitimado y ausente. Lo anterior da cuenta del derrumbe de una estructura de gobierno basada en una apuesta por la salida negociada al conflicto armado con una de las guerrillas más antiguas del continente. En ese sentido, el periodo transcurrido entre el fracaso de la mesa de negociación y el ascenso de Álvaro Uribe Vélez (2002) en el escenario político pueden ser leídos en clave de la inminente necesidad de un Estado como único poseedor del uso legítimo de la violencia y la posibilidad de un nuevo gobierno que pudiera gestionar la crisis política y superar de una vez por todas la guerra interna y sus efectos. Sin duda, en este punto Uribe Vélez jugó un papel muy importante pues empezó a componer un discurso de *guerra y dignidad nacional* que aunaba el rechazo del dialogo con la guerrilla con la defensa de la patria.

Esto último brinda la posibilidad para hablar de un factor clave que, si bien cuenta con una presencia histórica en Colombia, la coyuntura de la mesa de diálogo logró acentuarlo, esto es, la creciente pérdida de credibilidad de la política y los políticos frente a la sociedad, lo cual evidenció una latente crisis de representación que se venía gestando con los años y que veía en la desconfianza hacia los partidos políticos una de sus consecuencias. Y es que a partir de aquí tomó gran notoriedad la carencia de instrumentos que tenía el Estado para responder a las demandas de los grupos sociales más desfavorecidos, cada vez más numerosas por los costes sociales del conflicto armado, siendo imposible al Estado generar ni siquiera consenso pasivo en torno a sus políticas, por lo cual la gobernabilidad descansaba en cada vez mayores dosis de represión.

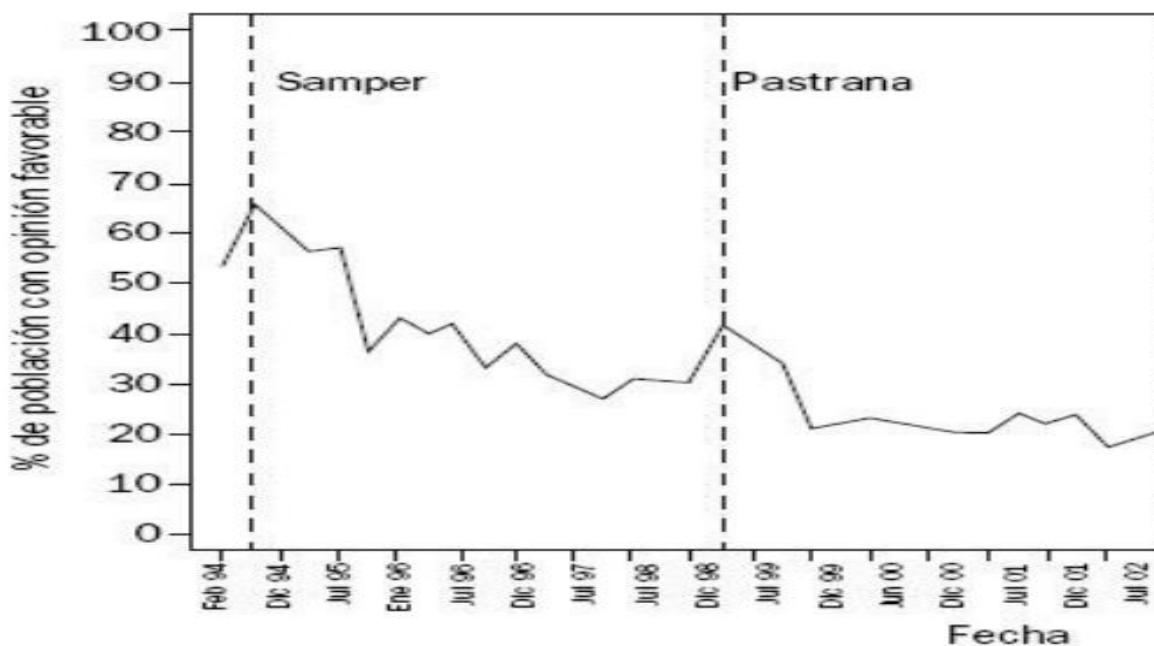
Como se ve, el Estado Colombiano tras las fallidas negociaciones se vio incapaz de verse y ejercer como agente legítimo de unificación de lo social, presentándose una desarticulación entre lo social y lo político gracias a que para el gobierno no era posible mediar en los conflictos socioeconómicos de Colombia, llevando con esto a una lógica de política pura donde entró a primar una representación de la política como violencia que acentuaba el divorcio con lo social. La estabilidad y la normalidad no eran cosas del régimen político, ya que no lograba mostrarse como representante de un interés colectivo y general, y al mismo tiempo, no lograba instituir lo social y garantizar su cohesión mediante la eliminación de la violencia de las relaciones particulares, evidentes para la época en Colombia. Así, lo que se presentaba era una falta de correspondencia entre las estructuras sociales y políticas que hacía que un gobierno políticamente dominante presentara dificultades para concretar un proyecto nacional de gran envergadura e impacto económico y social.

Admítase que la incapacidad del gobierno para llevar a buen puerto las negociaciones con el grupo insurgente, se tradujo en una visibilización de su incapacidad para canalizar demandas y potenciar las capacidades y la participación de los ciudadanos en el desarrollo en condiciones similares. La desafección, por tanto, se comprendía a partir de la aguda exclusión social que se reproducía intergeneracionalmente y que se agravaba una vez se entendía que la subordinación de lo público en favor de intereses privados privilegiados era profunda. Ciertamente, es esta subordinación uno de los factores que mejor explica la desafección en cuanto procura una escasa participación de distintos grupos poblacionales en el debate y la deliberación sobre los propósitos de Colombia –muestra de ello es la nula participación de la sociedad civil en los diálogos con las FARC- y sus territorios, produciéndose de esta manera una falta de vindicación de lo político acompañado de un bloqueo a la legitimidad de lo público.

En este sentido, no es aventurado suponer que los desencantos frente a la democracia en Colombia, si bien son un fenómeno recurrente, para la época de las negociaciones en el Caguán lograron acentuarse gracias a las promesas incumplidas tras su fracaso, ya que frente a una demanda y valor tan propugnado como la paz el mecanismo de representación planteado resultó por cauces inadecuados o excesivamente limitados, y de cara al inminente recrudecimiento del conflicto armado las políticas conocidas podían no ofrecer soluciones o incluso agravar los problemas al acentuar las diferencias de interés entre los grupos sociales y sus demandas. Ciertamente, la desafección política para el momento se desarrolla entonces

como sentimiento subjetivo hacia el proceso político, los políticos y las instituciones democráticas, con cinismo, ineficacia y falta de confianza en dichas instituciones.

A primera vista se podría decir que la crisis institucional generada por el fracaso de las negociaciones ocasionó que una serie de circunstancias –como el aumento del desempleo y de las desigualdades sociales– se profundizaran, propiciando con esto que los ciudadanos mostraran una menor satisfacción con el funcionamiento de la democracia en Colombia, aumentando así su desconfianza hacia las instituciones políticas. Es decir, la situación política era percibida por los ciudadanos colombianos como un fenómeno inserto en un contexto de crisis multidimensional que abarca tanto el nivel económico, como social y cultural, de esta manera, la ineficacia del sistema y la insatisfacción política se presentaban como componentes de un síndrome más amplio de descontento político, esto a partir del desagrado ocasionado por el fracaso de un tema social y político tan significativo como la paz. Por lo tanto, el descontento político surgió de la evaluación que hicieron los ciudadanos del rendimiento del régimen o de las autoridades, así como de los resultados políticos que generaron. Muestra de lo anterior está en el siguiente gráfico:



Fuente: Gráfica modificada por el autor de la presente monografía con base en Revista de Ciencia Política, “Colombia: ¿Democracia, panocracia o simple desgracia?”. En Volumen Especial. Bogotá: Universidad de los Andes, 2007. Pp. 97-111. Citado Vega, Javier. “Análisis del Conflicto Armado Colombiano como Creador de Imaginarios Colectivos para la Sociedad Durante el Periodo Pastrana y Uribe (I)”, 2009. Documento electrónico

Como se ve, paulatinamente se fue desmoronando el imaginario colectivo que giraba en torno a una administración que tenía intenciones de llegar a una paz negociada, el gobierno fue decreciendo en popularidad en la medida que las conversaciones se diluían y gradualmente se iban agotando las opciones. La ciudadanía, de una manera u otra, entendía que la ineficacia del gobierno central era un ataque directo a la legitimidad inicialmente otorgada al proceso de paz, este diagnóstico se resumió en el término desencanto, que reflejaba la desilusión a la que se había llegado tras las grandes expectativas surgidas al comienzo de las negociaciones.

Ahora bien, párrafos atrás, entre líneas, se había planteado otro elemento central a la hora de configurar ese entramado de condiciones de posibilidad que sirvieron de trampolín para el discurso uribista, y dicho elemento se representa en la crisis económica que parecía incapaz de sortear el ciclo recesivo que afrontaba el país, y que no le permitía retomar una dinámica de crecimiento sostenido. El Estado Colombiano en ejercicio de sus funciones económicas no era capaz de afectar positivamente el ciclo productivo a través de una efectiva regulación del conflicto capital-trabajo, al tiempo que no generaba garantías para una inserción del mercado nacional en el mercado mundial.

Así las cosas, era muy difícil hablar en Colombia de un espacio económico regido por mínimos principios de equivalencia en el intercambio mercantil, por el contrario, se configuraba un escenario de precariedad material y política donde se generan entonces insatisfacciones crecientes, cuestionamientos permanentes del orden social y político, disolviéndose así, en el imaginario colectivo, la eficacia de las instituciones precedentes. Esto último si se tiene en cuenta que la falta de desarrollo productivo y la vaga creación de riqueza colectiva generaba en la sociedad colombiana pocas garantías para hablar de una verdadera inclusión social que permitiera una construcción y enriquecimiento democrático de lo público. El Estado, como principal garante de la convivencia ciudadana, no era capaz de asumir compromisos y responsabilidades frente al suministro y provisión de servicios público en ámbitos tan esenciales como educación, salud, seguridad social, pensiones, etc. Ciertamente es que, el gasto público en términos de la focalización, integración y complementación de la prestación de servicios sociales con miras a mejorar la cobertura y calidad en la protección social fue decreciendo, profundizando de esta manera la problemática social y la fragilidad institucional.

De manera que la crisis económica le dificultaba al gobierno corregir las inequidades distributivas e impedir el grave deterioro de las condiciones de vida y la exclusión de amplios estratos de la población, no pudiéndose incluir a los ciudadanos de manera masiva y productiva en las dinámicas económicas y así poder reducir de alguna manera los niveles de pobreza y marginalidad. Es decir, para el régimen era imposible “alterar la estructura productiva de manera creativa y funcional para el desarrollo económico y la equidad social” (Garay Salamanca, 2003, pág. 13), haciéndose inminente el progresivo aumento de un marginamiento empobrecedor en el ordenamiento económico colombiano. Dentro de este contexto, la crisis socioeconómica, generada entre otras cosas por la grave inequidad distributiva del ingreso y la riqueza, era sinónimo de insatisfacción de demandas y de falta de garantía de derechos sociales que en términos territoriales se representaba en una marginación frente al acceso a bienes, servicios y procesos políticos que hicieran posible integrarse a relaciones sociales, económicas y políticas más modernas en Colombia.

Como se ve, la situación económica dificultaba la puesta en marcha de un proceso de democratización económica y política, pues la tramitación de las reivindicaciones sociales era por demás pobre gracias a las fallas administrativas de un Estado que reproducía formas de desviación de recursos públicos a favor de intereses privados, lo cual no solo agravaba la crisis sino que también menoscababa el erario a través de la irresponsabilidad con la que se manejaban los recursos de interés colectivo. Recursos que no eran dirigidos a tratar las

diferentes problemáticas que para la época se presentaban, como es el caso del desempleo que para el año “1999 estuvo cercano al 20% y en el 2000 presentó una leve disminución” (Arbeláez, Garzón, Joya, & Lancheros, 2013, pág. 20), aumentando de esta manera los niveles de degradación y barbarie social oriundos de un desempleo que era muestra de un escenario que para los ciudadano era poco propicio para la reproducción de su capital humano y físico, y la potenciación de sus capacidades.

Este escenario, por cierto, era dibujado por un PIB que para el año 1999 volvía “a tener crecimiento negativo, esta vez de -0,7%” (Arbeláez, Garzón, Joya, & Lancheros, 2013, pág. 20), aspecto que se veía reflejado en la caída de las exportaciones y las importaciones, el déficit en la cuenta corriente y en la cuenta de capital, la fuga de capitales que propició la baja en la inversión extranjera directa, entre otros, elementos todos que hacían parte de un proceso progresivo de desactivación productiva marcado por el empobrecimiento y la exclusión social, resultando a toda vista necesario, aunque claramente difícil, instaurar condiciones propicias para el crecimiento económico. Difícil en la medida que factores como el Índice de Sufrimiento Macroeconómico (ISM)⁷ eran altos en el país, lo cual significaba un crecimiento económico muy bajo, una tasa de desempleo o inflación muy alta, y un PIB que gracias a esto último no alcanzaba a cubrir lo necesario para contrarrestar estos problemas. Miremos el siguiente gráfico

AÑOS	PIB	TD	INFLACION	ISM
1995	5.2	9.5	22.8	27.1
1996	0.8	11.5	20.9	31.6
1997	4.9	12	20.8	27.9
1998	-4.4	15.6	18.5	38.5
1999	-0.7	18	18.7	37.4
2000	3.3	16.8	10.9	24.4
2001	2.5	19.5	9.2	26.2
2002	2.3	16.8	8	22.5
2003	5.2	12.3	6.4	13.5
2004	6.3	12.4	7.1	13.2
2005	3.3	12	5.9	14.6

Fuente: “Crisis financiera en Colombia y efecto tango: causas, consecuencias y similitudes” *Revista isocuanta*. Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2013. 13-37

Pese a todo lo anterior, para aquellos años el neoliberalismo continuó siendo el proyecto político que guiaba a Colombia, un país periférico en la economía-mundo que estaba condicionado por una deuda externa que lo llevaba a adoptar políticas librecambistas, con reducción del gasto público y la desregularización del mercado interno. Se podría decir entonces que la crisis fue para aquellos días un instrumento utilizado para imponer una agenda de políticas estructurales (neoliberales), con las cuales se pretendía “dar continuidad al largo proceso de redistribución regresiva del ingreso a favor de los fondos de acumulación,

⁷ “Es una herramienta usada por los economistas para analizar el estado de una economía, ya que tiene en cuenta los datos de los males, que son la tasa de desempleo y la inflación, y estos se contrastan con el mayor de los bienes, el crecimiento económico. Debido a su estructura, un ISM bajo refleja que la economía se encuentra bien, pues indica que su crecimiento es bastante mayor a su inflación y desempleo; por otro lado, un ISM alto muestra que el país tiene graves problemas” (Arbeláez, Garzón, Joya, & Lancheros, 2013, pág. 21)

en desmejora de los fondos de consumo de la población” (Estrada Álvarez, 2009, pág. 235), lo cual llevaba necesariamente a una reducción de los impuestos al capital y a una reformulación de la financiación de la protección social, particularmente en salud, configurándose así, una economía política del poder poco favorable a la transformación social.

Lo anterior muestra principalmente que la articulación Estado-Economía en Colombia era compleja, ya que las políticas neoliberales fueron dificultando progresivamente la gestión del gobierno, en cuanto por un lado, privaban al Estado de los instrumentos para responder a las demandas de los grupos más desfavorecidos, cada vez más numerosas por los costes sociales de dichas políticas. Y por otro, generaban nuevas formas de relación entre el Estado y la sociedad civil, ya que el malestar entre los grupos sociales más empobrecidos había aumentado a medida que su situación económica empeoraba, creciendo fenómenos como el empleo informal, el cual se disfraza de autoempleo y se convierte de esta manera en la principal fuente de generación de empleo en el país.

En este punto es pertinente mencionar, a manera de síntesis, que la crisis económica en Colombia y el deterioro de las condiciones de vida que propició para aquellos años, se debieron en gran medida a una búsqueda del sostenimiento de la deuda que conllevaba una priorización del gasto, acompañado por una precaria protección del empleo y una ínfima promoción de la competitividad que no permitían o garantizaban un normal funcionamiento de la actividad productiva. Sumándole a esto la implementación de una política de tributación regresiva que lo único que buscaba era descargar el peso de la crisis sobre sectores medios y populares, apuestas que no mostraban la decisión política de impulsar planes gubernamentales con reformas estructurales que pudieran redefinir las relaciones entre el capital y el trabajo. Ahora bien, las características que esta crisis podía asumir en los años que seguían dependía en gran medida de la capacidad de respuestas de “nuevos” actores en el mapa político, pues así como podían presentarse salidas más democráticas igualmente era posible la continuidad de las políticas que imperaban, e incluso su profundización.

Con todo y lo anterior, la situación de Colombia para finales del siglo XX y principios del siglo XXI se caracteriza por una economía que atraviesa por una fuerte fase recesiva que, entre otros efectos, provocó un sensible aumento de la pobreza. Sin embargo, hay otro aspecto que se suma a lo anterior, y que quizá es uno de los factores claves para entender la complejidad de la situación de un país en el cual se da la presencia de múltiples formas de violencia y la incapacidad de un Estado para garantizar un mínimo de orden y seguridad, situaciones que tiene su origen en un acentuado proceso de erosión institucional. Dicho aspecto pasa por el recrudecimiento que para aquellos días presentó el conflicto armado, recrudecimiento que:

“Se distingue por las expansiones simultáneas de las guerrillas y de los grupos paramilitares, la crisis y la recomposición del Estado en medio del conflicto armado y la radicalización política de la opinión pública hacia una solución militar del conflicto armado. La lucha contra el narcotráfico y su imbricación con la lucha contra el terrorismo renuevan las presiones internacionales que alimentan el conflicto armado, aunado a la expansión del narcotráfico y los cambios en su organización” (GMH, 2013, pág. 111)

Es decir, para aquellos años la violencia comenzó a adquirir un carácter masivo, alcanzando niveles máximos de victimización donde las masacres se convirtieron en el signo característico de una disputa a sangre y fuego por el territorio, las tierras y el poder local. Disputa en la que participaban grupos paramilitares que a través de una audaz y gran expansión por el país se dieron a la tarea de articular acciones con el fin de intervenir el Estado central y así dirigir el poder nacional y, por qué no, reformular el contrato social hacia una mas férrea defensa de la propiedad privada y un mayor control territorial. Estos grupos, como tercer actor de la guerra configuraron un modus operandi ofensivo donde la ocupación de los territorios llevaba consigo sangre y fuego, y la colaboración de estructuras narcotraficantes que los apoyaban y financiaban. Es así como, este fenómeno de carácter ofensivo y reactivo, pues en gran parte respondía al asedio y presión de las FARC, para finales de los noventa se mostró como un proyecto de carácter regional y nacional que a través del crimen y la captura de rentas pretendía fraguar una conquista del poder local y de esta manera poder influir en el poder nacional.

Paralelo a la presencia de grupos paramilitares, la guerrilla de las FARC-EP, como actor central en la disputa bélica, presentaba un crecimiento gradual tanto en sus filas como en sus acciones de guerra, muestra de ello es la manera como “el secretariado aumentó su número de miembros de cinco a siete, crearon los bloques de frentes, los comandos conjuntos y el comando general para realizar ofensivas, y ratificaron la importancia de acercarse a las ciudades” (GMH, 2013, pág. 161). Esta expansión organizacional y territorial estuvo acompañada por una ofensiva directa contra las élites regionales, las cuales fueron objeto de secuestros, asaltos a sus propiedades, pillaje y extorsiones, acciones todas estas que hacían parte de una avanzada más general que incluía:

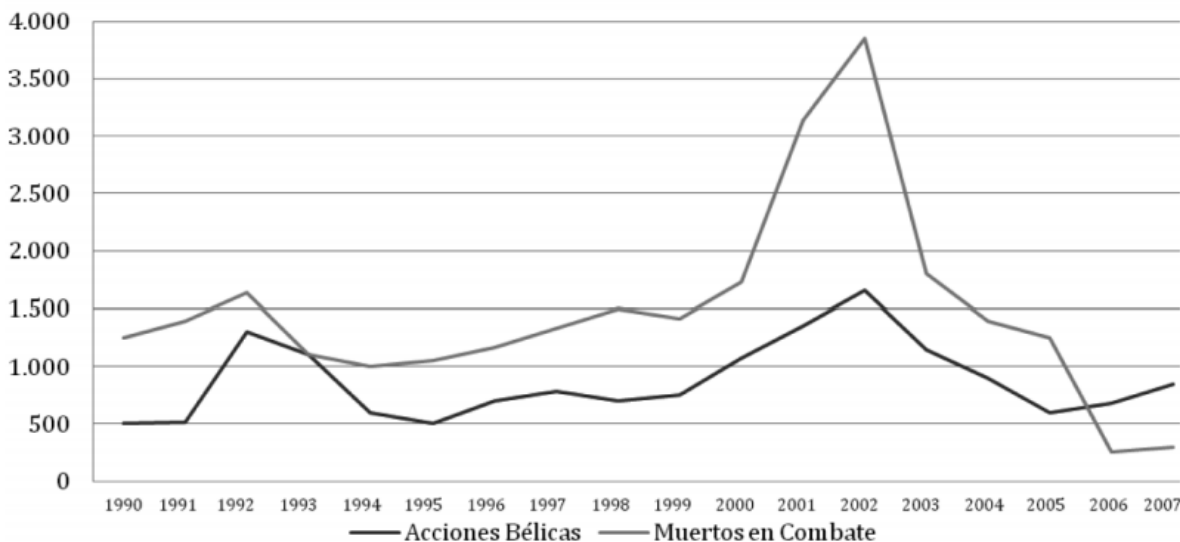
“sabotaje mediante el ataque a la infraestructura eléctrica y vial, el bloqueo y la restricción a la movilidad por el territorio nacional con retenes ilegales, y la expulsión del Estado de regiones y localidades, atacando los puestos de Policía en las cabeceras municipales, conminando a las autoridades civiles a que renunciaran, y obstruyendo elecciones locales y regionales a partir de 1997” (GMH, 2013, pág. 162)

A través de todas estas acciones el grupo insurgente pretendía consolidar una serie de medidas políticas y militares que hicieran posible intervenir en la democracia local y ampliar los territorios sin presencia del Estado, configurando estructuras de poder territorial que lograban intervenir en arreglos institucionales irregulares buscando acabar con todo rastro de la clase política local y de este modo con todo intento de presencia estatal. De esta manera el Estado era reemplazado por una guerrilla que era portadora de un poder no institucional pero que era capaz de generar cambios en las estructuras sociales y económicas, con el consecuente efecto que ello podría tener sobre el conflicto violento. Cambios que se producían a través de tres factores claves, primero, un ataque directo a aquellas poblaciones aisladas donde las Fuerzas Armadas respondía de manera tardía; segundo, acciones bélicas dirigidas hacia las grandes ciudades que incluían carros bomba y bombas; y tercero, llevar a cabo extorsiones y secuestros que permitieran, por un lado, financiarse, y por otro lado, producir pánico colectivo (GMH, 2013).

Es oportuno ahora mencionar que todo este accionar buscaba ser combatido por unas Fuerzas Armadas que de manera tenue conseguían neutralizar dicha cadena de acciones gracias a la ventaja que le proporcionaba su avanzada infraestructura militar. Y es que de un elemento clave para aquella época como lo es el Plan Colombia, se evidenciaba “la destinación del 74% de su presupuesto al fortalecimiento militar (60%) y policial (14%), mientras que para inversión social solo se asignaba un 26%, del cual un 8% se destinaba a desarrollo alternativo” (GMH, 2013, pág. 167). Concretándose de esta manera una férrea lucha contrainsurgente, que de la mano del apoyo logístico, económico y político a los grupos paramilitares, pretendía recuperar la gobernabilidad democrática, cambiar la correlación de fuerzas con la guerrilla y restablecer así la autoridad y el ejercicio de la función coercitiva por parte del Estado.

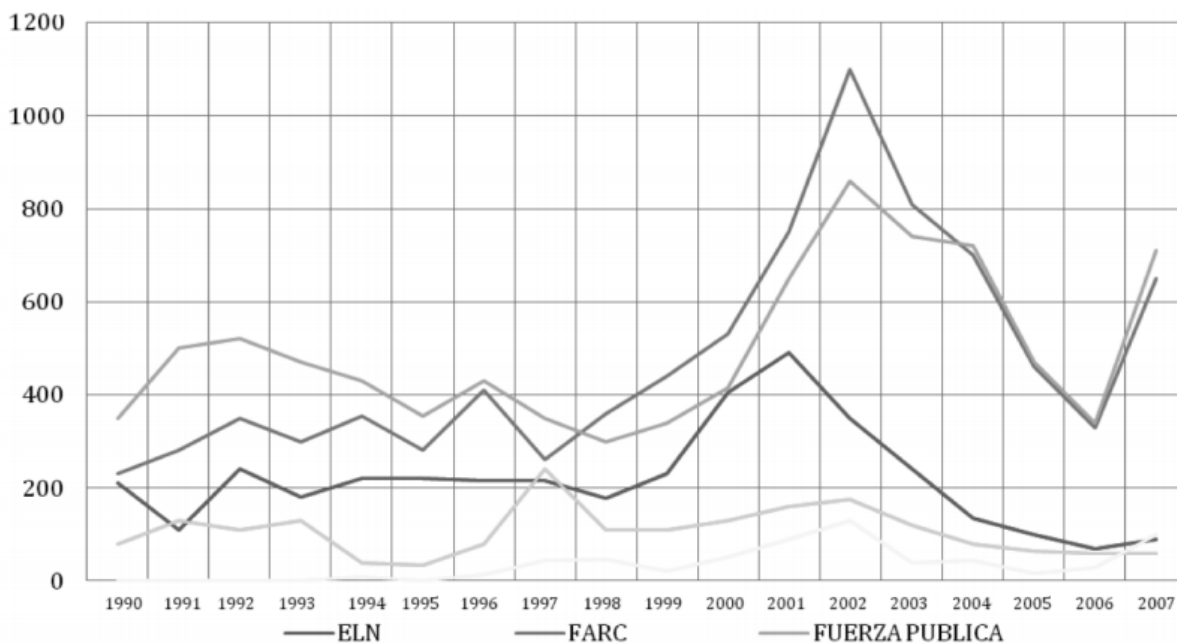
Hay, como se ve, elementos de un conflicto armado que pasó de ser una suma de disputas locales y regionales a una lucha por la definición estratégica a escala nacional de la geopolítica del país, configurándose un escenario de guerra donde se evidenciaba el avance paramilitar y el control territorial ejercido en ciertas zonas por la guerrilla, estableciéndose para aquel momento “uno de los más altos índices de violencia del país con perpetración de masacres, desplazamientos forzados y asesinatos selectivos” (GMH, 2013, pág. 163). Lo anterior se ve reflejado en gráficas como las que se mostrarán a continuación, las cuales dan muestra de la manera como se profundizó el conflicto armado y con ello la fragmentación y polarización de la sociedad colombiana

Dinámica del conflicto armado. Acciones bélicas y muertos en combate. 1990-2007



Fuente: CINEP-2008

Dinámica del conflicto armado acciones bélicas. Hechos de acciones bélicas por actores armados 1990-2007



Fuente: CINEP-2008

Las anteriores gráficas son solo el reflejo de un país que afrontaba una fuerte crisis humanitaria caracterizada por millones de desplazados, miles de secuestros, desapariciones forzadas y homicidios por causas político-sociales. Era además, la prueba de un Estado raquítico incapaz de cumplir adecuadamente con dos de sus funciones básicas: justicia y seguridad, dando cabida a múltiples formas de violencia, pues no se lograba establecer un mínimo de orden que permitiera mermar el asentado proceso de erosión social e institucional que se presentaba. Ciertamente, es en este contexto donde la seguridad comienza a establecerse como uno de los problemas más sentidos por la población colombiana, esto gracias a que la violencia se tornó mucho más indiscriminada haciendo de la población civil un conglomerado reinado por la intimidación y el terror, planteándose de esta manera la inminente necesidad de construir un orden donde primara la defensa de las instituciones estatales ante una guerra que escalaba progresivamente, atacando las libertades, derechos y deberes del ciudadano colombiano.

Así las cosas, es este desbordamiento no controlado del conflicto armado el que permite hablar de una internacionalización del mismo, proceso que se da en un “contexto internacional caracterizado por la creciente globalización y la unipolaridad, con un único polo hegemónico en lo político y militar, Estados Unidos, con una nueva agenda global en la cual la denominada lucha contra el terrorismo ocupa el primer lugar” (Vargas Velásquez, 2004, pág. 86). Este país se involucró activamente en la cooperación e intervención en Colombia, planteando un política militar securitizadora principalmente en la lucha frontal contra el narcotráfico, factor importante en la contienda bélica, aunque no el único. Y es que la injerencia se hacía inminente en las dinámicas mismas de la geografía de un conflicto que en materia de factores operacionales geoestratégicos impedía el establecimiento de corredores o zonas claves para el desarrollo de intereses políticos y económicos.

Conforme a todo lo anterior, se puede decir, entonces, que Uribe y su proyecto surgen en un contexto que se puede definir como de crisis de autoridad, tanto por la carencia de legitimidad y capacidad de regulación social de las estructuras políticas nacionales, como por la irresolución de un conflicto que constantemente amenazaba la “democracia” y el Estado social de derecho. Es decir, la coyuntura permite entender el posicionamiento de un discurso que pregonaba el restablecimiento de la autoridad a través de políticas claras que pudieran garantizar el orden y la seguridad, siendo de esta manera Uribe y su proyecto aquel espacio que hacía el llamado vehemente hacia una transformación estructural del Estado en materia de seguridad, transformación demandada por la sociedad y, en sentido diferente, también por la denominada comunidad internacional. De esta manera se fue configurando *un Uribismo* llamado a ser aquel actor encargado del ensamblaje y solidificación de la nueva correlación de fuerzas políticas, una vez fracasados los diálogos de paz, pero a la vez logrando la formación de consensos incluyentes desde los cuales refundar el gobierno.

Este Uribismo, entonces, enfrentaba elementos sustanciales como la crisis económica que generaba insatisfacción en las demandas materiales de una mayoría social empobrecida; la fisura en las estructuras de poder y las prácticas para la reproducción de la legitimidad y la legalidad estatal a nivel territorial; la fractura espacial manifestada en el conflicto regional entre la guerrilla (sur del país) y los paramilitares (norte del país), que se sabían como gran obstáculo del desarrollo económico del país. Nótese entonces que frente a estos elementos, la convocatoria a la defensa de la patria que realizó el Uribismo abordaba cuestiones como la necesidad de una política económica que propugnara por la estabilidad, el fortalecimiento institucional del Estado, la superación del conflicto armado, la garantía de las libertades públicas y los derechos, la consolidación de la democracia, entre otros. El Uribismo se mostraba entonces como ese punto nodal que conectaba los diferentes conflictos que, se entendía, fracturaban a Colombia.

Ahora bien, quizá el elemento que tiene mayor peso en la configuración del Uribismo es el referido a la falta de seguridad (o percepción de inseguridad) que se vivía, ya que como se vio era una sociedad que se enfrentaba no solo al temor y la angustia de un presente bañado por la violencia, sino también a la incertidumbre de un futuro poco promisorio carente de una autoridad que procurara un orden. Y es ahí, donde el discurso uribista se presenta como aquella pieza que podría generar orden, seguridad y confianza, no importando que se limitaran las múltiples voces que coexisten en una sociedad, ya que al fin y al cabo terminaría imponiendo una visión de la realidad, un marco interpretativo de la misma. Marco que planteaba la necesidad de restaurar la autoridad y garantizar la seguridad democrática, democrática en el sentido de propugnar por una protección tanto del empresario como del sindicalista, es decir, una seguridad para todos, claro está, con una naturaleza esencialmente militar y policiva. Ciertamente es que, al mismo tiempo que planteaba los objetivos de su idea de seguridad, el Uribismo define las principales amenazas y riesgos que tiene la sociedad colombiana para aquel momento, empezando a delimitar un marco donde el “terrorismo, narcotráfico, delincuencia y potenciales amenazas externas” (Vargas Velásquez, 2004, pág. 89) son elementos percibidos como amenazas si lo que se busca es consolidar el control

territorial del Estado, mejorar los niveles de seguridad de los ciudadanos y desarticular los grupos armados irregulares.

Y es a partir de lo anterior que el Uribismo, que había nacido como herramienta electoral con un fuerte carácter regional, acabó jugando el papel de catalizador de una acumulación de demandas insatisfechas que transformó por completo el sistema político nacional, pues como se postulaba desde su manifiesto democrático, la seguridad democrática era para proteger a todos “al trabajador, al empresario, al campesino, al sindicalista, al maestro, frente a cualquier agresor” (Uribe Vélez, 2002, pág. 4). El Uribismo entonces pasó a jugar un papel central en la articulación de un discurso nacional que optara por una salida diferente a la que se venía tomando frente al conflicto armado y las problemáticas del país, esto se debe principalmente a dos motivos estrechamente entrelazados. En primer lugar, el Uribismo señala con acierto que en torno a la defensa del país se trabaron las defensas de la soberanía nacional frente al accionar armado de grupos al margen de la ley, del bienestar y seguridad de ciudadano colombiano, y de la inversión extranjera como salida al empobrecimiento provocado por políticas económicas erróneas. Gracias a ello, el Uribismo supero rápidamente la defensa de los intereses regionales en clave terrateniente, y pasó a convertirse en un polo de acumulación de fuerzas políticas a escala nacional.

En segundo lugar, el Uribismo combina en su discurso los elementos necesarios para convertirlo en una “superficie de inscripción”⁸ para la pluralidad de demandas que no encontraban acomodo en el sistema político colombiano. Lo hace sobre un discurso que resignifica la noción de patria para añadirle, como núcleo central, las fuerzas militares y la policía. De esta manera, el Uribismo, cuya ideología puede ser calificada como de “derechas”, construye un relato por el cual no impugna la nación colombiana, sino que denuncia a los grupos al margen de la ley –principalmente a la guerrilla- como enemigos de la patria y postula al presidente, como “primer soldado de la nación” (Uribe Vélez, 2002, pág. 12), como el sujeto político del cambio que debe conducir el Estado. Gracias a estos componentes discursivos, el Uribismo, que tenía en sus inicios un marcado carácter regional, logró penetrar en las ciudades siendo un referente nacional, consiguiendo, especialmente durante el fracaso de las negociaciones en el Caguán, establecer conexiones campo-ciudad y adquirir resonancia más allá de la región antioqueña, su principal valuarte, para posteriormente erigirse en la candidatura de todos los amenazados por un sistema empobrecedor, inseguro y débil, que era incapaz de defender la patria de los grupos terroristas.

Conforme a todo lo anterior, y de acuerdo con el enfoque adoptado por el presente trabajo, se entiende que la crisis del Estado colombiano fue esencialmente una crisis de autoridad, en tanto que pérdida de capacidad de los grupos dirigentes para delimitar, establecer y consolidar los límites sociales que le permitiese gobernar con la aquiescencia de los gobernados. La crisis de autoridad es la incapacidad de permanencia y estabilidad de la vida política, social y económica. El proceso político posterior es así interpretado, de la misma

⁸ Es aquella particularidad elevada a la función de universalidad a través de la cual se resignifican diferentes demandas, articulándose y expresándose en una síntesis mayor, en una identidad popular.

forma, como el desarrollo contingente y contradictorio de una identidad política Uribista, que se caracterizará a partir de su apuesta por el orden y la seguridad.

5. 2. 2 El discurso Uribista: identidad política popular total

*“Nuestros intereses seguirán sembrando el odio.
Con la excusa de exportar nuestras extraordinarias ventajas
Nos tiramos a robar, nos llevamos todo por delante
Y la libertad desapareció, la seguridad nos trae muerte”
Gatillazo*

A continuación se analizará el discurso uribista que, tras la complejidad de la situación colombiana una vez fracasados los diálogos en San Vicente del Caguán, fue capaz de hacer frente a una masiva articulación de demandas contra el gobierno y la progresiva descomposición del Estado colombiano. El Uribismo comienza entonces a postularse como un discurso que pretende presentar al gobierno colombiano de la época como desconectado de los sucesos nacionales, pues el camino del diálogo como solución al conflicto armado deconocía un país marcado por enfrentamientos de violencia generalizada que configuraban una comunidad descohesionada gracias a la desatención gubernamental. Se puede decir que el Uribismo como discurso nace en un escenario donde la conflictividad política iba en aumento, desarrollándose principalmente en torno a la politización de cuestiones referidas a la seguridad, ya que tras el fracaso de los diálogos, diferentes sectores de la guerrilla de las FARC-EP consiguieron desplegar un mayor dominio territorial gracias a un realineamiento político-militar que los hacía pasar de una mentalidad defensiva a una ofensiva.

De esta manera, mientras el escalamiento de las acciones de la Guerrilla crecía y con ello su nivel de desaprobación social, Álvaro Uribe Vélez hacía un llamado a ratificar la autoridad del gobierno a través de un plan de lucha contra los grupos armados basado en un fortalecimiento estatal. Ahora bien, es importante decir que este escenario político no fue solo fruto de la intensificación de las acciones guerrilleras, ya que el gobierno colombiano al crearse su propia representación del conflicto armado con las FARC-EP, impulsó la potente construcción discursiva que vincularía la defensa de la patria con la lucha contra el terrorismo, el narcotráfico y todos los enemigos de la misma. Empezando de esta manera a constituirse un tipo de identidad que construye un conflicto entre la autoridad del gobierno nacional y su soberanía, y la ilegitimidad de los grupos violentos y todo aquel enemigo de la patria. Ciertamente es que, de un conflicto encaminado por la solución dialogada, se pasaba, mediante esta construcción discursiva, a un imaginario de inseguridad frente a actores armados que debían ser enfrentados de manera directa.

Se puede decir entonces que el discurso uribista es una elaboración basada en el malestar surgido tras el fracaso de los diálogos del Caguán, que para finales del siglo XX provocó una crisis de autoridad que hizo que los límites sociales se resquebrajaran aún más, resultando necesario restituir o cambiar la autoridad, o sus fundamentos, narrativa de sentido común que venía enmarcando la interacción política en aquellos años: el diálogo como solución al conflicto. Así, pues, el discurso uribista estaba basado en la dislocación del discurso de paz

que venía ordenando la vida política colombiana de la época, el fracaso de los diálogos se presenta entonces como el acontecimiento de ruptura de un determinado orden institucional de la cual emergen, o tal vez se reactivan, “nuevas subjetividades políticas” proclives a una solución militar del conflicto.

En lo anterior se encuentran las bases del *horizonte de sentido* consolidado por el uribismo, pues aquel fracaso dejó en evidencia el debilitamiento estructural del Estado colombiano, el cual quedaba desprovisto de las herramientas con las que intervenir política y militarmente los distintos territorios. Así, con el Caguán se abría simbólicamente un periodo en el que *la demanda de seguridad* iba fraguando una *solidaridad horizontal* entre el sinnúmero de demandas insatisfechas que azotaban a la sociedad colombiana, muestra de ello es el resultado de la encuesta realizada por La Asociación Nacional de Instituciones Financieras, ANIF, en el año 2001 y en la cual se estableció que el desempleo y la guerrilla eran las mayores preocupaciones de los colombianos⁹. Igualmente para aquel año las encuestas de Latinobarómetro y Lapop mostraban que los problemas que más aquejaban a los colombianos eran en su orden violencia/conflicto/guerrilla, desempleo, corrupción, pobreza y falta de educación¹⁰. Y es que dicha solidaridad se configuraba a partir del sentimiento de gran parte de la sociedad colombiana de que la violencia era la causante de la mayoría de las dificultades que atravesaba el país, se puede decir incluso que para aquel momento lo nacional se articulaba en torno a una demanda general movilizadora: seguridad y fin de la violencia. Esta sería la dinámica fundamental de construcción de las identidades políticas en adelante.

En este punto resulta valioso traer a colación al filósofo esloveno Slavoj Žižek, para quien resulta conveniente dar con el caso particular que otorgue eficacia a la noción ideológica, “[...] Algo que sucede cuando un hecho puntual acaba revestido con los ropajes de lo “típico” y acaba sirviendo para traducir la abstracta y vacía noción universal en una noción que queda reflejada en, y puede aplicarse a, nuestra “experiencia concreta” (Žižek, 2008, pág. 14). Y esto fue lo que pasó precisamente en torno a la consigna uribista “Mano firme, corazón grande”, que acabó siendo el ejemplo concreto que expresaba un resentimiento generalizado y difuso contra la guerrilla y la violencia generalizada.

La demanda de seguridad logró funcionar entonces como aquella que se posicionaba por encima de las demás como representante de una cadena equivalencial de demandas insatisfechas –desempleo, crisis económica, corrupción, educación, vivienda, el encarecimiento de la vida, la nula administración de justicia- y al mismo tiempo se establece como elemento central de una identidad colectiva que establece una frontera acentuada antagónicamente en el campo político. Identidad que va más allá de ser la suma de

⁹ “Desempleo y guerrilla la mayor preocupación”, El Tiempo (enero 11, 2001), <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-654186>

¹⁰ Los resultados de Latinobarómetro 2001 en la medición de los problemas más importantes para los colombianos fueron: violencia (42,7%), desempleo (28,3), pobreza (5,3%), corrupción (4,2%) y falta de oportunidades para la juventud y educación (2,5% y 2%). Y según el Latin American Public Opinion Project, los problemas más serios del país en el año 2001 eran en su orden la violencia/conflicto armado (34,8%), la guerrilla (19,9%), el desempleo (15,1%), la corrupción (5,8%), la inseguridad/falta de seguridad (4,6%), situación económica (4,0%), el Gobierno (3,6%), falta de unidad/falta de solidaridad (1,5%), falta de paz (1,3%), falta de educación (1,1%), entre los de más peso

reclamaciones al sistema político por parte de grupos insatisfechos, pues la seguridad pasó a ser un punto nodal que anclaba diferentes significantes como “democracia” y “justicia”, en un discurso que enfrentaba a la patria colombiana con el terrorismo. Con aquellos enemigos de la patria y la democracia, encarnados en el narcoterrorismo de la “siempre” odiada guerrilla. De esta manera, de la diversidad de demandas parciales dispersas, se va constituyendo una voluntad colectiva unitaria, en donde lo que posteriormente se llamó “la seguridad democrática” funcionó como “condensador” de una diversidad de quejas en un proyecto con pretensión de totalización del orden institucional que lograría hacerse con el poder político a nombre del interés general (o la reducción de la plebs a populus).

Esta construcción de identidad no se vale de la descripción de simples sujetos preconstituidos, ya que es un acto nominativo donde se constituye “un nosotros”, la patria/pueblo que desde ese mismo momento debe ser defendida. El fracaso de los diálogos en el Caguán y la subsiguiente crisis de autoridad habían profundizado la falta de centralidad del Estado, generando una implosión del control territorial en Colombia en una diversidad de actores armados. Esto llevó a que la heterogeneidad de la población colombiana se rearticulara así en la operación discursiva que construyó la patria, esta vez con un papel fundamental de lo securitario.

Álvaro Uribe Vélez pasó así de ser un político de carácter regional a un político de carácter nacional, pudiendo postularse en las elecciones de 2002 como el representante de la patria olvidada y necesitada de defensa. Su éxito electoral con un 53.048 % de la votación que representaba 5,862,655 votos debe entenderse en consecuencia como una manifestación de su capacidad de representar y articular ese sentimiento de inseguridad que habitaba en gran parte de los colombianos. El término “seguridad” aquí es clave, pues revela una diferencia central con el gobierno anterior: el énfasis en lo policivo y en lo militar, y la centralidad de estas figuras en los discursos, símbolos y movilizaciones del Uribismo, lo cual posteriormente se vio reflejado en el programa de reforma institucional y la burocracia destinada a aplicarlo.

Cierto es que, la llegada al poder de Uribe Vélez supuso la apertura de un nuevo ciclo político, en el que la demanda de seguridad insatisfecha desde anteriores periodos se convirtió en el eje central de la reforma institucional planteada. Algunas, como el estado de excepción declarado por Uribe 5 días después de su posesión se realizaron por decreto gubernamental: el 13 de agosto de 2002 en conferencia de prensa a la medianoche se comunicó que a través de uno de los decretos de conmoción se creaba un nuevo impuesto para la seguridad. Desde entonces, y con el proceso de reforma militar como marco principal, el gobierno de Uribe desarrolló un conflicto prolongado con lo que se denominó “el terrorismo enemigo de la patria y la democracia”, resguardado en los territorios olvidados de Colombia e incluso en países vecinos. Por medio de esta operación, el gobierno Uribe articulaba, desde los intereses de pacificación del territorio, una *identidad popular total* diferenciada y en contra del terrorismo. La primera estaba asociada a la democracia, la patria y la autoridad, mientras que lo segundo se asociaba a lo antidemocrático, lo violento, al narcotráfico y la guerrilla.

La reivindicación de seguridad fue entonces la bandera de esta confrontación, destinada a fortalecer la capacidad del Estado a la hora de modificar el patrón de control territorial que hacía de este un actor más, por lo menos mientras la guerrilla no fuera combatida de manera directa. En realidad, por esta misma razón, se trata más de un proyecto reaccionario destinado a liberar al Estado de actores como la guerrilla, que aún siendo beligerantes, representaban en el discurso de Uribe un obstáculo para la inversión extranjera y la agroexportación, tornando improductivo al país. Por añadidura, especialmente desde su abrumadora victoria en las elecciones presidenciales y legislativas de diciembre de 2006, que le significaron la reelección, el Uribismo fortaleció un Estado securitario donde todo enemigo de la patria y por ende del gobierno fue desplazado de cualquier lugar de enunciación, al establecer esa frontera acentuada entre “nosotros” y “ellos”, siendo nítidamente relegado a un papel subordinado del Gobierno nacional y despojado de cualquier bandera de construcción y movilización de una mayoría que pudiera hacerle frente. Algunos analistas señalan que el Uribismo persiguió la mayoría de propuestas políticas opuestas a base de señalar que esas propuestas eran enemigas de la democracia y la patria.

En cualquier caso, la cuestión fundamental es que para aquel momento no se presentaba ningún discurso capaz de pugnar con el Uribismo para rearticular diferentes sectores sociales en un bloque opositor, lo que se traduce en la extrema debilidad y desarticulación de los actores políticos y sociales adversarios o enemigos del Gobierno de Uribe, obligados a moverse en los parámetros que éste establecía. El Uribismo asentaba su liderazgo en ser el representante de un consenso transversal, esa “parte” que pretende ser el “todo”, por lo cual se habla en el presente trabajo del Uribismo como una “identidad política total”: el Estado colombiano era una estructura raquítica y endeble necesitada de una autoridad visible en los ámbitos económico, político y fundamentalmente el militar. Por tanto, ese Estado débil necesitaba ser reformado en profundidad, atendiendo a las necesidades de los territorios, principalmente la de seguridad. En otras palabras, nadie podía y era capaz de hacerle frente a la “patria” colombiana construida por el discurso del gobierno –en un sentido democrático y de luchas contra el narcoterrorismo-. El terreno discursivo de lo nacional (representando al Pueblo colombiano) era monopolio del Uribismo, lo que le situaba como conductor “natural” de un Estado que realiza reformas totalizantes a favor de la patria

Análisis de los marcos del discurso Uribista

Marco de Diagnóstico

Las operaciones de enmarcado del discurso Uribista identifican como problema la inseguridad y la insuficiencia con la que los asuntos referidos a la violencia en los distintos territorios de Colombia son manejadas por el gobierno central, y lo inscribe como el síntoma de una injusticia con el pueblo derivada de una estructura endeble y débil del Estado que impide el ejercicio de la autoridad y con ello el desarrollo de las distintas regiones.

- **Problema:** narcotráfico, guerrilla y terrorismo.

El problema identificado como político, esto es, causado por una acción humana y susceptible de ser cambiado, es la falta de autoridad que propicia el abandono y la falta de presencia

estatal, principalmente militar, en diversas regiones de Colombia, regiones que para el Uríbismo poco a poco fueron ocupadas y controladas por la guerrilla y grupos al servicio del narcotráfico. Álvaro Uribe Vélez, para el año 2002 expresaba que en Colombia no había conflicto político sino terrorismo, señalando que

“Aquí lo que hay es terrorismo contra el pueblo colombiano. Al leer cuidadosamente las legislaciones como la de Inglaterra, España, Chile, Argentina y México, se deduce que lo que hay en Colombia es pura y llanamente terrorismo. La legislación inglesa califica el terrorismo como la simple amenaza del uso de la fuerza por razones ideológicas, políticas, religiosas. Aquí hay 35 mil asesinatos al año. Las estadísticas en alguna forma las han barnizado porque le asignan a los grupos violentos una no muy elevada participación directa en esos 35 mil asesinatos. Pero esos grupos violentos han sido la escuela del crimen. Si analizamos lo ocurrido en Colombia desde finales de los años 50 y principios de los 60, vemos que el narcotráfico y los grupos violentos derrotaron los valores de esta nación, enseñorearon el crimen como elemento único para resolver cualquier diferencia, sustituyeron el imperio del Estado de Derecho por el imperio del terror”(Álvaro Uribe, 2002, discurso)

Resulta notorio la manera como la lucha contra el terrorismo es presentada como una reclamación tan antigua como la guerrilla misma, inscribiendo ambos elementos en la crisis de un Estado incapaz y reducido, que ahora debía responder a las regiones y sectores desprotegidos. La defensa del pueblo colombiano quedaba así ligada al establecimiento de la seguridad y el proceso de reforma del Estado en materia militar. La conducción de este proceso le correspondía, obviamente, en esta construcción discursiva, a la nación colombiana, representada en Álvaro Uribe. Se comenza a fraguar de esta manera una práctica de sentido, en los términos de Javier Franzé (2015), sobre una base nacional que constituiría el grueso de su interpelación de masas. El problema identificado conectaba entonces con gran parte de una población cuyos problemas pudieran ser explicados como producto del terrorismo y la violencia.

Vale la pena recordar que la ruta teórico-metodológica planteada en esta investigación comprende los discursos como prácticas de significación política que hacen inteligible determinadas realidades sociales, por lo cual, más allá de una simple descripción lo que se procura es dilucidar la manera como los discursos construyen los objetos y escenarios políticos a los que se refieren. Es este caso, el Uríbismo a partir de la identificación del problema emprendió una amplia y profunda pugna por generalizar una interpretación del terrorismo en Colombia dentro de sus marcos discursivos: vinculándolo con el narcotráfico y los grupos armados -dispuestos a desmembrar la nación antes que renunciar a sus intereses- y que venían trabando hasta entonces el proceso de desarrollo que beneficiaría al pueblo colombiano. Así, narraciones como la plasmada líneas atrás deben ser leídas como intentos de atribuirle significado político, intentos eventualmente exitosos.

- **Injusticia:** falta de garantías de derechos y libertades ciudadanas. Inoperancia del gobierno (inacción del gobierno en asuntos de seguridad)

Este problema identificado es la manifestación de una injusticia profundizada: el olvido y la desprotección de los territorios y su población por parte de un Estado inactuante, que no ha

sido capaz de impulsar el desarrollo en los mismos para de esta manera poder reducir los alarmantes índices de pobreza que allí se registran.

“[...] La actitud de la sociedad colombiana. La sociedad colombiana a mi juicio hoy como ayer no tiene inconveniente en perdonar. La diferencia es que hoy no quiere que la engañen. Hoy no quiere procesos de apaciguamiento, sino acciones de Estado con determinación o procesos serios de paz. La sociedad colombiana es generosa, espontánea, no tiene inconvenientes para perdonar, pero no quiere que la engañen. Y eso es algo, esa interpretación del sentimiento popular de la Nación es algo que me ha llevado a mí a decir no a los procesos de apaciguamiento, y a comprometerme profundamente hasta el último día de mi vida con el proceso de derrotar el terrorismo en Colombia. Porque lo que no quiere la sociedad colombiana es más apaciguamiento, porque el apaciguamiento en nombre del diletantismo político no ha hecho sino fortalecer los grupos criminales de la nación”(Álvaro Uribe, 2004 discurso)

Se trataría de un modelo de Estado fracasado, manejado por un gobierno mentiroso –cuya falta de autoridad cada día se profundiza más- que es incapaz de hacer frente a cualquier desafío a su concentración del poder. Igualmente, Uribe entiende que las distintas regiones de Colombia pese a su prometedora labor económica, sólo han recibido a cambio escasas atenciones e infraestructuras, de ahí la referencia al engaño que éstas sufren. Ahora bien, un aspecto positivo de esta marginación social ha sido el desarrollo de una mentalidad y actitud propia, que Álvaro Uribe, describía como solidaridad:

“La responsabilidad primordial de velar por los derechos y libertades del ciudadano corresponde al Estado. Pero la seguridad es también producto del esfuerzo colectivo de la ciudadanía. La participación activa de ésta y de todos los sectores de la sociedad civil, al colaborar con la administración de justicia y apoyar a las autoridades, es parte esencial del fortalecimiento de la democracia. Pero ante todo, la cooperación ciudadana reposa en el principio de la solidaridad, sobre el que se funda el Estado Social de Derecho. En esta medida el apoyo de la ciudadanía a las autoridades, su colaboración con la administración de justicia y su participación en los programas propuestos son componentes básicos de la política de seguridad democrática”(Álvaro Uribe, 2002, discurso)

De esta manera, la situación socioeconómica de las distintas regiones de Colombia, se ligaba discursivamente a la defensa de la democracia y del Estado Social de Derecho, amenazados por el terrorismo y el narcotráfico. Seguridad y fortalecimiento de la democracia se vinculaban así en primera instancia en el discurso uribista. La dimensión de desprotección ciudadana se relaciona en el discurso uribista principalmente a través de la existencia de un Estado que no era capaz de institucionalizar su poder dejando a la intemperie el control territorial. Álvaro Uribe interpretaba el proceso de cambio como una pugna por la superación del Estado diletante y la construcción de un Estado por primera vez fuerte y contundente frente al terrorismo y los grupos armados. Esta representación del Estado y su gobierno como débil y por tanto promotor del conflicto, es un motivo central del discurso uribista que le permitió conectar en un momento álgido del conflicto con gran parte de la población gracias a su voluntad de autoridad, fortalecimiento de la institucionalidad, el Estado de derecho y los derechos individuales. Lo anterior se trata en todo caso de aquello que expresa el núcleo central y original de la narrativa uribista: “[...] la paz no nace de la actitud pusilánime frente

a los violentos y soberbia en contra de las instituciones. La paz nace del ejercicio transparente, firme, eficaz y permanente de autoridad”(Álvaro Uribe, 2006, discurso).

En su formulación inicial, este discurso fue capaz de articular las demandas de diversos sectores sociales en un horizonte nacional, vinculándolas a la recuperación de la autoridad para construir un Estado comunitario, lo que se traduce, como se verá a continuación en la necesidad de una política de defensa y seguridad democrática que restaure la justicia y brinde la paz a los colombianos.

Marco de Pronóstico

Mediante las operaciones de enmarcado agrupadas en el Pronóstico, el Uribismo elevó una condición a la categoría de central, que supeditaba a todas las demás, trazando una frontera que ordenó el campo político en una oposición binaria irreductible, antagonista, y anclaron, mediante la nominación de una identidad popular total construida y movilizada, su sentido político y capacidad de interpelación.

- Dimensión Ganadora: Rescate de la seguridad

El discurso Uribista eleva la recuperación de la seguridad a la condición central. Las circunstancias materiales de la población y la recuperación de la confianza inversionista pasan a un segundo plano, pues el eje que preside la discusión política colombiana es el de la violencia y la posición frente al terrorismo y el narcotráfico. Como en todos los casos exitosos, se trata de un discurso performativo, que en la medida en que es exitoso, generaliza y por tanto construye este escenario: la vida política colombiana ha estado presidida por un Estado diletante tanto como los grupos terroristas han sido capaces de realizar este constructo.

“El terrorismo infatuado por la riqueza, el terrorismo delirante por la droga y su capacidad militar, es un terrorismo que no tiene límites éticos ni fronterizos. Su desdén por el Estado es total. Y entonces le da lo mismo atentar contra el Estado democrático de Colombia y mañana contra el Estado democrático de cualquiera de los vecinos”(Álvaro Uribe, 2003, discurso)

Esta es una afirmación común en el discurso de Uribe Vélez y su círculo cercano, y por tanto puede considerarse como un elemento central de su discurso. Además, la deconstrucción de los grupos guerrilleros a través de la narrativa antiterrorista, posiciona a dichos grupos beligerantes como las entidades principales a confrontar en la lucha por la defensa del Estado democrático. El innegable protagonismo de la guerrilla se suma así al hecho de que el Uribismo es el único lugar de reconstrucción de la agencia ciudadana durante los primeros años tras el engaño fraguado en el Caguán. En consecuencia, en un escenario estructural marcado por la falta de autoridad, el reagrupamiento de los reclamos contra la guerrilla encuentra su cauce en una cierta dimensión “securitaria”: que expresa la naturaleza amorfa de una interpelación a la patria y el pueblo, exclusiva y unívocamente, Uribista.

En el Uribismo, la defensa de la democracia a través de la seguridad es resignificada como el núcleo profundo de la nación colombiana, y por tanto aquel es el llamado a reconstruir el Estado para que, por una vez, esté en consonancia con la “verdadera” nación, siempre

engañada y olvidada. La denominación “comunitaria” que adopta el Estado no refiere más que simbólicamente a un pacto político que busque estrategias de justicia y reconciliación, sino más bien a la integración de las diferentes formas de restablecer las condiciones de seguridad, las cuales permitirían reconstruir la comunidad política y sus normas. El Uribismo representa de esta manera su gobierno como realizando una reconciliación de los diferentes sectores sociales con un Estado conducido no por un gobierno en particular, sino por la patria, el pueblo de Colombia, que encarna por engaño y sufrimiento, el interés nacional.

Esta dimensión securitaria es la ganadora en la medida en que define el conflicto político, cuyo escenario es la nación y no las Mesas de Diálogo. Se trata de la defensa de la patria por parte de un Estado que la ha olvidado, un enaltecimiento de la nación y un fortalecimiento “del mensaje de autoridad que emana del pueblo para derrotar las acciones violentas”(Álvaro Uribe, 2005, discurso). Si la identidad popular en el Uribismo se denomina como total es precisamente porque, al articular una voluntad general sobre la función de “objetivar bélicamente al terrorismo (la subversión armada, la oposición política, las ideas libertarias o de izquierda, etc.) y a sus agentes: los terroristas (guerrilleros, opositores, sindicalistas, etc.)” (Calderón Sánchez, 2012, pág. 26), el Uribismo realiza una extrema escisión que supone un antagonismo en sentido fuerte, donde aquel es el único garante y defensor de la patria y el pueblo, llevando a cabo “una reducción violenta del *populus* a *plebs*” (Aboy Carlés, 2012, pág. 9) donde se configura la ficción de una patria solidaria engañada que es saqueada por una minoría enemiga de la democracia.

En cualquier caso, el discurso Uribista realiza una articulación de diferentes elementos que antes se vivían en forma despolitizada o sólo parcialmente politizada, construyendo en torno a ellos una pertenencia nacional común. Elementos tales como la solidaridad, el carácter generoso y emprendedor son articulados en una pertenencia autoevidente: la de ser compatriotas, una condición –supuestamente apolítica- más importante que cualquier posición ideológica, económica o religiosa.

“Compatriotas, cuidemos las libertades, cuidemos la libertad de iniciativa de emprendimiento hoy maltratada en otros países. Colombia tiene condiciones superiores para el emprendimiento, nuestros trabajadores son excelentes, así se les reconoce en local y en la comunidad internacional, los colombianos tienen un gran sentido de asociación, para asociarse entre ellos y con la comunidad internacional, nuestra ciudadanía es leal y clara. Colombia es un país que tiene una extraordinaria buena reputación, por la alta calidad de su gerencia, y Colombia tiene una ciudadanía que realiza todas las tareas apasionadamente, es verdad, Colombia es pasión. Cuidemos esa libertad de emprendimiento, cuando esa libertad se anula se apereza la creatividad, no permitamos que esos contagios nos lleguen, protejamos estas libertades. Compatriotas, siento mucho afecto por mí patria, por ustedes”(Álvaro Uribe, 2010, discurso).

En este punto, resulta oportuno decir que la consigna que mejor expresa la primacía de esta dimensión ganadora es la de “Mano firme, corazón grande” o en su formulación gubernamental: “Estado comunitario: desarrollo para todos” empleados en la campaña electoral del año 2002 y en el Plan Nacional de Desarrollo 2006-2010.

- **Trazado de la frontera:** el terrorismo / la patria humilde, trabajadora, emprendedora y engañada.

La postulación de una u otra dimensión como la central determina un trazado u otro de frontera, que determina diferentes alineamientos políticos y, en última instancia, diferentes tipos de identidad política popular. El discurso Uribista, en el conflicto político colombiano, construye una frontera a un lado de la cual se sitúa el terrorismo –representado por la subversión armada, la oposición política, las ideas libertarias o de izquierda, sindicalistas, etc.- y del otro, una patria desprotegida y empobrecida. Se empieza así a establecer un enemigo –que no adversario- del nosotros (compatriotas) frente al ellos (terroristas), siendo la inestabilidad y el enfrentamiento entre colombianos el resultado de la escalada terrorista, y es que si las problemáticas de las regiones han existido siempre, es tras el ascenso del terrorismo y control territorial que, ante su despotismo y maltrato a la ciudadanía colombiana, se han exaltado y tomado tintes de privación objetiva causada por el terrorismo.

“Colombia afronta uno de los conflictos armados de mayor duración en el mundo, con hondas repercusiones en todos los aspectos de la vida social. En las últimas décadas el conflicto se ha agudizado de manera significativa. Las organizaciones armadas al margen de la ley han incrementado su tamaño, su presencia en el territorio y las acciones terroristas contra la población civil y la infraestructura económica y social del país, a la vez que estrechan sus vínculos con negocios ilícitos, como el problema de las drogas”(Álvaro Uribe, 2002, discurso)

Ahora bien, en este punto resulta fundamental mencionar que si bien el Uribismo dirige el discurso contra el terrorismo hacía el campo de la lucha armada, su alcance no llega hasta allí. En tanto que el conflicto terrorista es desplazado al espacio político para ser tematizado, llevando con esto a que las comprensiones y argumentos de los disidentes del discurso Uribista fueran catalogados bajo la sospecha de estar a favor o al servicio del “terrorismo”, llegando incluso a presentarse que sectores de la rama judicial, en el momento que procedieran a investigar a integrantes de las fuerzas armadas afines al gobierno, fueran señaladas de hacerles juego al terrorismo. Es decir, en el discurso que presentaba el Uribismo el terrorismo paulatinamente comenzó a mimetizarse y refundirse en la oposición política, parte del periodismo, el sindicalismo, funcionarios judiciales, ONG’S, etc.

“Mientras para el Gobierno y la Fuerza Pública los derechos humanos son un compromiso de todos los días, para otros sectores los derechos humanos son una bandera política de ciertas ocasiones. Colombia tiene que entrar en reflexión. Por ejemplo, entre los críticos yo observo teóricos, de quienes discrepo, pero a quienes respeto. [...] Y observo también escritores y politiqueros que finalmente le sirven al terrorismo y que se escudan cobardemente en la bandera de los derechos humanos. Les da miedo confesar sus aspiraciones políticas y entonces tienen que esconderse detrás de la bandera de los derechos humanos. [...] Politiqueros al servicio del terrorismo, que cobardemente se agitan en la bandera de los derechos humanos, para tratar de devolverle en Colombia al terrorismo el espacio que la Fuerza Pública y que la ciudadanía le ha quitado”(Álvaro Uribe, 2003, discurso)

“General Freddy Padilla de León, los tinterillos de todas las horas, los idiotas útiles e inútiles del terrorismo están contra esta política (de la Seguridad Democrática). Ellos no saben más

que idear falsas acusaciones y atemorizan a sectores de la justicia, que en algunas ocasiones les dan recibo. Pero tenga usted la certeza que el pueblo colombiano, el gran pueblo colombiano que lo ha visto a usted sirviéndole a la Nación, en la tarea heroica de derrotar al terrorismo, está con usted” (Álvaro Uribe, 2010, discurso)

La oposición fundamental en torno a la cual el Uribismo produce la configuración del sistema político colombiano es entonces aquella donde las enunciaciones posibles eran estar a favor o en contra del gobierno, del Uribismo, incluso de hacerlo o no con aquel. Y es que dentro de un marco interpretativo donde en la guerra no cabe un Estado diletante, el Uribismo procuró exigir de parte de los diversos actores políticos y sociales nacionales e internacionales –incluidas las ONG’S- el declararse en contra suyo o a favor de los terroristas. La interpretación discursiva del Uribismo, apuntaba así a

“redefinir los límites de la comunidad convirtiéndose en único *populus* legítimo y expulsando de sus límites al campo adversario sin que procesos de negociación de su promesa fundacional den lugar a fenómenos de hibridación o regeneración de los actores enfrentados a través de una atenuación de las fronteras que separan a la plebs de sus enemigos” (Aboy Carlés, 2012, pág. 9)

Si la identidad en el Uribismo se puede calificar como total es precisamente porque en esa tarea de delimitar el demos legítimo no permitía el distanciamiento, la oposición o entrar en franco enfrentamiento con los direccionamientos y desempeños del gobierno. Es decir, estableció una serie de coordenadas donde el aspecto democrático en términos plurales se diluía, pues la carga dada al significante terrorismo llevaba a que todo aquel asociado al mismo estuviera situado por fuera de lo legítimo y lo legal del sistema político que el Uribismo representaba. Configurando de esta manera un horizonte interpretativo donde se estructura un nuevo orden que entiende como sospechoso y enemigo de la patria todo aquel que chocara con los postulados del gobierno, pasando fácilmente de ser un opositor a un comunista y de ahí a un terrorista.

Se establecía así una frontera acentuada que de forma peligrosa delimitaba el terreno donde se le hacía o no juego al terrorismo, frontera que como se puede apreciar tenía en el Uribismo su gran vigía. Por lo tanto, el Uribismo se califica como identidad política popular total (en el sentido de la pretensión de representar al pueblo, no a los pobres), en la medida que al configurar esta frontera patria/terrorismo traza una división que muestra el anverso y reverso del campo político en Colombia, construyendo artificialmente una diferencia insalvable con los terroristas, que al ser significados de tal modo se los establecía en una zona donde no permitía reconocérsele como legítimo su accionar, aún si aquel no conllevaba el uso de las armas. Ciertamente es que de este modo la frontera delimita una zona –la del terrorismo- donde toda práctica es antidemocrática, lo cual llevaba a que incluso la oposición, el sindicalismo, las ONG’S, etc. no encontraran lugar en el sistema político para demandas que en muchos casos estaban asociadas a la justicia, la igualdad y la equidad.

En ese sentido, el discurso Uribista representa un circuito de enunciación donde el terrorismo y los terroristas están del lado de la frontera donde son “semánticamente desplazados fuera del campo político de lo legal y legítimo, ubicándolos también, en una zona indecible donde

se les dejaba en estado suspendido” (Molina Giraldo, 2011). Esta construcción discursiva es en consecuencia una imaginación espacial que proyecta y divide dos lugares: de un lado, el terrorismo asociado al miedo, el odio y la incertidumbre propias de una violencia desbordada; del otro, la patria solidaria, respetuosa de los derechos humanos y, por encima de todo, emprendedora. Se construye así una dicotomización territorializada que configura la identidad Uribista, en una guerra contra el terrorismo que expresa una *pugna por la delimitación del demos legítimo en tanto que definición de los intereses generales y el proyecto de país* que debe guiar la construcción del Estado comunitario.

- **Nominación:** La patria libre de terrorismo

La oposición binaria que dibuja la frontera del discurso Uribista representa dos polos en conflicto. El polo desde el que el discurso realiza la enunciación, y al que pretende movilizar, es el de las diferentes regiones de Colombia, “representadas como cuerpos sociales en movimiento, en una metáfora organicista típica del pensamiento conservador” (Errejón, 2012, pág. 484). La representación de este cuerpo social homogéneo y armónico le corresponde al Uribismo, así lo describe Álvaro Uribe cuando dice que:

“Quiero leer unas líneas, para hacer llegar mis palabras de afecto a todas las regiones de esta gran tierra nuestra, unas líneas que leí al tomar posesión por segunda vez el 7 de agosto de 2006, al despedirme hoy quiero decirles: Al Amazonas, tan remoto en el pasado, su río y selva centros del mundo del futuro, allí cerca del Vaupés con sus arrendajos, pequeñas aves que cuidan las avispas ante la mirada atónita de quienes desconocen la convivencia; Guainía, con las aguas resposadas de sus caños verdeantes; Putumayo, un sendero entre Brasil y el pacífico, una vena suramericana dispuesta a liberarse de la contaminación de la violencia; Caquetá, con el prodigio de su ondulación, la serenidad de su geografía que quiere deshacerse de la convulsión de los fusiles; Meta, con el centauro y el jilguero que pernoctan bajo la palma de moriche y hablan entonadas de joropo; Guaviare, también como el anterior, con un río que lleva el mensaje de los Andes a las aguas del Orinoco; Casanare y Arauca, donde Santander el hombre de las leyes reclutó los corazones llaneros que esperaron a Bolívar para darnos la independencia; Vichada, una llanura, un mar de agua dulce habitado por delfines rosados y toninas, que se guarda como tesoro para las nuevas generaciones; Nariño, tan consistente entre los verdes de Aurelio Arturo y los matices de su naturaleza, leal en la adversidad y en la victoria, el nombre del precursor los derechos humanos al servicio de la virtud; Cauca, el liderazgo de una lucha histórica y democrática sobre el discurrir de la Nación, la cultura de su Popayan; el Valle del Cauca, con Cali como hermana mayor de una constelación de ciudades entre la fertilidad de sus suelos, con reservas infinitas en su música de salsa y su capital cívico; Quindío, ese pedacito de cielo que Dios nos regaló; Caldas, centro de café excelso, su Manizales del alma, hospedaje de cultura superior legada del sabio cuyo nombre resalta; Risaralda, con su poeta de nueva democracia, la ruana, harapo incluyente de destechados de nobleza, desalojo de imperios de penachos; Chocó, bondad del alma nacional, un corazón que forman los ríos Atrato, San Juan, Truandó, el Pacífico, y una mano esculpida en bahía sobre el Atlántico; Córdoba, con ‘María Varilla’, el ‘viejo peyalero’, personajes de su música de porro, tan afectuosos como sus campesinos. El Sinú, que podría alimentar al mundo; Sucre, el Mariscal de la hermandad con Bolivia, su potencial, La Mojana, la sabana y su Morrosquillo, la alegría de su 20 de enero; Bolívar, albergue del Libertador en las posadas de Mompo; Cartagena con fiereza de valor civil, murallas para narrar la historia,

vacías de cobardía, que jamás encontraron para proteger; Atlántico, su Barranquilla cosmopolita, la 'Batalla de Flores' del Carnaval, un rechazo a las batallas de sangre, un expresión de orden de la espontaneidad Caribe; Magdalena, en honor del río de la Patria, la Sierra Nevada, vigía de Santa Marta en la última hora del Libertador, y también de Aracataca en la primera inspiración del Nóbel de Literatura; Guajira, con la sensación de ser indómita, porque encuentra en la rebeldía la defensa de su libertad; Cesar, el buen manejo del bello idioma, la imaginación y el torrente natural de arte de acordeón han hecho de cada historia elemental una leyenda vallenata; Norte de Santander, el campanario de Villa del Rosario, que con su vuelo notifica la advertencia de respetar la ley, especialmente por el gobernante; Santander, un carácter firme como las laderas del Chicamocha, una idiosincrasia que no conoce el retroceso, menos para defender la libertad; Boyacá, donde reposa la Independencia en un paisaje de encanto inagotable, respira el recuerdo de Pedro Pascasio Martínez Rojas, el soldado niño que definió qué es lealtad a la Patria; Huila, el Sanjuanero ameniza el rigor de La Gaitana al vengar la muerte de su hijo Timanco noble terruño que añora la paz como única venganza de tantos años de sufrimiento; Tolima, la misma erguida actitud en el bambuco, la construcción del Estado, la ciencia política, el surco agrario, donde el Bunde de Castilla, su canto, es sol que abraza; San Andrés, Providencia, Santa Catalina, el archipiélago de tez azul, un duelo por amor entre los del interior que quieren abrazar el mar de limpia mirada, y los raizales que sólo desean cuidarlo con celo extremo; Cundinamarca, agudeza de campesinado ilustrado y vertical, ejercicio de labor abnegada que rebosa de inteligencia, ronda de la gran ciudad que la custodia como cofre de historia y magia del porvenir; Bogotá, culta, orientadora del pensamiento nacional, en senda incontenible de progreso, albergue sin llanto, sin egoísmo, de la Nación entera; Antioquia, la comarca que veo desde acá como a mis padres, con mirada fija en la disciplina laboriosa del yunque, que interrumpe en emoción al escuchar un trino sentimental. Una escuela de trabajo donde el afecto se siente más y se expresa menos; con Medellín vencedora de mil desafíos, de la distancia para industrializarse, del narcotráfico, para consagrarse como ciudad de educación y ciencia.

Con ustedes, compatriotas de toda esta Patria, he tenido la posibilidad de adelantar un fecundo diálogo en estos ocho años, un diálogo del alma. Poco interés prestamos a las tentaciones de engaño, de invitación al diálogo por los terroristas, pero dimos todo nuestro amor al diálogo fraterno con los colombianos de bien.

Muchas veces tuvimos que decir no, pero jamás en ese diálogo hicimos del no una disculpa para aperezarnos y dejar de buscar opciones. Hemos construido con ustedes, a lo largo de estos años, en ese diálogo del alma, una actitud más cálida, menos agresiva, igualmente reclamante. Para mí, la posibilidad de este diálogo con ustedes durante estos ocho años, ha sido un cielo en la tierra.”(Álaro Uribe, 2010, discurso)

Se trata de un trabajo discursivo de enmarcado que construye una identidad política territorializada en torno al liderazgo del Uribismo, el cual se arroga la representación de todas las regiones y expulsa discursivamente de su seno como ajeno o traidor al que, siendo nacional, apoya al terrorismo. Gracias a esta nominación, el Uribismo conseguía cohesionar a sus sujetos interpelados, apelando a la unidad de las regiones, de la Nación. De esta forma, representaba nítidamente la patria colombiana cohesionada en torno a la demanda de seguridad y bajo el liderazgo corporativo del Estado comunitario.

La consolidación de la identidad Uribista cargada con el sentido político que recibe en la seguridad democrática –oposición al terrorismo, defensa de la democracia frente a los enemigos de la misma, defensa de las inversiones extranjeras y el latifundio agroexportador, etc.- sólo se consolida mediante su cristalización en un nombre, que pasa a designar la construcción discursiva. Los compatriotas es la nominación territorial del “pueblo” colombiano cuyo interés general representan los líderes del Uribismo, principalmente Álvaro Uribe. La maniobra discursiva establece una geografía del conflicto, y traza la línea divisoria al interior de la comunidad política colombiana justificando que existen, en realidad, dos proyectos de país: el de la seguridad democrática o el del terrorismo, que están destinados a separarse (“o nosotros o ustedes”) en cuanto el primero es legítimo y el segundo no.

“[...] he dicho: Colombia tiene una crisis humanitaria. Pero esa crisis humanitaria no justifica la acción de estos grupos armados porque, al contrario, ellos han contribuido a agravarla. ¿Cuál ha sido el resultado social de estas cuatro décadas de estos grupos? Menos inversión en Colombia, más desempleo, atraso del país, más pobreza, menos confianza en nuestras instituciones. Entonces ellos han producido un resultado muy diferente a lo que dijeron iría a ser el factor legitimador de su lucha, su lucha social”(Álvaro Uribe Vélez, 2005, discurso)

Ciertamente, el discurso Uribista, que en primera instancia llama a la paz y a la superación de la violencia, lo hace siempre sin embargo postulando como central la dimensión de la seguridad, según la cual existen en Colombia dos opciones “el terrorismo y la democracia” que conllevan diferentes políticas y administraciones. La unidad, en consecuencia, estaría en reconocer este hecho y no darle cabida a los terroristas en ningún escenario del territorio nacional. Este es un elemento central en el discurso Uribista, que evidencia que la nominación de la identidad política popular se realiza en la espacialidad imaginada de la Patria y sus compatriotas como comunidad política compuesta por ciudadanos que, al contrario que el terrorismo y los terroristas defienden la democracia. Con el reparto de posiciones que conlleva el “patria/terrorismo” se naturaliza una ruptura espacial estrictamente política, que en cierta medida desconoce el carácter histórico del conflicto armado en Colombia, logrando al mismo tiempo elevar *esta fractura* como el elemento fundamental que ordena el debate político colombiano.

De esta manera, el discurso Uribista que se presenta como defensor de los intereses de los compatriotas colombianos, se muestra igualmente como ideológicamente transversal porque subordina todo tipo de eje –izquierda/derecha ó arriba/abajo- a la contraposición democracia/terrorismo. Su contenido ideológico, en todo caso, se deriva de su enfrentamiento a un enemigo (terrorista) caracterizado como sangriento y criminal. Ahora bien, la operación de estructurar la política nacional alrededor de la mencionada frontera, permitió estigmatizar a la oposición –sindicatos, periodismo, ONG’S, etc.- como opuestos a los intereses del país, configurando un mecanismo político de inclusión/exclusión de la pertenencia a la patria.

En este punto es importante decir que la figura de Álvaro Uribe Vélez con su liderazgo cumple un papel fundamental como catalizador de una identidad política que en su momento llegó a dominar el escenario político en Colombia. Y es aquí donde dicha identidad se denomina como *identidad política total* gracias a que se plantea como una identidad que procura que ningún otro actor pueda desafiar, de momento, esta construcción de patria,

significante tendencialmente vacío y universal cuyo sentido político le es otorgado en este caso por la centralidad de esa mayoría de compatriotas que representa como engañados y agredidos, como núcleo nacional.

Marco de motivación

Llegados a este punto, es fundamental mencionar que el discurso del Uribismo configura la identidad popular total en torno a su dicotomización de la defensa de la democracia, representando el conflicto como la manifestación de una avanzada del terrorismo en el país, de ahí que sea necesario el fortalecimiento de una patria que pueda alcanzar los objetivos políticos propios de la seguridad democrática, que suturarían su dislocación interna y satisfacerían el interés general así definido. Dicha dicotomización toma fuerza en la medida que recibe un sentido ideológico con los contenidos articulados a partir de la frontera, los cuales sirven de base para el posterior planteamiento del programa alcanzable que solucione el conflicto a favor de la patria.

- **Articulación de contenidos ideológicos en torno a la frontera:** la patria democrática, emprendedora y productiva contra el terrorismo hostil, violento, brutal y antidemocrático.

Mediante la articulación en torno a la nominación Patria el discurso del Uribismo intenta anclar diferentes significantes flotantes, que antes recibían diferentes nominaciones de acuerdo a quien los interpretara, y los asocia de forma relativamente estable a su imaginario de seguridad democrática. De esta manera, términos como “democracia”, “desarrollo”, “progreso”, “paz”, etc. reciben un sentido político muy determinado por su articulación en torno a la dimensión ganadora Uribista (rescate de la seguridad). La construcción de esta identidad popular total fue exitosa en su momento gracias a la capacidad de atraer, definir y monopolizar significantes flotantes como los que se mencionan.

En el discurso del Uribismo, “la polarización del campo político no es una decisión arbitraria y contingente, sino el resultado necesario del choque entre dos modelos contradictorios de sociedad” (Errejón, 2012, pág. 496). La diferencia entre la Patria democrática, emprendedora y trabajadora, y el terrorismo antidemocrático, hostil y violento recibe su confirmación en el hecho de la inversión extranjera: si el capital extranjero se sintiera confiado de establecer economías en Colombia, dicho país presentaría mayores avances en términos de desarrollo, y por tanto mayor capacidad de propiciar mejoras sociales.

“El Estado tiene que estar comprometido por igual con el crecimiento y la equidad. Una vocación: Crecimiento económico vigoroso con horizonte de largo plazo y construcción veloz de equidad [...] Para nosotros, confianza es la palabra clave que define el resultado del Estado. Confianza en el inversionista.” (Álvaro Uribe Vélez, 2006, discurso)

La demanda de seguridad adquiere así significado ideológico en cuanto se conecta con una concepción económica neoliberal, la cual busca favorecer al sector empresarial del país, las exportaciones y la inversión extranjera. A esto se suma que el conflicto por la seguridad es interpretado de manera fundamental como un choque entre aspiraciones democráticas de

desarrollo y progreso, y el obstáculo del terrorismo y su tendencia a la violencia. Configurándose así un discurso de gobernabilidad donde la seguridad como reclamo es vinculada al desarrollo, la democracia, la equidad, la justicia, etc. Y es que en el caso particular de la política de seguridad democrática, la misma, al procurar por una sociedad más igualitaria plantea un modelo gubernamental donde el ejercicio de la democracia en sentido amplio apunta a un modelo de Estado de bienestar, modelo que como se ha visto esconde tras de sí una esencia securitaria compleja pues

“El posicionar el tema del terrorismo y la violencia como promotores de la desaceleración del crecimiento económico, implica desconocer las causas de la violencia en Colombia, limitando el diagnóstico a su efecto. Se observa, en este sentido, que en lugar de proponerse la pobreza como el elemento catalizador de la violencia, se propone la violencia como el referente del atraso económico del país, con lo cual a partir de una relación entre terrorismo y crecimiento se propone la idea de que la supresión de la violencia –terrorismo- conllevará de forma irremediable a la superación de la difícil situación de la economía. En este sentido, se aprecia una estrategia de amalgamamiento de causa y efecto, mediante la cual se equipara la consecuencia de la crisis económica –la violencia- con la causa de la desaceleración de la economía –el terrorismo” (Pardo, 2010, págs. 74-75)

De ahí que Neyla Pardo (2010) proponga que “la Política de Defensa y Seguridad Democrática coincide con discursos enmarcados en la filosofía económica neoliberal e incluye criterios tales como la competitividad, el empleo, la inversión extranjera y el desarrollo, entre otros” (Pardo, 2010, pág. 96), lo cual deja entrever que los contenidos ideológicos son una constante a la hora de elaborar una visión donde la seguridad democrática se muestre como el conjunto de acciones necesarias para alcanzar el bienestar colectivo, y quien vaya contra aquellas puede ser catalogado como traidor a la patria. Es decir, la identidad Uribista y la articulación de contenidos ideológicos que realiza en torno a la frontera los representa como “el deber ser encarnado en los supuestos idearios colectivos, esto da cuenta de un modelo de Estado en función de los requerimientos de los actores económicos hegemónicos” (Pardo, 2010, pág. 96)



Fuente: Elaborado a partir de (Errejón, 2012)

- **Propuesta de solución alcanzable:** Si Colombia fuera más segura la pobreza no sería tan grande y por tanto se podría alcanzar mayor justicia social, estando a salvo de la violencia que promueve el terrorismo en los distintos territorios. Siendo este el camino para alcanzar el mayor nivel de democracia y desarrollo en el país.

Teniendo en cuenta la naturaleza de los males que describe el discurso Uribista, el programa que propone va en consonancia con lo que aquel considera las soluciones más viables para los mismos. Por lo tanto, si el problema fundamental es el sometimiento del país al terrorismo y la existencia de un Estado diletante e incapaz de hacerle frente, la solución pasa necesariamente por una reforma estatal que corresponda a la recuperación de la Nación para sus ciudadanos: a la patria, segura y democrática, le corresponde un Estado fuerte, con autoridad y soberano. Se trata de un programa de fortalecimiento estatal principalmente militar que tiene en esto un rasgo diferencial frente a procesos desarrollados con anterioridad

De esta manera, el proyecto Uribista tiene como sustento el Manifiesto Democrático, el cual cuenta con cuatro pilares principales a partir de los cuales se procuraba restablecer el orden en Colombia:

1. *Seguridad Democrática*: Implica la participación de la sociedad en la guerra contra el narcoterrorismo, el mejoramiento de la policía y de las fuerzas militares. Pretende también la eliminación de todas las formas de terrorismo y la recuperación del monopolio estatal en seguridad.
2. *Confianza inversionista*: Radica en fomentar la inversión de empresas extranjeras en Colombia para crear más empleos en el país; busca además la inclusión del país en el mercado mundial. Intenta también convertir a Colombia en un destino turístico. Para cumplir con este objetivo, es necesario lograr el fortalecimiento del Estado que formula la política de “Seguridad democrática”.
3. *Cohesión social*: Consiste en la mejora de la calidad de vida de todos los habitantes del país, llevando la presencia estatal a poblaciones o lugares alejados del centro de la república que han servido como refugio de grupos guerrilleros y paramilitares durante décadas. También, dentro de este principio, se proyecta aumentar la cobertura en salud, educación, servicios públicos, internet y preservar el medio ambiente. Con tal cohesión social, los pobladores de aquellos territorios apartados no tendrán la iniciativa de unirse a grupos narcoterroristas.
4. *Estado de opinión*: Se la considera la fase superior del Estado de Derecho; aunque se ha especulado bastante sobre este concepto y se ha considerado que AUV lo utiliza como método, pero no lo define claramente. Este postulado hace referencia a la importancia de la opinión popular en el Estado, la cual se somete a su vez a la opinión de la ley. (Arango Rincón, 2014, pág. 38)

El proyecto político común identificable descansa en una afirmación que es la piedra angular del Uribismo: El terrorismo es un obstáculo para la democracia y el desarrollo económico, y la patria y sus territorios solo pueden prosperar con la seguridad que brinda el gobierno de la “Mano firme, Corazón grande”. Si la patria no estuviera sometida a la violencia del terrorismo, sería más prospera y la riqueza repercutiría también en las poblaciones más necesitadas. Además, sin el lastre del terrorismo, las regiones del país volverían a ser comunidades pacíficas y armónicas, de ahí que la seguridad no solo significaría prosperidad y democracia, sino también, de manera fundamental, una Nación cohesionada. La demanda de seguridad y autoridad se vincula así a un horizonte de solución de los conflictos que fragmentan a Colombia, y de armonía en la comunidad política, destrozada por el terrorismo.

El programa de acciones propuesto en el Manifiesto Democrático, se basa en una pugna por restablecer las competencias del Estado colombiano, reclamando una mayor autoridad y fuerza en el ámbito territorial. El carácter del demos legítimo construido sobre la comunidad imaginaria de la patria y la pertenencia identitaria al Uribismo, recibe su contenido ideológico por la oposición a ese enemigo llamado terrorismo/terroristas, por el carácter personalista de su liderazgo, y por su confianza en la primacía de una Colombia de propietarios donde la inversión extranjera sea el motor del desarrollo. Ciertamente, el modelo de la “seguridad democrática” se convierte en la cristalización ideológica del sentido de la demanda de autoridad, la cual le propone a Colombia seguir patrones que países como Venezuela, que alojan el terrorismo, no siguen: defensa de la propiedad privada, fortalecer la confianza

inversionista, democracia mediada por el securitismo estatal y el impulso de la pujanza del colombiano: el “emprendimiento” como paradigma del Colombiano.

Conforme a lo anterior, el discurso Uribista debe entenderse no solo como una demanda específica de seguridad, pero tampoco como un mero ejercicio de autoridad del gobierno hacia el territorio nacional: se trata de *la construcción de una identidad popular total como único demos legítimo*. Se muestra como el único discurso capaz de representar la patria y la Nación, y por ende el único discurso capaz de enfrentar ese enemigo terrorista en expansión.

Ahora bien, la identidad popular construida por el Uribismo funciona, al igual que en el caso de Podemos, como condición de posibilidad de la articulación populista como lo propone Barros (2014), solo que en el caso del Uribismo aquel da lugar a aquello que Luciana Cadahia (2017) denomina como populismo reactivo, un populismo que puja por “configurar un «nosotros» a partir de la creencia de una falta que podría ser restituida, una identidad perdida por recuperar, lo cual implica delimitar una frontera entre los de abajo y una relación de exterioridad con otro” (Coronel & Cadahia, 2018, pág. 76). Y es que el Uribismo, como se pudo observar en las páginas anteriores, construye una frontera por abajo que plantea una relación de exterioridad claramente inmunitaria, puesto que ese otro –terrorista- al ser “figurado como exterioridad amenazante de lo social es identificado como la anomalía que habría quebrado desde dentro la identidad y armonía de un pueblo” (Coronel & Cadahia, 2018, pág. 76), el pueblo colombiano.

El Uribismo produce así la identificación entre la necesidad de seguridad y autoridad de la ciudadanía colombiana y un elemento (terrorismo/terroristas) perturbador que es preciso eliminar, reactivando de esta manera “elementos fascistas que no han dejado de estar presentes en las sensibilidades populares, un sí mismo que, aunque plebeyo, es refractario a cualquier experiencia que no suponga un repliegue de sí” (Coronel & Cadahia, 2018, pág. 76). De esta manera, las condiciones materiales de vida de los diversos sectores del país, se ligaban discursivamente a la defensa de la patria, amenazada por el terrorismo y lo que representa para la convivencia en la esfera pública colombiana. En cualquier caso, es una construcción de identidad a la defensiva, por cuanto se trata de reconstruir la unidad de la patria amenazada por las debacles políticas y económicas generadas por ese otro anómalo.

De igual manera, el Uribismo como fuerza que configura poder político tiende a construir ese otro como un conjunto de obstáculos y amenazas para los fines de la voluntad colectiva que ella construye. Una operación de antagonismo basada en la lógica del “nosotros ó ellos”, que establece así una “común oposición a una alteridad radical que no es sólo una diferencia más, sino aquella que supone una amenaza para todo el conjunto” (Laclau, 1995, pág. 151). Ciertamente, ese afuera constitutivo terrorista funciona como principio de construcción discursiva para la Patria y su intimidación plena, resultando de este modo la amenaza terrorista como un recurso fundamental para la cohesión invocada, es decir, el Uribismo adquiere su perfil por su oposición con una amenaza contra lo existente.

Se constituye así una diferencia que bajo ningún término puede ser reintegrada a la cadena en la medida que la frontera no puede disolverse, ni siquiera atenuarse, lo cual lleva al Uribismo a postularse como el único que puede liderar la gestión entre la división –insalvable

en última instancia- entre el nosotros y el ellos. En definitiva, el conflicto es así la condición de partida y el resultado de la construcción de identidad popular total que desarrolla el Uribismo, siendo el antagonismo total el principio de posibilidad de su articulación discursiva, al mismo tiempo que representa un límite insuperable.

A lo largo de este apartado se ha defendido que en Colombia, tras el fracaso de los diálogos del Caguán y la crisis de autoridad consiguiente, se empezó a conformar un tipo de identidad popular que ha logrado instituir un nuevo sentido común según el cual la necesaria reforma estatal, principalmente en materia de seguridad, se tiene que adaptar a las estructuras políticas de la “Patria verdadera”, que tiene en su núcleo articulador al compatriota emprendedor y trabajador como la esencia de la nación. Se dejó en evidencia igualmente que como identidad popular total, el Uribismo procura fijar de manera férrea los márgenes en los que se mueve la vida política nacional, vida marcada por una lucha contra el terrorismo como trámite absolutamente necesario, sin alternativa, y que generó la invisibilización, aislamiento y estigmatización de sectores opuestos a las medidas políticas adoptadas.

En este marco, la oposición al Uribismo estaba excluida de los márgenes de la política en cuanto se los asociaba al terrorismo, esto gracias a que se llevaba a cabo una simplificación y dicotomización radical del campo político Colombiano entre una identidad en formación (Uribismo) y “el terrorismo y los terroristas” como exterior constitutivo, siendo esta una maniobra discursiva que le permite al Uribismo desarticular la oposición e integrarla en un virulento conflicto con un bloque enemigo de la Patria que margina, usurpa y castiga a las regiones más productivas del país. De esta manera, el Uribismo plantea un combate político de suma cero donde los bandos en pugna no pueden ser sometidos a redefinición ya que están anclados y tienen un carácter sustancial, configurando de esta manera una identidad popular con pretensión de totalidad que sirve de condición de posibilidad de una articulación populista de corte reactivo.

6. Conclusiones

Una vez identificados y analizados los discursos en cuestión, y discutiendo las razones que llevan a considerarlos como discursos que de alguna manera procuran ordenar la vida política de España y Colombia, resulta necesario plantear algunas cuestiones que permitan consolidar el análisis de marcos discursivos en cada uno de ellos. Se da forma de esta manera a algunas conclusiones que hacen posible aprehender el tipo de identidad popular que hay detrás de cada discurso, identidad derivada de la forma de inscripción en su interior de los diferentes actores y grupos sociales, y de las razones del trazado de fronteras que dan lugar a bloques estrechos o amplios que orbitan en torno a determinada identidad política.

Los discursos aquí descritos han crecido, por un lado, durante la crisis del neoliberalismo y la crisis de régimen del Estado español, y por otro, en medio de una crisis de autoridad que azotaba al Estado colombiano. El primero, aquí descrito como *una identidad popular con pretensión hegemónica*, construyendo una dicotomización del campo social entre sectores subalternos y la casta política, configurando una suerte de mayoría que con el objetivo de hacerse hegemónica consiguió que los indignados encarnasen el interés nacional general. El segundo, descrito como una *identidad popular total*, constituyendo un demos legítimo de pertenencia a la patria frente al terrorismo y los terroristas, y de desconocimiento del conflicto armado en Colombia, cada vez más encubierto por un discurso de seguridad que polarizaba el sistema político diferenciando dos proyectos de país, el de la seguridad democrática y el del terrorismo.

La consolidación de la identidad en Podemos se produce principalmente a partir de la rearticulación de la consigna del “no nos representan” tan latente en el 15M, incorporándola en su programa de gobierno conocido como “el Plan de Rescate Ciudadano” y en su identidad popular en expansión. Esto último le implicó la inclusión subordinada de demandas y posiciones de conglomerados electorales de otros partidos como PSOE e Izquierda Unida, dejando en evidencia que la identidad política popular con pretensión hegemónica es una forma política contradictoria y dinámica (marcada por una lógica de ustedes y nosotros: agonista), sustancialmente diferente de la identidad popular total (marcada por una lógica de ustedes o nosotros: antagonista). Frente a esta última, resulta pertinente decir que el Uribismo constituye una práctica de sentido (Franzé, 2015) que llegó a contar con un alcance nacional pues hacia allí apuntaba el grueso de su interpelación de masas. El mensaje de la seguridad logró conectar con la población de distintas regiones cuyos problemas pudieran ser explicados como producto del terrorismo, sin embargo dicho discurso presentó dificultades para articular demandas o reclamos de los sectores opositores, pasando estos últimos a ser parte del “afuera constitutivo”, representado ya no solo por la guerrilla y el narcotráfico (terrorismo), sino también por sus auspiciadores, colaboradores y bases de apoyo. Con esto el discurso uribista procuraba establecerse como el único posible horizonte nacional frente al terrorismo, estableciendo una construcción discursiva donde la unidad de la Nación y la defensa de la democracia en Colombia quedaba ligada a la seguridad democrática y el fortalecimiento estatal. La conducción de estas tareas le correspondía, obviamente, en esta construcción discursiva, a la patria Colombiana, representada en el Uribismo.

Ahora bien, una vez deconstruidos los marcos que componen tanto el discurso de Podemos como el del Uribismo, se lograron brindar algunos elementos claves para comprender la naturaleza y las características de las identidades populares que hay detrás de cada uno. Más aún, el análisis de los factores que han llevado a la consolidación por parte de ambas construcciones narrativas de cierto “sentido común”, permite desentrañar la operación crucial a través de la cual se da la adaptación de los marcos de discurso a la cuestión política de España y Colombia. Pudiéndose hablar en esta medida de *una identidad política popular con pretensión hegemónica* (Podemos) y *una identidad política popular total* (Uribismo).

En el caso de Podemos, la demanda de democracia real, frente al secuestro que las élites han hecho de la misma y los efectos de la crisis económica, se posiciona como dimensión ganadora que logra agrupar en torno a sí, cierto número de contenidos que consiguen configurar una suerte de Pueblo español, pueblo que funge como comunidad política nacional y al mismo tiempo como aquellos sectores afectados por la crisis y excluidos por una democracia debilitada. Y es que es en esta dinámica entre la parte y el todo, que el Pueblo que comienza a constituir Podemos se deriva de demandas específicas que estructuran dicho significativo, demandas como: acabar con las políticas de recorte e impulsar la pequeña y mediana empresa, principalmente a través de un replanteamiento de la deuda con la Toika europea; ampliación democrática por medio de reformas encaminadas a terminar con un bipartidismo que impide la inclusión de diferentes propuestas políticas en el sistema político; y la recuperación de la soberanía popular frente a los intereses de una casta oligárquica. Configuran una identidad popular con pretensión hegemónica que se opone a un afuera constitutivo que representa el secuestro de las instituciones, la articulación de este abanico de demandas le permite a Podemos trazar una frontera atenuada/porosa que posibilita ampliar su capacidad de interpelación a diferentes sectores sobre un plano nacional.

Las demandas de los sectores subalternos movilizados en el 15M son el corazón del discurso de Podemos, no obstante la consolidación de la identidad popular con pretensión hegemónica se da principalmente en la operación de desdibujamiento de la frontera que lleva consigo una rearticulación de la cronología de la crisis, que si bien se entiende como causa de un régimen del 78 desgastado, también ve en la gestión de la crisis iniciada en el 2008 un elemento fundamental para la elaboración de su marco de producción de sentido. Es decir, siendo cierto lo que plantea Franzé (2015) cuando dice que Podemos en un comienzo estableció un discurso que daba forma a cierta crisis en el régimen de transición, resulta también acertado decir que con la inclusión de la crisis económica del año 2008, Podemos rearticula en su favor la demanda de democracia real, desarticulando los marcos interpretativos del bipartidismo y asociando la defensa de las instituciones al resto de contenidos del proceso de cambio que se iniciaba. Con el trazado de esta frontera que se mueve entre impugnación del régimen del 78 y defensa de las instituciones frente a la gestión de la crisis del 2008, Podemos logra por un lado, ganar en extensión lo que perdía en intensidad, y por otro lado, conseguía desarticular de manera parcial la capacidad de interpelación que las élites españolas extraían del ejercicio de vincularlos con regímenes ajenos al sistema político español.

Ciertamente, el discurso de Podemos llevó a cabo una amplia y profunda pugna por generalizar una interpretación del proceso de descomposición de la sociedad española dentro

de sus marcos de sentido: vinculándolo con la casta oligárquica y antisistema –que se apoderó de las instituciones para su propio beneficio-, mostrándose como un obstáculo muy fuerte para el proceso de cambio que beneficiaría al pueblo español. Un pueblo que se compone de esta manera por contraposición a la casta, la cual ve en el 15M y tras todo lo que de allí surgió, un fuerte proceso de voluntad popular hasta el momento desconocido. Se puede decir entonces que las prácticas narrativas que pone en marcha Podemos son intentos de atribuirle significado político a un contexto marcado por la insatisfacción ciudadana, intentos, como se ve, relativamente exitosos, pues Podemos logró hacer inteligible el fenómeno de desafección política para una parte importante de la comunidad española. Estableciéndose como un actor particular que podía encarnar los fines generales del pueblo en cuanto defendía las instituciones, la gente del común y la democracia, configurando de esta manera un discurso que describe y construye, al mismo tiempo, pues Podemos se presenta como impulsador del cambio, como quien soluciona y solucionará los problemas fundamentales.

La consolidación definitiva de la identidad popular con pretensión hegemónica se da en la medida que Podemos es capaz de interpelar a distintos sectores subalternos y atraerlos hacia su proyecto Nacional capaz de devolverle la democracia y sus instituciones a la gente. Institucionalidad, Pueblo español y rescate de la democracia convergen así en una operación discursiva crucial, demostrando la centralidad de esta demanda en la pugna por el poder político en España. Con esto, Podemos logra vincular este tipo de identidad popular en construcción, integrada por mayorías sociales indignadas y afectadas por la crisis, con un significativo vacío fundamental a escala estatal: el pueblo, significante que Podemos supo apropiarse a través de un progresivo anclaje del bien común en clave popular que traza los parámetros de una dirección política liderada por los sectores subalternos, por los de abajo. De esta forma Podemos consolida una identidad popular con pretensión hegemónica que a partir de la práctica se hacía con un lugar importante en el espacio discursivo de la arena política española, condicionando por momentos las posiciones políticas de partidos tan importantes como PP y PSOE.

Lo que resulta entonces es un tipo de identidad política popular que “construye un Pueblo nucleado en torno” (Errejón, 2012, pág. 557) a los indignados y la gente del común en el que, una vez deconstruida la lógica izquierda-derecha, caben casi todos los sectores, desde esa difusa “clase media” hasta los empresarios, estudiantes, pensionados, etc. Podemos logra así, construir una identidad popular que interpela a “los de abajo” en tanto que Pueblo español, anclando significantes flotantes como democracia, justicia, patria, y soberanía, en un proceso de cambio que es valorado como positivo por un sector importante de la sociedad española. Lo cual deja en evidencia su capacidad para articular una voluntad colectiva a escala nacional a través de la conformación de un tipo de identidad popular que expresa una tensión “entre extensión e intensidad que le es característica y constituyente” (Errejón, 2012, pág. 558)

Por otra parte, en el caso del Uribismo, la consolidación de su identidad popular total tuvo que librar la confrontación en torno a la demanda de seguridad. Esta es la dimensión central del proyecto político Uribista, y es que la operación de adaptación de marcos discursivos hacia la rearticulación de la demanda de seguridad al interior del imaginario nacional, se muestra como factor determinante de la configuración de aquel tipo de identidad popular. Ya

que se entiende que el Uribismo estableció el imaginario de la democracia basada en la seguridad inscribiendo diferentes demandas que se presentaban en las regiones, constituyendo al mismo tiempo un enemigo terrorista en expansión y consolidando su articulación de solidaridades compartidas como un demos legítimo fuera del cual ningún actor político –ni aún opositor- se puede nominar. Desarticulando de esta manera cualquier forma de oposición en clave nacional o local, afirmando un liderazgo y consolidando una lógica nosotros-o-ellos.

Ciertamente, el Uribismo como fenómeno político que aquí se califica como identidad popular total, logró instituir un sentido común según el cual la reforma del Estado y el restablecimiento de la autoridad se tenían que adaptar a las estructuras políticas de la patria verdadera que tiene en su núcleo articulador al ciudadano emprendedor y trabajador, compatriota en fin, como la esencia nacional. La identidad popular total en este caso se determina por su capacidad para establecer los límites o las fronteras acentuadas en las que se dará la contienda política en Colombia. Contienda en la que la oposición era aislada y excluida a los márgenes de la política Uribista, esto a partir de operaciones discursivas fundamentales que procuraron por un lado, adelantar una simplificación y dicotomización radical del campo político colombiano entre una mayoría política en formación y el terrorismo como exterior constitutivo y enemigo, y por otro lado, la nominación de una articulación de solidaridades compartidas por compatriotas, de la cual el Uribismo se postula como representante.

Estas construcciones discursivas se afianzan en medio de una batalla crucial por el vocabulario que buscaba desvirtuar el conflicto armado y político en Colombia, el cual dio paso a una lucha contra el terrorismo que se manejó bajo una lógica de suma cero que configuraba una interpretación completamente binaria del tablero político donde lo que valía no era el acuerdo sino la simple victoria de la patria sobre su enemigo el terrorismo. Con lo anterior se procuraba imponer un proyecto particular Uribista donde los bandos están anclados y son sustanciales, por un lado, la patria que esta llamada a representar la realización de la voluntad general de la comunidad política, y por otro lado el terrorismo y sus aliados que con su accionar se expolia, margina y excluye del demos legítimo. Es decir, el Uribismo construye un marco interpretativo que resuena en gran parte de esa masa de compatriotas que interpela –muestra de ello es el gran apoyo electoral con el cual contó-, ordenando las actitudes a partir de un liderazgo que le corresponde a aquel defensor de la patria engañada, el Uribismo, para quien no hay patria si el “terrorismo” esta presente.

Ahora bien, para comprender aún más el carácter de identidad popular total del Uribismo es importante decir que en la medida que mantiene ese exterior constitutivo (terrorismo enemigo) considerablemente aislado, no lleva a cabo un ejercicio de ampliación de las fronteras identitarias, al contrario, las acentúa, pues como se pudo observar gran parte de las fuerzas opositoras eran ubicadas en los márgenes de dicho exterior constitutivo, formando parte de “los otros”, de aquellos que impiden el libre ejercicio de la política de seguridad democrática, que comprende el desarrollo económico y un Estado fuerte. Con este ejercicio de acentuación de fronteras el Uribismo resuelve una tensión principal en la vida política, la de encarnar exclusivamente los intereses de la patria y los compatriotas, sin embargo no

brinda ningún “lugar a fenómenos de hibridación o regeneración de los actores enfrentados a través de una atenuación de las fronteras que separan a la plebs de sus enemigos” (Aboy Carlés, 2012, pág. 9). Como se puede observar, la cuestión de la acentuación, atenuación o ampliación de las fronteras juega un papel fundamental en el carácter totalizante o hegemónico que puedan tener las identidades populares, y es que en el caso particular del Uribismo lo irreductible de sus fronteras llevó a entender la democracia en Colombia como una homogeneidad donde la oposición, “el otro”, no tiene ni voz ni parte en el orden comunitario; es expulsado del demos legítimo.

El Uribismo, fundamentalmente a través de Álvaro Uribe Vélez como su mayor figura política, se reclama para sí como único representante legítimo de la patria. Su mensaje de “Mano fuerte, Corazón grande” se dirige a la patria –no a la ciudadanía-, y al mismo tiempo dicotomiza el espacio político en torno a la frontera antagónica que expulsa al terrorismo y los terroristas del demos legítimo. Esto último permite consolidar el tipo de identidad popular una vez que por medio de los marcos interpretativos se consigue erradicar del lenguaje público la idea según la cual en Colombia existía un “conflicto armado”, logrando rearticular en su interior la demanda de seguridad para de esta manera redibujar la frontera del antagonismo político, reordenando el campo político a su favor, dividiendo una comunidad regida por una lógica de la diferencia donde se aísla a una minoría no integrable. De esta manera establece una dinámica donde no hay ningún discurso que pueda pugnar como bloque opositor, lo que se traduce en una extrema exclusión y marginación de cualquier adversario o enemigo del Uribismo, siendo obligados a moverse en los parámetros que éste establece.

En este punto se puede decir que tras todo lo mencionado líneas atrás es posible afirmar que la hipótesis de partida es correcta. Es cierta la explicación de los alineamientos políticos que conllevan Podemos y el Uribismo, su caracterización como popular con pretensión hegemónica y popular total que se les asigna respectivamente, y los pasos que sigue la conformación de cada uno de estos tipos de identidad popular. Así pues, el enfoque teórico-metodológico adoptado permitió dar cuenta de la construcción identitaria que tienen tras de sí estos fenómenos políticos de España y Colombia, los mecanismos por los cuales ambos casos han sido capaces de articular en torno a sí un número importante de solidaridades compartidas, construyendo en cada caso un marco interpretativo de la realidad que es producto de ciertas prácticas articuladoras y productoras de significado político.

La construcción de estos tipos de identidad popular hace parte de un ejercicio permanente de consolidación de sentido político, donde se fabrican y establecen fronteras acentuadas y porosas que por un lado pueden plantear *enemigos* de batallas cerradas donde la victoria es absoluta, o *adversarios* de confrontaciones, de negociación e hibridación donde las posiciones de partida y la propia composición de los actores puede ser modificada. Ciertamente, la identidad popular Uribista se dirime por su capacidad para crear “enemigos”, ese exterior constitutivo que amenaza la unidad simbólica de la patria; mientras que la identidad popular en Podemos, si bien igualmente se vale de la construcción de ese “otro” Casta, no se niega a la configuración de alianzas heterogéneas, ya que aquel no configura un enemigo sino un adversario que puede ser rearticulado en un imaginario que cohesione la

variedad de posiciones políticas que confluyen en la arena política y social española, en el pueblo español, pues para ellos España no deja de ser un “país de países”.

Estos dos fenómenos políticos constituyen casos claves para entender las operaciones de configuración de identidades políticas populares en sociedades diametralmente opuestas, comprendiendo las formas conflictivas e interactivas que llevan consigo los procesos de identificación, y cómo estas sirven de condición de posibilidad de articulaciones populistas. Son fenómenos que dejan en evidencia que las identidades políticas no están prefijadas o sacralizadas, que las mismas son construcciones contingentes y abiertas a ser modificadas a través de las prácticas articulatorias de actores que compiten entre sí en una lucha por el poder político. Se espera de esta manera que desde la perspectiva adoptada se haya contribuido de algún modo a dilucidar las tensiones por las cuales se configura, transforma o establece un tipo de identidad política popular y sus formas de delimitación de las lógicas de competición política. Por último, se presenta a continuación una tabla comparativa que permite apreciar de manera clara las operaciones de enmarcado que llevaron a cabo Podemos y el Uribismo y que tuvo como consecuencia determinado tipo de identidad política popular

	Discurso Podemos	Discurso Uribismo
Marco de Diagnóstico	<p>Problema Erosión de condiciones socioeconómicas</p> <p>Injusticia Estado corrupto y oligárquico</p>	<p>Problema Narcotráfico, guerrilla y terrorismo.</p> <p>Injusticia Inoperancia del gobierno que genera falta de garantías ciudadanas.</p>
Marco de Pronóstico	<p>Dimensión ganadora Secuestro de la democracia: insatisfacción y desafección ciudadana</p> <p>Trazado de frontera La casta/ el pueblo (la gente normal)</p> <p>Nominación El <i>pueblo</i> español</p>	<p>Dimensión ganadora Rescate de la seguridad</p> <p>Trazado de la frontera el terrorismo / la patria humilde, trabajadora, emprendedora y engañada.</p> <p>Nominación La <i>patria</i> libre de terrorismo</p>
Marco de Motivación	<p>Ideologización de la frontera Régimen del 78-relato de la transición-política cupular-políticas neoliberales, crisis 2008</p> <p>Programa político Plan de rescate ciudadano: un plan para devolverle el país a su gente</p>	<p>Ideologización de la frontera la patria democrática, emprendedora y productiva contra el terrorismo hostil, violento, brutal y antidemocrático</p> <p>Programa político Seguridad, cohesión social y confianza inversionista.</p>
Tipo de identidad política popular	Identidad popular con pretensión hegemónica	Identidad popular total
Tipo de articulación populista	Populismo emancipador	Populismo reactivo

Fuente: Elaborado a partir de (Errejón, 2012)

Corpus de análisis

Uribe Vélez, Álvaro (2010). Discurso. Recuperado de: <http://colombia.indymedia.org/news/2003/09/5644.php>

Uribe Vélez, Álvaro (2010). Discurso. Recuperado de: www.elheraldo.com.co/ELHERALDO/BancoConocimiento/2/2uribe_llama/2uribe_llama.asp

Uribe Vélez, Álvaro (2010). Discurso. Recuperado de: <http://www.elespectador.com/alocucion-presidencial/texto-de-ultima-alocucion-del-presidente-alvaro-uribe-v-articulo-217470>

Villaraga Sarmiento, Álvaro (Comp.) (2013). *El gobierno Uribe frente al conflicto armado y la paz, acuerdo con las AUC*. Bogotá: fundación cultura democrática

Turrión Iglesias, Pablo (2015). Discurso. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=YUrm0-SUCXY>

Turrión Iglesias, Pablo (2015). Discurso. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=FjK18zHr59w>

Turrión Iglesias, Pablo (2016). Discurso. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=kECqDv6yjJY>

Turrión Iglesias, Pablo (2016). Discurso. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=T16j43WuUVQ>

Turrión Iglesias, Pablo (2016). Discurso. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=henT99-53nc>

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2012). De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la plebs. Para una crítica del neorromanticismo postfundacional. *VI Congreso Latinoamericano de Ciencia Política*. Quito .
- Agnew, J. (2005). *Geopolítica : una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama.
- Ahedo Rodríguez, U. (2015). *Podemos y el populismo* .
- Arango Rincón, M. (2014). *Representaciones discursivas bajo la enunciación política de la seguridad democrática del uribismo (Colombia) y el kirchnerismo (Argentina) entre los años 2002 – 2011*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba .
- Arbeláez, S., Garzón, D., Joya, L. M., & Lancheros, J. (2013). Crisis financiera colombiana y efecto tango: causas, consecuencias y similitudes . *isocuanta* , 13-37.
- Ayala Diago, C. A. (2006). *El populismo atrapado, la memoria y el miedo. El caso de las elecciones de 1970*. Medellín: La Carreta.
- Benford, R., & Snow, D. (1994). Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos. En E. Laraña, & J. Gusfield, *Los nuevos Movimientos Sociales. De la ideología a la identidad* (págs. 221-249). Madrid: CIS.
- Berzosa, C. (2016). El ascenso de Podemos en España. *Ola Financiera*, 115-120.
- Bueno Romero, G. A. (2013). El populismo como concepto en América Latina y en Colombia. *Estudios políticos* , 112-137.
- Cadahia, L. (2015). Podemos y el despertar de la sensibilidad colectiva. *Debates y Combates*, 1-14.
- Cadahia, L. (20 de Enero de 2017). *La circular*. Obtenido de <https://www.lacircular.info/amor-emancipacion/>
- Calderón Sánchez, E. I. (2012). *El discurso de la seguridad democrática en el metarrelato de la lucha global contra el terrorismo bajo la retórica del derecho penal del enemigo*. Bogotá : Universidad Nacional de Colombia .
- Carrillo Vargas, C. X. (2010). *análisis del discurso de alvaro uribe velez (2002-2006) bajo una logica neopopulista*. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.
- Chihu, A. (2006). *El análisis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales*. México: UAM.
- Congote Ochoa, B. (2006). Gaitán y el populismo. ¿Otros dos fantasmas colombianos? *Universitas Humanística*, 337-361.
- Coronel, V., & Cadahia, L. (2018). Populismo republicano: más allá de <<Estado vs pueblo>>. *Nueva Sociedad*, 72-82.
- De la Torre, C. (2005). *Álvaro Uribe o el neopopulismo en Colombia* . Medellín: La Carreta.

- De La Torre, C. (2008). ¿Por qué los populismos latinoamericanos se niegan a desaparecer? *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 7-28.
- Di Tella, T. (1965). Populismo y Reforma en América Latina. *Desarrollo Económico*, 1-38.
- Domínguez Rama, A., & Giménez, L. (2014). *Claro que Podemos: de "La Tuerka" a la esperanza del cambio en España*. Barcelona: Los Libros del Lince.
- Donati, P. (1992). Political Discourse Analysis. En M. Diani, & R. Eyerman, *Studying Collective Action* (págs. 136-167). London: Sage.
- Errejón, Í. (2011). El 15-M como discurso contrahegemónico. *Encrucijadas*, 120-145.
- Errejón, Í. (2011). La construcción discursiva de identidades populares. *Viento Sur*, 75-84.
- Errejón, Í. (2012). *La lucha por la hegemonía durante el primer gobierno del MAS en Bolivia (2006-2009): un análisis discursivo*. Madrid.
- Errejón, Í. (2014). PODEMOS como práctica cultural emergente frente al imaginario neoliberal: hegemonía y disidencia". Conversación con Íñigo Errejón Galván. *Revista Científica de Información y Comunicación*, 17-46.
- Errejón, Í. (11 de Enero de 2016). *Abriendo brecha: apuntes estratégicos tras las elecciones generales*. Obtenido de Diario Público: <http://blogs.publico.es/dominiopublico/15529/abriendo-brecha-apuntes-estrategicos-tras-las-elecciones-generales/>
- Errejón, Í., & Mouffe, C. (2015). *Construir pueblo*. Barcelona : Icaria .
- Espinós, J. D. (2015). Podemos, ¿una salida española a la crisis? *Ola financiera*, 1-24.
- Estrada Álvarez, J. (2009). Crisis capitalista y perspectivas del neoliberalismo autoritario en Colombia: ¿Se deshace el virtuosismo económico de la seguridad democrática? . En J. Estrada Álvarez, *Crisis capitalista: economía, política y movimiento* (págs. 191-247). Bogotá: Espacio crítico.
- Fernández-Albertos, J. (2015). *Los votantes de Podemos. Del Partido de los indignados al partido de los excluidos*. Madrid : Los Libros de la Catarata.
- Franzé, J. (2015). Podemos: ¿regeneración democrática o impugnación del orden? Transición, frontera política y democracia. *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, 1-20.
- Freidenberg, F. (2007). *La tentación populista: una vía de acceso al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis.
- Galindo Hernández, C. (2007). Neopopulismo en Colombia: el caso del gobierno de Álvaro Uribe Vélez. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales* , 144-162.
- Gamson, W., & Meyer, D. (1999). Marcos interpretativos de la oportunidad política. En M. Doug, M. John, & Z. Mayer, *Movimientos sociales : perspectivas comparadas : oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (págs. 389-412). Barcelona : Istmo.

- Garay Salamanca, L. J. (2003). Crisis, exclusión social y democratización en Colombia. *Revista prospectiva* , 1-30.
- Germani, G. (1968). *Política y sociedad en una época de transición, de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires : Paidós.
- Germani, G. (2003). *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires : Temas.
- Gil, I. (2015). *Pablo Iglesias: biografía política urgente*. Barcelona : Stella Maris.
- GMH. (2013). *¡basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Goffman, E. (1974). *Frame Analysis*. Boston: Northeastern University Press.
- González, F. (11 de Agosto de 2010). *la pluma*. Obtenido de http://lapluma.net/es/index.php?option=com_content&view=article&id=805:qgracias-general-uribe-por-salvar-la-patria&catid=93:america-latina&Itemid=426
- Hernández, A. (2014). Reseña de Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, de Gerardo Aboy, Sebastián Barros y Julián Melo. *Identidades* , 111-118.
- Herrera Zgaib, M. A. (2012). *Antonio Gramsci y la crisis de hegemonía: la refundación de la ciencia política* . Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Iglesias, P. (2014). *Disputar la democracia: política para tiempos de crisis*. Madrid: Akal.
- International Monetary Found. (2012). *Spain, Country Report N°12/202*.
- Jerez, A., Maceiras, S. D., & Maestu, E. (2015). Esferas públicas, crisis política e internet: el surgimiento electoral de Podemos. *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, 1573-1596.
- Johnstone, B. (2002). *Discourse Analysis*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Laclau, E. (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires : Nueva Vision Saic.
- Laclau, E. (1995). Subject of Politics, politics of the subject. *Diferences* , 145-164.
- Laclau, E. (2000). Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas. En J. Butler, E. Laclau, & S. Zizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad : diálogos contemporáneos en la izquierda* (págs. 49-93). México: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2009). Populismo: ¿qué nos dice el nombre? En F. Panizza, *El populismo como espejo de la democracia* (págs. 51-70). Buenos Aires : Fondo de cultura económica .
- Laclau, E. (2015). *La razón populista* . Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica .
- Máiz, R. (1994). Etnia o política? : hacia un modelo constructivista para el análisis de los nacionalismos. *Revista Internacional de Filosofía Política* , 102-121.
- Máiz, R. (2008). *La frontera interior: el lugar de la nación en la teoría de la democracia y el federalismo*. Murcia: Tres Fronteras .

- Mansilla, H. C. (2009). Notas introductorias sobre el populismo y la cultura política en el área de América Latina. *Revista Ciências Sociais Unisino*, 106-113.
- Martos García, A. (2015). *Podemos: Crónica de un renacimiento*. Málaga: Corona Borealis.
- Mateo Regueiro, E. (. (2015). *Hasta luego, Pablo. Once ensayos críticos sobre Podemos*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- McCarthy, J. D. (1999). Adoptar, adaptar e inventar límites y oportunidades. En D. McAdam, J. D. McCarthy, & M. N. Zald, *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (págs. 205-220). Madrid: Istmo.
- Melucci, A. (1994). ¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales? En E. Laraña, & J. Gusfield, *Los Nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad* (págs. 119-150). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Melucci, A. (1996). *Challenging Codes: Collective Action in the Information Age*. Cambridge University Press.
- Molina Giraldo, J. M. (2011). *La Identificación de los Colombianos con Álvaro Uribe Vélez: Del Cálculo de los Discursos al Goce del Fuego Cruzado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Monedero, J. C. (2011). *La rebelión de los indignados*. Madrid : Rompeolas.
- Monedero, J. C. (2015). Podemos: Una nueva fuerza política en España. *Ola Financiera*, 153-161.
- Palacios, M. (2001). *De populista, mandarines y violencias*. Bogotá: Planeta.
- Palacios, M. (31 de Agosto de 2001). *Letras Libres*. Obtenido de <http://www.letraslibres.com/mexico/una-radiografia-colombia>
- Pardo Abril, N. G. (2010). Representaciones de la política de seguridad democrática en el discurso de Álvaro Uribe Vélez. *Discurso & Sociedad*, 52-102.
- Pardo, N. G. (2010). Representaciones de la política de seguridad democrática en el discurso de Álvaro Uribe Vélez: ¿Estado Comunitario? *Discurso y Sociedad*, 52-102.
- Patíño Aristizábal, L. G. (2009). El Neopopulismo: una aproximación al caso colombiano y venezolano. *Estudios Políticos*, 163-184.
- Pécaut, D. (2000). Populismo imposible y violencia: el caso colombiano. *Estudios políticos*, 45-70.
- Podemos. (2015). *PLAN DE RESCATE CIUDADANO*. Obtenido de <https://lasonrisadeunpais.es/plan-rescate-ciudadano/>
- Portantiero, J. C. (1999). Los usos de Gramsci. En J. C. Portantiero, A. *Gramsci. Escritos Políticos*. México DF: Grijalbo.
- Rancièrè, J. (2007). *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Buenos Aires : Nueva visión .
- Restrepo Ramírez, M. (2016). *El populismo ausente en Alvaro Uribe Vélez*. Medellín: Universidad de Antioquia .

- Retamozo, M. (2006). Populismo y teoría política: de una teoría hacia una epistemología. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 95-113.
- Reyes Guzmán, G., & Moslares García, C. (2010). La Unión Europea en crisis: 2008-2009. *Revista latinoamericana de economía*, 13-39.
- Rivera, B., & Tabima, Á. (2009). *Aproximación al análisis crítico del discurso político. Un estudio de caso*. Obtenido de <http://recursosbiblioteca.utp.edu.co/Codspace/bitstream/11059/1625/1/40141R621.p>
- Rivero, J. (2015). *Podemos: objetivo, asaltar los cielos*. Barcelona: Planeta.
- Ruesga Benito, S. M. (2014). Para entender la crisis económica en España. El círculo vicioso de la moneda única y la carencia de un modelo productivo eficiente. *ECONOMIAUNAM*, 70-94.
- Savater, F. (30 de Noviembre de 2012). *eldiario.es*. Obtenido de http://www.eldiario.es/interferencias/ficcion-politica-15-M_6_71452864.html
- Snow, D., Rochford, E., Worden, S., & Benford, R. (1986). Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation. *American Sociological Review*, 464-481.
- Tarrow, S. (2004). *El poder en Movimiento*. Barcelona : Alianza Editorial .
- Timermans, A. (2014). *¿Podemos?* Madrid: Última línea.
- Uribe Vélez, A. (2002). *Minsiterio de educación*. Obtenido de http://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85269_archivo_pdf.pdf
- Vargas Velásquez, A. (2004). El gobierno de Álvaro Uribe: proyecto y resultados. Políticas, estrategias y doctrinas. *Nueva Sociedad*, 85-98.
- Vilas, C. M. (1981). El populismo como estrategia de acumulación: América Latina. *Críticas de la economía política*, 95-147.
- Vilas, C. M. (1988). El populismo latinoamericano: un enfoque estructural. *Desarrollo*, 323-352.
- Weyland, K. (2004). Clarificando un concepto cuestionado: El populismo en el estudio de la política latinoamericana. En K. Weyland, H. Ibarra, C. de la Torre, & G. Aboy Carlés, *Releer los populismos* (págs. 9-50). Quito: CAAP.
- Zizek, S. (2008). *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.

